

Indice

Encuentro de Visitadoras, del 4 al 27 de mayo de 2012

- 242 Introducción
- APERTURA DEL ENCUENTRO**
- 244 Apertura del Encuentro
Sor Evelyne Franc, Superiora general
- DEJARSE TRANSFORMAR**
- Dejarse transformar por los pobres*
- 250 Los pobres son nuestros señores
Padre Jean-François Berjonneau, FSJC
- Dejarse transformar con la Iglesia*
- 267 Anunciar a Jesucristo hoy
Padre Fernando del Castillo, cm
- 282 Cómo puede evangelizar una Hija de la Caridad
Padre Fernando del Castillo, cm
- Dejarse transformar como Compañía*
- 294 La Compañía llamada a dejarse transformar por el Espíritu
Sor Evelyne Franc, Superiora general
- MISIÓN DE LA VISITADORA**
- 311 Ser Visitadora, un servicio de relación
Sor Elisabeth Robert, Superiora general de las Hermanas de San Francisco de Asís
- 329 Corresponsales del patrimonio de los pobres
Sor Pia Humbel, Económa general
- 338 Presentación del Encuentro de Directores provinciales
Padre Patrick Griffin, Director general
- CLAUSURA DEL ENCUENTRO**
- 341 Clausura del Encuentro
Sor Evelyne Franc, Superiora general

Introducción

Encuentro de Visitadoras

Del 4 al 27 de mayo de 2012

Convocadas para el encuentro inter-asambleas, el 4 de mayo de 2012, llegaron de todo el mundo sesenta y nueve Visitadoras y una Regional.

Al tiempo fuerte del retiro, siguieron unos días de gracia para fortalecer el espíritu de fe, dejarse guiar y transformar por el Espíritu, reforzar el gran impulso de la Asamblea general de 2009, intercambiar sobre las distintas realidades, los nuevos signos de los tiempos, renovar el entusiasmo misionero y volver la mirada hacia la Compañía del futuro. Una vez más, cada participante fue descubriendo que la universalidad de la Compañía es una gran riqueza. El encuentro tuvo tres grandes partes.

Primera parte: Dejarse transformar por el espíritu, a partir de una conversión personal y provincial. Esta primera parte reagrupó tres temas:

1º tema: **dejarse transformar por los pobres.** Los pobres son el lugar sagrado en el que Dios nos espera, santuario de la presencia permanente de Dios que nos llama para encarnar el carisma y hacer presente el Amor de Dios. El Padre Jean-François Berjonneau compartió su experiencia vivida junto a los pobres, su preocupación por escuchar a Cristo a través de ellos y permitir que la Iglesia sea una familia en la que se sientan acogidos.

2º tema: **dejarse transformar con la Iglesia.** Apremiada por el gran desafío de la Nueva Evangelización, la misión esencial de la Iglesia es la de evangelizar, anunciar a Cristo con la audacia y la creatividad del Espíritu Santo. El Padre Fernando Del Castillo, cm, relacionó evangelización de los pobres y misión de formación de las Hermanas.

3º tema: **dejarse transformar como Compañía.** El Espíritu Santo nos inspira y nos hace capaces de dar testimonio de su Amor por los pobres. Sor Evelynne Franc invitó a las Visitadoras a crear en ellas las disposiciones interiores necesarias para que la Compañía viva un Pentecostés permanente.

Segunda parte : Releer y profundizar la misión de Visitadora, a partir de reflexiones sobre la Guía de la Visitadora y de las demás Guías (Ecónoma, Secretaria, Director provincial, Hermana Sirviente).

Tiempos de reflexión personal, intercambios de experiencias, intercambios en Asamblea plenaria han permitido oír los ecos de los grupos, entrar en diálogo para aprender unas de otras y buscar juntas cómo vivir esta misión específica. Algunas cuestiones fueron tratadas por el Superior general, el Director general, la Ecónoma general, la Secretaria general, la responsable de los Archivos. Por último, sor Elisabeth Robert, Superiora general del Instituto de San Francisco de Asís, abordó el tema de la dimensión relacional.

Tercera parte: Preparar la Asamblea general de 2015.

Se dedicaron varias medias jornadas para preparar la Asamblea general de 2015 conforme a lo que está contemplado en las Constituciones.

Durante el encuentro, las Visitadoras tuvieron ocasión de oír testimonios de vida procedentes de las diferentes partes del mundo. Algunas compartieron situaciones muy particulares de su Provincia; todas

han tenido la gracia de seguir los pasos de santa Luisa durante las dos peregrinaciones: una a la iglesia de San Nicolás de los Campos y la otra a Chartres.

Apertura del Encuentro de Visitadoras

14 de mayo de 2012

Con gran alegría comenzamos, o más bien continuamos, este Encuentro de Visitadoras en la Casa Madre, después de la refrescante gracia de esta semana de retiro predicado por el Padre Patrick y... el Espíritu Santo.

El Señor nos convoca a este Encuentro fraterno que ha reunido a todas las Provincias y a la Región de la Compañía, representadas por cada una de ustedes. Como saben, tan sólo una Visitadora no ha podido venir, Sor Graciella Pellerin, Visitadora de Argentina, que ha debido renunciar a viajar por razones de salud, pero nos asegura su recuerdo y oración.

Están, aquí, presentes 69 Visitadoras y una Responsable regional (contando la ausencia de Sor Graciella Pellerin). Es interesante subrayar que 53 de entre ustedes, estuvieron presentes en la Asamblea general de 2009, como Visitadoras o Delegadas; 13 estuvieron presentes en el Encuentro de Visitadoras nuevas, que tuvo lugar en febrero de 2011, y entre las 6 que acaban de comenzar su misión de Visitadora hay 3 que igualmente fueron delegadas en 2009. Formamos, pues, un grupo muy motivado para la misión de hoy y la de mañana.

Proceden ustedes de todo el mundo, allí donde la Compañía está presente y trata de vivir fielmente el carisma de san Vicente y santa Luisa. Una vez más vamos a poder constatar, cómo esta interculturalidad y esta diversidad son una gran riqueza para nuestras reflexiones y podrían ser, aún más, fuente de dinamismo para el servicio de nuestros hermanos y hermanas desfavorecidos.

Este encuentro de Visitadoras es un alto entre las dos Asambleas de 2009 y 2015. Como todo acontecimiento vivido desde la fe, es un momento de gracia, una invitación a entrar más intensamente en este camino de transformación trazado por la Asamblea de 2009, bajo la acción del Espíritu Santo¹. Es también una invitación a dirigir nuestra mirada hacia la Compañía del futuro que se construye en el hoy.

Un poco más tarde, durante la mañana, la Comisión encargada de la animación del encuentro, les presentará los objetivos, el método a seguir y las diferentes partes del programa –relacionadas entre ellas por el tema de fondo que ayudará a nuestra reflexión. Les explicarán también, el plan previsto para el trabajo de estos días. Hoy, igualmente, según las indicaciones del programa, tendrán ocasión de presentarse y compartir algunos aspectos significativos de la vida de sus Provincias.

Antes de continuar estas breves palabras de introducción, quiero expresar mi agradecimiento a los miembros de esta Comisión de animación, formada por Sor Rosa M^a Miró, Asistente general y Sor Françoise Petit, Consejera general, ayudadas por Sor Miguelina Florido de Perú, Sor Christo Kumari Sing de India Norte y Sor Angèle Mbula, de Congo. Del mismo modo nos alegramos de volver a encontrar a Sor Micheline Tremblay (Hermana de la Cruz) nuestra Facilitadora del Encuentro de Visitadoras de 2006 y de la Asamblea general de 2009. Por supuesto, el Consejo general ha participado ampliamente en los trabajos de la Comisión y los ha seguido de cerca. Unas palabras también para agradecer la presencia fiel del equipo de Traductoras (reforzado desde el final del retiro), de las Hermanas de la cabina de control y la cooperación de nuestras dos Secretarias, Sor Anne Prévost y Sor Marie Odile Herbet.

Permítanme subrayar, de nuevo, la importancia de este Encuentro:

-Vamos a reflexionar y dialogar sobre varios temas, lo que será para todas nosotras una ocasión de formación continua.

-Tendrán, igualmente, la posibilidad de trabajar en algunos aspectos muy concretos del servicio de Visitadora, tomando como base las diferentes Guías y Orientaciones que la Compañía pone a su disposición. Estos Documentos son buenos instrumentos para facilitar la reflexión y el discernimiento del Consejo provincial, con miras al servicio de animación y a la toma de decisiones.

-El Encuentro nos permitirá también abordar la preparación de las próximas Asambleas y dialogar ampliamente sobre todos los temas tratados. Pienso que podrán plantear todas sus cuestiones.

Como saben, este año 2012 estará marcado por cuatro acontecimientos eclesiales de los que esperamos frutos abundantes para la Iglesia, para la Compañía y para el mundo: el 50 aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II, el 20 aniversario de la promulgación del Catecismo de la Iglesia católica, el Sínodo de los Obispos sobre la nueva evangelización y el inicio del Año de la Fe.

Junto con toda la Iglesia, deseamos acoger estos grandes acontecimientos como un Kairós, un tiempo de gracia propicio para renovar nuestra vida de fe, para fortalecer y dinamizar el espíritu misionero de la Compañía y el amplio horizonte de la nueva evangelización. De hecho, estamos animadas a:

- Nuevamente hacer nuestros los importantes mensajes del Concilio, brújula que continúa orientando nuestros pasos,
- Profundizar los contenidos de la fe, sintetizados en el Catecismo de la Iglesia católica,
- Renovar en nosotras y en nuestras Hermanas el entusiasmo de comunicar la fe, acogiendo con esperanza las orientaciones del Sínodo,
- *« volver a recorrer la historia de nuestra fe, que contempla el misterio insondable del entrecruzarse de la santidad y el pecadoⁱⁱ ».*

Según palabras mismas del Papa: « La reflexión sobre la fe para ayudar a todos los creyentes en Cristo a que su adhesión al Evangelio sea más consciente y vigorosa, sobre todo en un momento de profundo cambio como el que la humanidad está viviendo... las comunidades religiosas, así como las parroquiales, y todas las realidades eclesiales antiguas y nuevas, encontrarán la manera durante este Año, de profesar públicamente el *Credo*.ⁱⁱⁱ

A nosotras, a ustedes, corresponde ver cómo preparar esta profesión pública del Credo, a nivel de la Compañía, de cada Provincia, de cada Comunidad local... volveremos a hablar de ello.

El Año de la fe será también una buena ocasión para intensificar el testimonio de la caridad^{iv}.

Nuestra época es compleja, los discernimientos que tenemos que hacer son delicados (formación de las Hermanas, reagrupación de Provincias, orientaciones que hay que tomar para nuestros servicios apostólicos...) a veces nos parece *« como si un manto de oscuridad hubiera descendido sobre nuestro tiempo y no dejara ver con claridad la luz del día. »*^v.

Para que estas sombrías y dolorosas realidades que afrontamos diariamente, no nos desanimen, necesitamos descubrir y escuchar, discernir y acoger, los nuevos signos que manifiestan la presencia y la acción del Espíritu Santo en el mundo. ¿Estamos suficientemente atentas para vislumbrar hacia dónde nos conduce el Espíritu en esta etapa de la historia de la Compañía? ¿Qué inquietudes, qué esperanzas tienen ustedes y cada una de las Hermanas de su Provincia? Estoy segura de que después de haber orado y de la reflexión del retiro, los intercambios entre ustedes serán ricos.

Una rápida mirada a la preparación del Sínodo sobre la nueva evangelización puede proporcionarnos algunos elementos para enmarcar nuestra reflexión. Los Lineamenta subrayan la necesidad de mostrar a nuestros contemporáneos que la perspectiva cristiana es capaz de interpretar los grandes problemas de la vida.

La nueva evangelización no es solamente anuncio, sino que en primer lugar es auto-evangelización, luego está la audacia del encuentro; es sinónimo de la misión que vuelve a enviar a los desafíos de nuestro tiempo.

Se trata de ayudar a nuestros contemporáneos a encontrar lo esencial, a distinguir lo que es verdadero, bueno y bello. En sociedades como la de este país en el que los políticos, los intelectuales, presentan como avance el derecho al matrimonio para las personas del mismo sexo, el derecho a organizar el final de su vida, nuestros contemporáneos necesitan respirar un aire menos viciado, tienen sed de otro lenguaje. A través de nuestros testimonios de vida y de nuestros servicios, este soplo de aire puro puede llegar. Todos nuestros objetivos de promoción social fundados en nuestro carisma vicenciano, deben inscribirse en una perspectiva del reconocimiento de las huellas de Dios en lo humano, en una evangelización que aspira a una verdadera humanización.

El don de la fe nos permite esperar en el Señor y nos preserva del desánimo. La nueva evangelización nos invita a la confianza, al abandono en la Providencia, a mirar el mundo con ojos nuevos, a renovar nuestro compromiso por la causa de los pobres; estamos enviadas por la Iglesia y la Compañía como apóstoles y testigos de la caridad. Son tiempos de audacia creativa y profética, de atención alegre al Espíritu que nos guía hacia la plena verdad^{vi}.

Hoy como ayer, a lo largo de la historia de la Compañía, sentimos que la mano del Señor nos conduce. « *Hay que dejar hacer a Dios, que es nuestro padre. Mientras tengamos confianza en Dios, él cuidará de nosotros* »^{vii}, decía san Vicente a las Hermanas en junio de 1659, y estas palabras son hoy de actualidad.

Por su parte, santa Luisa escribía a Sor Bárbara Angiboust que vivía algunas dificultades en Bernay : « *Ya puede suponer, querida hermana, que tenemos más necesidad que nunca de la bondad de su Providencia para este asunto y para todos los demás del gobierno de la Compañía* »^{viii}.

El Papa Benedicto XVI en su carta apostólica *Porta Fidei* nos exhorta: « *la fe sólo crece y se fortalece creyendo; no hay otra posibilidad para poseer la certeza sobre la propia vida que abandonarse, (...) en las manos de un amor que se experimenta siempre como más grande porque tiene su origen en Dios* »^{ix}.

Durante estos próximos días, tendremos ocasión de abordar asuntos de gran importancia en la vida de la Compañía. Deseo que vivan estos días de trabajo en un clima de oración y de reflexión, de tranquilidad y de paz interior, en un ambiente fraterno de cordialidad y de confianza.

Este encuentro es un tiempo especial de gracia y de bendición para toda la Compañía. Un tiempo de apertura al Espíritu Santo para dejarnos transformar por él, y así llegar a ser « *instrumentos de sus obras* »^x

Sabemos que podemos contar con la oración de todas las Hermanas, particularmente de nuestras Hermanas mayores y enfermas, que participan activamente en la misión de la Compañía con la ofrenda de lo que viven en esta etapa del amor puro y fiel, etapa de plenitud en el don total a Dios.

La Compañía, que les ha confiado la misión de Visitadora, espera mucho de ustedes y les pide también que consagren todas sus energías, su disponibilidad y su entusiasmo para promover la vitalidad espiritual y apostólica de cada una de las Hijas de la Caridad^{xi} y de este modo mantener encendida la llama del carisma en todas las Provincias de la Compañía.

Pidamos la intercesión de san Vicente y de santa Luisa por los frutos de este encuentro.

Confiamos a María, Madre de la Compañía, las reflexiones y el trabajo de estos días. *«Desde la Anunciación hasta Pentecostés, se nos presenta como mujer enteramente disponible a la voluntad de Dios... María es también símbolo de la apertura a Dios y a los demás; escucha activa, que interioriza, asimila, y en la que la Palabra se convierte en forma de vida.»^{xii}*

Sor Evelyne FRANC

Hija de la Caridad

Notas

ⁱ Cf Documento Inter-Asambleas 2009-2015.

ⁱⁱ Cf. Benedicto XVI, Motu proprio, Porta Fidei, n. 13.

ⁱⁱⁱ Cf. Benedicto XVI, Motu proprio, Porta Fidei, n. 8.

^{iv} Cf. Benedicto XVI, Motu proprio, Porta Fidei, n. 14.

^v Benedicto XVI, Mensaje para la XLV Jornada Mundial de la Paz, 2012.

^{vi} Cf. Jn 16, 13.

^{vii} San Vicente de Paúl, conf. del 9 junio de 1658, SV IX-2, página 1050

^{viii} Santa Luisa, Correspondencia y escritos. página 533, C. 582

^{ix} Carta apostólica Porta Fidei, n. 7.

^x C. 17c.

^{xi} Cf. C. 73a.

^{xii} Exhortación postsinodal Verbum Domini, 27.

PADRE JEAN-FRANÇOIS BERJONNEAU, FSJC

« LOS POBRES SON NUESTROS SEÑORES »

15 de mayo de 2012

He querido tomar de su fundador, san Vicente de Paúl, el título de mi conferencia. El título que me habían propuesto era: “¿Qué tienen que decirnos los pobres, a nosotros y a la Iglesia de hoy?” Pienso que el mejor mensaje que hoy podemos recibir de los pobres, es Cristo, la presencia de Cristo, la Palabra de Cristo. En el capítulo 25 del Evangelio de San Mateo, Cristo se identifica con los pobres, los hambrientos, los enfermos, los extranjeros, los presos... Él ha afirmado que cada vez que nos relacionamos fraternalmente con uno de estos pequeños a los que ha llamado “sus hermanos”, nos relacionamos con Él mismo, cualesquiera que sean los rostros de los pobres, tan distintos según sus países de procedencia. Hoy podríamos añadir los rostros actuales que todos encontramos: los “sin”: los sin papeles, sin domicilio fijo, sin hogar, sin familia, las innumerables personas que no pueden seguir en esta sociedad globalizada cuyas mutaciones políticas y tecnológicas se aceleran a tal velocidad que deja al margen a un número cada vez más asombroso de excluidos.

A través de todas estas categorías de pobres tan diversificadas, y cuyos recorridos son tan complejos, nosotros, cristianos, oímos la única palabra de Jesús, que “siendo rico, se hizo pobre” para acercarse a nosotros y abrirnos su Reino.

Es esto lo que San Vicente de Paúl afirmaba cuando decía: *“No hemos de considerar a un pobre campesino o a una pobre mujer según su aspecto exterior, ni según la impresión de su espíritu, dado que con frecuencia no tienen ni la figura ni el espíritu de las personas educadas, pues son vulgares y groseros. Pero dadle la vuelta a la medalla y veréis con las luces de la fe que son éstos los que nos representan al Hijo de Dios, que quiso ser pobre (1); él casi ni tenía aspecto de hombre en su pasión (2) y pasó por loco entre los gentiles y por piedra de escándalo entre los judíos”* SV XI-4-165. Sobre el espíritu de fe. p.725

Me parece importante dedicar tiempo para considerar juntos lo que nos dice Cristo a través de los pobres con los que nos encontramos, y preguntarnos a qué camino de conversión profunda nos compromete Cristo, cómo nos escoge, cómo nos transforma, cómo nos altera totalmente.

Haré referencia a mi experiencia de capellán de prisiones desde hace 30 años. En esto me siento cercano a ustedes ya que san Vicente de Paúl fue el fundador de los capellanes de prisiones. Me apoyaré también en mi recorrido como secretario de la Comisión Episcopal de Migraciones entre los años 1992-1998, en la que tuve mucha relación con los sin papeles que pedían ser acogidos en una sociedad que los rechazaba y que recurrieron a las iglesias para hacer oír su grito.

A este propósito, me gusta contar mis primeros pasos como capellán de prisión. Durante mi primera visita a la Cárcel de Evreux, en cierto modo recibí, de un joven detenido, mi carta de misión. Este, al saber que yo era el nuevo “cura” enviado a la cárcel, me dijo algo que nunca olvidaré: “Mira, Cura, yo tengo dos cárceles: la primera es mi celda, la puerta blindada, los barrotes... de esa, no sé cuando saldré. Pero la segunda es la más dura: es el odio que tengo hacia la gente. ¡Si tú consigues liberarme de esta segunda cárcel, habrás ganado! ¡Pero, te aviso, tus problemas no han hecho más que empezar!”. Creo que a través de este detenido Jesús trazaba el camino de mi misión.

Les propongo dividir mi conferencia en dos puntos importantes:

- 1- Cómo nos transforma Cristo en nuestro acompañamiento a los pobres.
- 2- Cómo pueden ser “mediadoras” entre los pobres y la Iglesia para que ellos lleguen a ser el centro.

I- CÓMO NOS TRANSFORMA CRISTO EN LA RELACIÓN CON LOS POBRES

1- AL COMIENZO, LOS POBRES SIEMPRE NOS MOLESTAN.

En el empleo de nuestro tiempo, con frecuencia bien repleto, los pobres intervienen, surgen muchas veces de manera inesperada.

Por ejemplo, quise retirarme para preparar esta intervención, estaba muy tranquilo cuando sonó mi teléfono móvil. Era Jean-Pierre al que acompañé en la cárcel durante las veinte veces que estuvo y que aún está; me decía que pronto iba a salir y que contaba conmigo para encontrar en ese momento un alojamiento.

Pienso que a ustedes también les ocurre con frecuencia: han programado un trabajo urgente, están muy ocupadas...y, de repente, en el peor momento, este pobre que pide se le escuche o acoja y que no entiende sus argumentos. Claro, en comunidad hay Hermanas que se dedican a la acogida de estas personas en situación precaria, pero a pesar de eso las personas familiarizadas con la exclusión aparecen frecuentemente como aguafiestas, perturbadores.

En nuestras sociedades marcadas por la eficacia, el rendimiento, la rentabilidad, la preocupación por organizar todo los pobres surgen siempre, de manera habitual, allí donde no se les esperaba. No entienden nuestros criterios, nuestros puntos de referencia. No viven como nosotros, no piensan como nosotros, no tienen los mismos rituales que nosotros...Y esta perturbación forma parte de los primeros pasos de la relación. Porque nos obliga a descentrarnos de nuestro pequeño universo, a hacernos a un lado para dejar sitio a esta persona que en su sufrimiento necesita que se le preste atención sobre la marcha. Y en este intervalo, es Dios mismo quien nos llama. Es esto lo que nos dice Michel de Certeau en su libro "El extranjero o la unión en la diferencia" (DDB p.14)

"Es de lo desconocido y como desconocido como el Señor llega siempre a su propia casa y a la de los suyos: « Mira que vengo como ladrón» (Ap. 16,15 ; 3,3). Los que creen en El son incesantemente llamados a reconocerle así, viviendo lejos o venido de otro lugar, vecino irreconocible o hermano separado, encontrado en la calle, encerrado en las cárceles, alojado con los desprovistos o ignorado en una región fuera de las fronteras. No es hasta la "mística" cuando no siempre sobreviene en la Iglesia como un aguafiestas, un obstáculo y un extraño...Esto nos lleva a algo más desconcertante aún, pero fundamental para la fe cristiana. Dios permanece desconocido, el que no conocemos, incluso aunque creamos en El. En la experiencia humana de nuestras relaciones el continúa siendo el extraño para nosotros. Pero es también desconocido aquel al que no queremos reconocer y que Juan nos lo dice (Jn.1,11), "vino a su casa y los suyos no lo recibieron". Y es precisamente por esto por lo que, a última instancia, seremos juzgados; es el test de la verdadera vida cristiana: ¿hemos recibido al extranjero, visitado al preso, acogido al otro?" (Mt. 25, 35-36)

El mismo Jesús conoció esta perturbación. Cuando se retira a la región de Tiro y Sidón, queriendo pasar desapercibido, la cananea le busca para expresarle su sufrimiento de madre por la enfermedad de su hija. Sus discípulos, le decían: "Despáchala, que viene detrás gritando" pero el mismo Jesús, dedica tiempo a esta mujer para reconocer en ella la fe.

Los pobres nos hacen vivir la experiencia de una difícil desigualdad. Nos obligan siempre a dejar nuestras costumbres y "la comodidad de nuestra casa", de ese modo abren en nosotros un espacio para Dios...

2.- CUALQUIERA QUE SEA SU DIFICULTAD, LOS POBRES MERECEAN RESPETO.

Cuando se han pasado las ganas de despedirlos y se ha asumido la perturbación, se inicia el tiempo del respeto. Entramos en este camino de distinción que supone la escucha y la comprensión del otro. Y todo esto exige tiempo y continuidad.

La persona que tengo ante mí, tiene una historia, le han afectado las heridas y no siempre encuentra palabras para expresar su sufrimiento. La primera petición puede esconder otra. Así, en la cárcel, una petición de tabaco o de sellos, aparentemente interesada, puede ser la introducción de un intercambio mucho más profundo.

Como dice Maurice Bellet, sacerdote y psicoanalista: *"Comenzarás por el respeto"*. El respeto consiste en resistir a la tentación de clasificar a este pobre en una categoría y buscar enseguida "la solución" para él u orientarlo a uno u otro servicio social.

El respeto consiste en abrirnos a la dimensión única de la persona que está ante nosotros, que ha sido creada a imagen de Dios y a través de la que Cristo se dirige a nosotros. Esto supone por tanto dejar que la palabra de esta persona se abra un camino, incluso si en un principio esta palabra nos parece inaudible...

Este espacio sagrado, llamado respeto, supone también que evitemos cualquier apariencia de dominación o de paternalismo para ponernos a la escucha de lo que la persona expresa con sus palabras, pero también de lo que se dice más allá de las palabras.

En el episodio del encuentro de Jesús con la Cananea, Jesús escucha los gritos de esta mujer angustiada y "no le dice una palabra". Es para Él el momento de respetar la distancia que le separa de esta mujer y confrontarse con ella.

3- CONTRASTARNOS CON LA MIRADA DE DIOS SOBRE LOS POBRES

Los pobres que encontramos, en cierto modo, nos hacen siempre la misma pregunta: *"¿Eres capaz de amarme como soy?"*

Si los encontramos por primera vez nos piden que superemos nuestras reticencias ante su apariencia a veces repulsiva. Nos piden que superemos nuestras aprensiones, incluso, nuestros miedos.

Si nos relacionamos durante tiempo, prueban nuestra fidelidad en el acompañamiento, incluso en situación de crisis.

Para entrar en esta conversión de la mirada, siempre tenemos que ponernos a la escucha de esta palabra de Cristo en el Evangelio: *"no temas...no tengáis miedo..."* Tal conversión de la mirada se fundamenta en el itinerario mismo de Jesús de Nazaret.

Para Jesús, la fuente de la experiencia a partir de la que todos sus encuentros con los pobres tienen un sentido, es su bautismo en las aguas del Jordán: allí vive esta experiencia conmovedora de la paternidad de Dios. En su libro *« Le Dieu plus grand »*, Eloi Leclerc escribe: *"En la inefable proximidad divina que se manifiesta a El, Jesús tiene la evidencia de que Dios se ha acercado... En El, cualquier hombre sin excepción, está llamado a oír decirle « Tú eres mi hijo muy amado ». Al mismo tiempo que, por su parte, descubre la paternidad de Dios, se abre al amor de Dios por todos los hombres. Fija su mirada misericordiosa sobre el hombre. Por otra parte es tanto más el Hijo parecido al Padre cuanto se deja invadir y conducir por este amor divino por todos los hombres."*

No debemos nunca olvidar la fuente contemplativa en nuestro encuentro con los pobres. Habitados por este Espíritu de Cristo estamos invitados sin cesar a ir al encuentro de los más pobres.

A partir de la experiencia personal de la acción del Espíritu de Cristo en nosotros, podemos progresivamente ajustarnos a la mirada del Padre sobre todas estas personas desfavorecidas que nos encontramos. Dios los mira con ternura. *"Un pobre grita, Dios le escucha"*. ¿Sabemos sencillamente ser los reflejos de esta divina bondad para con ellos? Bajo la mirada de Cristo, podemos superar los miedos, las aprensiones, las reticencias que a veces pueden habitarnos para entrar en una auténtica relación de vida con los pobres para que se sientan amados de Dios.

4- LOS POBRES NOS REVELAN NUESTRAS PROPIAS FRAGILIDADES.

Cuando entro en la cárcel para visitar a los detenidos, nunca puedo, en un principio, evitar un cierto miedo: miedo de encontrar situaciones de violencia, miedo de cometer alguna infracción en relación con el

reglamento, miedo de enfrentarme con algún detenido especialmente agresivo, miedo, a veces, de no estar a la altura... Estos miedos siempre me recuerdan mi fragilidad, mis límites. Y en este sentido, esta toma de conciencia de mis miedos es positiva para el encuentro con el más pobre.

Mi fragilidad me obliga a hacer un trabajo en mi mismo para aprender a crear la verdad sobre mis miedos y a superarlos. Mi fe en Cristo me ayuda también a superar estos miedos. No puedo abordar a estas personas que tienen un recorrido tan perturbado y sembrado de tantas pruebas más que de manera muy humilde, muy disponible, despojada de toda voluntad de influencia sobre mi interlocutor. Es ese, el sentido del lavatorio de los pies: Tomar la posición del servidor, arrodillarse ante la persona frágil, ponerse a su escucha, tener una actitud desprovista de todo poder. (Cf. Jn 13,1-15)

La “humildad” es la condición para que la palabra del pobre pueda expresarse y la confianza se establezca entre nosotros.

Esta observación personal me lleva a algunos comentarios sobre la conciencia de nuestra propia fragilidad en el encuentro con las personas en precariedad. Este sentimiento de fragilidad en el encuentro con los pobres es ambivalente:

- Unas veces su encuentro despierta en nosotros miedos o heridas ocultas desde hace mucho tiempo y que surgen con motivo de esta relación. A veces, este sentimiento de fragilidad es tan fuerte que puede conducirnos a una reacción de exclusión que puede sorprendernos... No sabíamos que éramos susceptibles a tales rechazos. En otras circunstancias, el encuentro de una u otra persona en situación precaria, ya sea en el plano económico, de relación, o de salud, puede llegar a llenar un vacío afectivo que nos impide guardar la justa distancia con la persona. Entonces esta no tiene libertad para trazar su camino como lo entiende.

- Pero este sentimiento de fragilidad puede ser bueno si se vive en verdad y se pone en tela de juicio el sentimiento de omnipotencia. Puede también introducirnos en el sentimiento de una condición común que nos relaciona profundamente con la persona que encontramos. Es lo que expresa Xavier Emmanuelli, médico, que fue Director del SAMU social: *“En el fondo, el sentimiento de fragilidad crea esta indefectible solidaridad de la humanidad. ...Esto es lo que decía, en los comienzos del SAMU social, a mis equipos tratando de enaltecerles: «no olviden que esta noche, en las calles de Paris, encontrarán gentes de la misma categoría y del mismo status de humanidad que ustedes»... La fragilidad es lo que marca el estatuto del humano en un mundo que permanece, aunque sea indescifrable e infinito”.*

Esta experiencia de nuestra fragilidad en el encuentro con los pobres y los riesgos que conlleva nos exige estar siempre acompañado por alguien o por un equipo que nos permite encontrar la justa distancia para ayudar a la persona precaria sin ser devorado a sí mismo por su sufrimiento. *“En el acompañamiento del sufrimiento es preciso arriesgar algo personal, ciertamente, pero sin perderse totalmente porque nos convertiríamos en inútiles o peligrosos, para uno mismo o para el paciente.”* Luego da una definición de la compasión: *“La compasión, consiste en comprender el sufrimiento del otro e interrogarse sobre ello, es estar atento a uno mismo, pero es también saber defenderse del naufragio, de lo que pueden ser el dolor, el sufrimiento moral para saber relacionarlo. Es una relación de alteridad, es la preocupación por el otro. Porque el otro sufre y está en peligro por lo que le acompaño, porque sé ver en mi mismo mi propia fragilidad. Si no tenemos esta compasión, no podemos hacer la relación.”* (Id. p.146)

Esta experiencia nos permite comprender el misterio de la encarnación de Cristo. Sólo asumiendo el Amor del Padre y la fuerza del Espíritu Santo, es nuestra vulnerabilidad, haciéndose *“pobre, rico como era”*, *“tomando la condición de siervo haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre... obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz”* (Flp2, 7-8), es como nos ha dado a conocer el poder de su Amor y nos ha abierto el camino de la resurrección.

5- LOS POBRES SON REVELADORES DEL DESORDEN DEL MUNDO Y NOS INVITAN A COMPROMETERNOS.

Cuando Jesús presenta su programa en la Sinagoga de Nazaret, lo hace con las mismas palabras del Profeta Isaías: *“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar*

a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad y a los ciegos la vista, a poner en libertad a los oprimidos; a proclamar el año de gracia del Señor” (Lc. 4, 18-19)

Se trata pues, para él, de **acercarse** a todas estas categorías de personas caracterizadas por su estatuto precario: los pobres, los cautivos, los ciegos, los oprimidos. Hay en ellos una prioridad reconocida y afirmada. Pero al mismo tiempo, esta misión aporta una **dimensión de liberación**, de salida de este estatuto precario de encarcelamiento, de ceguera, de opresión. La Buena Noticia anunciada se produce por una dinámica concreta de liberación de una cierta esclavitud. No podemos contentarnos con interpretar este mensaje de Isaías recogido por Jesús como puramente espiritual. En efecto, se refiere a la inauguración del Reino de Dios tal como se manifiesta en la persona de Jesús. Pero implica también dimensiones concretas, las que el mismo profeta, el 3^{er} Isaías, evoca en estos términos: *“Este es el ayuno que yo quiero: soltar las cadenas injustas, desatar las correas del yugo, liberar a los oprimidos, quebrar todos los yugos, partir tu pan con el hambriento, hospedar a los pobres sin techo, cubrir a quien ves desnudo y no desentenderte de los tuyos” (Is. 58, 6-7)*

La proximidad de los pobres está íntimamente relacionada con cualquier actividad que pretende hacer cesar la opresión de la que son víctimas y entrar en un combate por la justicia, en una dinámica de compartir. Tal movimiento forma parte integrante de la solidaridad con los más pobres según el Evangelio.

En su encíclica *Sollicitudo Rei Socialis*, el Papa Juan Pablo II da una definición de la solidaridad : *“La solidaridad no es, pues, un sentimiento superficial por los males de tantas personas, cercanas o lejanas. Al contrario, es la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común; es decir, por el bien de todos y cada uno, para que todos seamos verdaderamente responsables de todos. Esta determinación se funda en la firme convicción de que lo que frena el pleno desarrollo es aquel afán de ganancia y aquella sed de poder... Tales actitudes y estas «estructuras de pecado» solamente se vencen — con la ayuda de la gracia divina— mediante una actitud diametralmente opuesta: la entrega por el bien del prójimo, que está dispuesto a « perderse », en sentido evangélico, por el otro en lugar de explotarlo, y a « servirlo » en lugar de oprimirlo para el propio provecho” (cf. Mt 10, 40-42; 20, 25; Mc 10, 42-45; Lc 22, 25-27).*

El acompañamiento a los pobres, en particular a los que son víctimas de un orden social y económico injusto, nos compromete en un verdadero combate contra estas “estructuras de pecado”, de las que habla Juan Pablo II. Por lo que se refiere a mi ministerio de capellán de prisión, esta proximidad con los presos me lleva, en los diálogos que tenemos juntos, a descubrir el mundo de su infancia: con frecuencia proceden de un medio marcado por el desempleo, la miseria, las viviendas degradadas, la ausencia de vida familiar equilibrada, la carencia de puntos de referencia educativos, y que han acabado en la delincuencia.

Cuando pregunté a un joven que había recaído una quinta vez en prisión por tráfico de drogas cómo saldría de ésta, me respondió: “¡Encuéntrame una razón para vivir en el barrio en el que vivo!”

En mis encuentros con los presos, si no pongo toda mi atención al medio del que proceden, si de una manera o de otra no contribuyo a encontrar con ellos un camino de reinserción social y profesional a su salida de la cárcel, si no lucho contra todas las estigmatizaciones de las que pueden ser objeto después de su encarcelación, la presentación del mensaje de conversión y de liberación que Cristo les dirige corre el riesgo de no ser recibido. Va en ello la verdad de este compromiso que quiero vivir a su lado en nombre de Cristo.

En la relación con los pobres hay, pues, lugar para un compromiso a su lado que puede llevarnos muy lejos. Nos invita a hacer el análisis de la situación económica, política y social que ha provocado esta miseria. Nos implica en un combate perseverante contra todas las formas de opresión que mantienen a tantas personas en el subsuelo de la humanidad. Nos invita también a acudir, sin cesar, a la escuela de los pobres, porque son ellos los que a partir de su situación, con su lenguaje propio, nos dicen cuales son los caminos de su propia liberación.

6- LOS POBRES NOS INVITAN A LA PACIENCIA Y A LA FIDELIDAD.

El mismo Jesús conoció la prueba de la fidelidad en la alianza con los pobres. En un momento dado se da cuenta de que su relación con los excluidos de su pueblo podía conducirle a la confrontación con los poderes públicos y religiosos de su tiempo que no aceptaban su misión. También tuvo la experiencia de la inconstancia de las personas que lo habían seguido. La multitud que lo había aclamado a su entrada en Jerusalén fue capaz de volverse contra él en el momento del proceso. Sus mismos discípulos quisieron impedirle que arriesgara el don de su vida.

Pero, fiel al amor de su Padre y de los hombres a los que había sido enviado, se mantuvo hasta el final. Resistió todas las tentaciones de poder, de dominio bajo todas sus formas, de búsqueda de éxito popular. Mantuvo esta elección de la pobreza y del don de sí y, *“tomó la decisión de ir a Jerusalén”* (Lc.9, 51).

En este acompañamiento a los pobres, sucede que hacemos la experiencia de la prueba y de la contradicción. Esta prueba puede venir de nosotros, debido al cansancio, a la duda que se insinúa en nosotros del bien fundado de nuestro compromiso, o aun de la impresión del fracaso en esta solidaridad con los pobres. Esta prueba puede también sobrevenir debido al carácter arriesgado de nuestro compromiso y del peligro o de la violencia que se acercan, incluso de un sentimiento de soledad. Puede también surgir cuando los mismos pobres que hemos acompañado en el camino de su recuperación están sujetos a recaídas y, parecen de nuevo abatidos por la fatalidad. Puede entonces ocurrir que estemos tentados a rendirnos.

Un día, unos amigos me dijeron que un joven al que yo había acompañado en su combate por una verdadera liberación de la droga durante su larga cura de desintoxicación, había caído de nuevo en el consumo de la droga. Era la 5ª vez que tenía una recaída. Tuve la mala suerte de decir a estos amigos que me habían dado la noticia: “Esta vez, me rindo”. Y este joven vino enseguida a decirme: “si supieras el mal que me ha hecho saber que tu también, te rindes...” Es lo que llamo el pecado contra la esperanza... Los pobres nos provocan a la fidelidad y a la paciencia, más allá de las recaídas, de las desesperación, de las angustias que puedan herirles e incluso llevarles a la muerte.

Hay una espiritualidad de «Stabat Mater» que se parece a la fidelidad de María que se mantuvo de pie junto a la Cruz cuando ya no había aparentemente nada que hacer, que su hijo estaba muriendo ante el sarcasmo de la multitud. Sólo nuestra fe en la resurrección de Cristo, en un amor más fuerte que todas las miserias y los sufrimientos que pueden abatirse sobre nuestros hermanos los más pobres, puede ayudarnos a estar a su lado y a permanecer *“esperando contra toda esperanza,”* como nos invita San Pablo en la Carta a los Romanos. (Rm. 4,18)

7- LOS POBRES NOS INTRODUCEN EN EL CAMINO PASCUAL CON CRISTO

Finalmente, los pobres pueden inducirnos a vivir, hasta en nuestra propia carne, este camino pascual que Cristo ha trazado para llevarnos hacia su resurrección.

En la encíclica *Sollicitudo Rei Socialis* el Papa Juan Pablo II escribe: *“A la luz de la fe, la solidaridad tiende a superarse a sí misma, al revestirse de las dimensiones específicamente cristianas de gratuidad total, perdón y reconciliación. Entonces el prójimo no es solamente un ser humano con sus derechos y su igualdad fundamental con todos, sino que se convierte en la imagen viva de Dios Padre, rescatada por la sangre de Jesucristo y puesta bajo la acción permanente del Espíritu Santo. Por tanto, debe ser amado, aunque sea enemigo, con el mismo amor con que le ama el Señor, y por él se debe estar dispuestos al sacrificio, incluso extremo: « dar la vida por los hermanos » (cf. 1 Jn 3, 16).*

Los monjes de Tibhirine nos han dado un resplandeciente signo de esta solidaridad hasta el don de su vida. Día a día, en esa difícil fraternidad con el pueblo argelino sometido al miedo y a la violencia de la guerra civil en medio de la que vivían, trazaron el camino del don de sí mismos. Quisieron permanecer hermanos de todos, rechazando la elección entre los hermanos de la llanura (los soldados del ejército

argelino) y los hermanos de la montaña (los llamados islamistas) que se oponían con una violencia despiadada. En una contemplación asidua de su Señor y maestro Jesucristo crucificado y resucitado, y en este largo trabajo interior de la oración, aprendieron a superar sus miedos, a hacer la elección de permanecer unidos junto a este pueblo de pobres con los que habían hecho alianza, a despojarse poco a poco de todo lo que pudiera dificultar el amor y a abandonarse con confianza en las manos de este Dios que, en la persona de Cristo, nos dice continuamente *“nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos”*.

Nosotros también, en la medida que hacemos esta elección definitiva de unir nuestra vida a la de los pobres, nos dejamos conducir y modelar por ellos. Poco a poco nos dejamos llevar por el camino de sus gozos, de sus penas, de sus esperanzas, de sus combates...Unimos nuestra vida a la suya. Pasamos, como ellos, por las oscuridades del miedo, de la inquietud por el mañana, por la experiencia de nuestras limitaciones y de nuestra fragilidad. Pero también somos transportados por la gracia que nos hacen al acogernos como a sus hermanos o hermanas y ofrecernos su amistad.

Ellos son los que, como Cristo, nos enseñan día tras día a dar nuestra vida. A veces, en el fondo de nuestras fragilidades, recibimos de ellos palabras de esperanza, como Jesús, que antes de entregar su aliento al Padre, recibió del buen ladrón crucificado a su lado, este reflejo antes de la carrera de la resurrección en la que participaba: *“Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino”* (Lc.23, 42)

II- LUGAR DE LOS POBRES EN LA VIDA DE LA IGLESIA

1- LA EXPRESIÓN DEL CONCILIO VATICANO II

Si Cristo nos habla personal y colectivamente en el encuentro y la solidaridad con las personas en precariedad, la vida de la Iglesia está implicada en el más alto punto.

En este año del 50 aniversario del Concilio Vaticano II, podemos referirnos a alguno de los textos que evocan el lugar de los pobres en la Iglesia.

“Como Cristo realizó la obra de la redención en pobreza y persecución, de igual modo la Iglesia está destinada a recorrer el mismo camino a fin de comunicar los frutos de la salvación a los hombres. Cristo Jesús, «existiendo en la forma de Dios..., se anonadó a sí mismo, tomando la forma de siervo» (Flp 2,6-7), y por nosotros «se hizo pobre, siendo rico” (2 Co 8,9).

“Así también la Iglesia, aunque necesite de medios humanos para cumplir su misión, no fue instituida para buscar la gloria terrena, sino para proclamar la humildad y la abnegación, también con su propio ejemplo. Cristo fue enviado por el Padre a «evangelizar a los pobres y levantar a los oprimidos» (Lc 4,18), «para buscar y salvar lo que estaba perdido» (Lc 19,10); así también la Iglesia abraza con su amor a todos los afligidos por la debilidad humana; más aún, reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador pobre y paciente, se esfuerza en remediar sus necesidades y procura servir en ellos a Cristo.” (cf Lumen Gentium n° 8)

Este texto pone de relieve algunos puntos esenciales:

- La pobreza como signo de la conformidad con la persona de Cristo y como camino para la misión.
- El reconocimiento de los pobres y de los que sufren como los privilegiados de la misión de la Iglesia (la expresión de la opción preferencial por los pobres está sobreentendido).
- El reconocimiento por la Iglesia de la presencia de Cristo en la persona de los pobres.

Para resumir estas afirmaciones conciliares, se podría decir que una Iglesia sin los pobres es una Iglesia mutilada. Porque Cristo se ha identificado con los pobres (hambrientos, enfermos, extranjeros, presos...), porque ha designado a los pobres como los destinatarios privilegiados de la Buena Noticia, porque ha manifestado la búsqueda de la oveja perdida como una acción prioritaria para sus discípulos, el lugar de los pobres es constitutivo del misterio de la Iglesia.

2- PERO LA IGLESIA REUNIDA ESTÁ FRECUENTEMENTE DISTANTE DE LOS POBRES.

Ciertamente, hablo de la Iglesia que conozco, en Francia y más ampliamente en Europa, donde constato que los pobres están aún muy lejos de sentirse, en nuestras asambleas cristianas, como en su casa. Sin duda para algunas de ustedes que proceden de países más pobres, este comentario no es muy apropiado. Esto no impide que en muchos países, los más pobres no se sientan plenamente en nuestras comunidades cristianas.

Nuestras Comunidades cristianas tienen la preocupación de responder a la demanda de los pobres. Estas son para los pobres, pero no con los pobres. El Padre Joseph Wresinsky, fundador de ATD Cuarto Mundo escribió un libro titulado: "Los pobres son la Iglesia" ... ¡Estamos lejos de esto! Aunque se hable de la opción preferencial por los pobres, la voz de los pobres es aun difícilmente perceptible en nuestras iglesias. Esta distancia hay que considerarla y reconocer lúcidamente, sin culpabilidad, pero también sin complacencia. Es importante medir esta distancia que nos mantiene a distancia de los pobres porque es también la base de una posible conversión. Si sabemos reconocer con lucidez la alteridad de nuestras comunidades (parroquiales o diocesanas) en relación a los que viven en la exclusión, si tomamos conciencia de que nuestras comunidades están "alteradas" por su ausencia, entonces podremos abrir un diálogo con ellos en una verdadera reciprocidad evitando las tentaciones sutiles de recuperación precipitada que nos sirven de pretexto para no oír el grito molesto de los pobres. Porque con nuestros hermanos y hermanas más pobres, tenemos que ponernos siempre a su escucha y estar preparados, en un verdadero diálogo con ellos, para dejarnos transformar profundamente por la palabra que nos dirige Cristo en su persona.

3- PARA VIVIR UN VERDADERO ENCUENTRO CON LOS POBRES, NUESTRAS COMUNIDADES CRISTIANA NECESITAN MEDIACIONES.

Cuando hablo de mediación, pienso en las personas que están en relación permanente con los más pobres, comprometidas en una verdadera solidaridad con ellos, compartiendo sus sufrimientos y sus combates después de haber aprendido a su lado su lenguaje y haberse dejado transformar por ellos. Estas personas, como miembros de las comunidades cristianas, pueden estar cerca de sus hermanos y hermanas bautizados, de los siervos o siervas del encuentro con los más pobres. Pueden enseñar a las comunidades cristianas a comprender, desde el interior, lo que viven estas personas excluidas y a ponerse a la escucha de la palabra que Cristo les dirige a través de su vida.

Ustedes mismas, Hermanas, de una manera o de otra, todas son testigos: ocurre que en ciertos lugares humildes, marcados por la hospitalidad, el sentido de la oración, la calidad de escucha del otro, se lleva a cabo un verdadero encuentro entre los excluidos y la sencilla palabra de Cristo. Sucede que el gran deseo de los excluidos de ver por fin reconocida su dignidad y su deseo de ser liberados de toda opresión, a veces entra en la luz del Evangelio. Los presos y los oprimidos están tocados por la Buena Noticia del Evangelio y oyen la palabra de Cristo "*levántate toma tu camilla y anda*". Entonces la vida de estas personas frágiles puede hacerse más cálida. Siendo testigos de estas pequeñas resurrecciones podemos estremecernos con la alegría de Cristo. "*Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito*" (Lc.10,21) En la misma línea, resuenan en nosotras las palabras del Magníficat en las que la voz de María se mezcla con la de los pobres con los que nos encontramos: "*derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes*" (Lc. 1,52)

Cuando somos testigos maravillados de este encuentro fulgurante entre la voz de los más pobres y la luz del Evangelio de Cristo, no podemos guardarlo para nosotros. Tenemos una doble responsabilidad:

-Permitir a las personas que viven la exclusión y que han descubierto la palabra de Jesús, sentirse acogidas en una comunidad y dar algunos pasos en el camino de una reinserción que tiene una dimensión espiritual y eclesial.

-Ayudar a las comunidades de Iglesia, con frecuencia distanciadas de los pobres, a entrar en relación con estas personas afectadas por el sufrimiento o por la miseria y a dejarse convertir por la palabra que Cristo les dirige.

Como Hijas de la Caridad, ustedes pueden:

-Aportar su contribución a la formación de una Iglesia más evangélica, porque está habitada, transformada por la presencia y la palabra de los pobres en su seno.

- Llegar a ser humildes lazos de unión entre estos pobres trabajados por la gran esperanza de la Buena Nueva de Cristo y nuestras iglesias diocesanas o parroquiales, heridas por la ausencia de los pobres y en espera de un verdadero encuentro con ellos y a través de ellos con Cristo.

4- LAS RESPONSABILIDADES QUE LES INCUMBEN EN EL SENO DE SUS COMUNIDADES RELIGIOSAS Y EN LA IGLESIA.

Como "Visitadoras", no tendrán siempre la posibilidad de estar en contacto directo con los más pobres. Pero las Hermanas de las comunidades de las que ustedes tienen la responsabilidad comparten la condición de los pobres en lo concreto de su vida diaria. Los testimonios que hemos oído al comienzo de este encuentro, muestran la calidad de la escucha y de la presencia de las Hermanas junto a todas estas personas frágiles, que la vida les da la ocasión de encontrar. Ellas comparten de cerca sus sufrimientos, sus combates, a veces su proximidad con el Evangelio. Les comparten unas veces su admiración al estilo de Jesús ante la cananea o el centurión romano, otras veces su cansancio o sus decepciones cuando experimentan estas inevitables contradicciones, como Cristo las encontró. Imagino que su presencia junto a ellas es de una gran importancia.

Ustedes están ahí para discernir estos carismas que el Espíritu Santo pone en el corazón de una u otra Hermana que encuentra su alegría en el servicio de los pobres, realizado en esos lugares de precariedad. La escucha atenta de su experiencia puede ayudarles a releer la palabra que Cristo les dirige a través de esta proximidad con los más pobres. Ustedes están ahí para apoyar, acompañar, levantar... cuando la experiencia resulta demasiado pesada de vivir debido a la extrema miseria o a la pérdida de las esperanzas. En cierto modo, son ustedes las depositarias de esos "Hechos de los apóstoles" que se viven aún hoy en compañía de aquellos que el mundo deja abandonados. Y sobre todo, ustedes están empeñadas en reunir en el corazón de las comunidades todas estas perlas de Evangelio recibidas de los más pobres y que llevan a nuestra Iglesia a resplandecer en el amor siempre activo del Resucitado.

CONCLUSIÓN

Esta reflexión toma hoy un carácter de urgencia por dos razones:

- Nuestras sociedades globalizadas, están sacudidas por una crisis económica y financiera sin precedentes y, de una manera o de otra, todos los países del planeta están afectados. Esta crisis tiene consecuencias dramáticas en la vida de las familias que no saben cómo será el mañana. Las migraciones de desesperación se intensifican. Los jóvenes de los países pobres alimentan frecuentemente el deseo de ir a trabajar a los países industrializados. Los países occidentales cierran sus fronteras y tienden a replegarse sobre tímidas identidades. Por todas partes el desafío de la solidaridad adquiere una actualidad sorprendente.

-En este contexto, muchas de las comunidades cristianas conocen una nueva precariedad, ya sea por el hecho de la miseria que domina en su país, ya sea a causa de la violencia, o en Occidente por el hecho de la disminución rápida del número de sacerdotes y de los medio pastorales. Si las comunidades de Iglesia saben realizar un discernimiento sobre la apuesta espiritual que lleva consigo esta nueva situación en el marco de esta universalización no regulada, pueden descubrir una nueva dinámica evangélica en el encuentro con los pobres, en el diálogo con ellos y en el compromiso a su lado para que sus derechos básicos sean reconocidos. En este compromiso y en la profundización del misterio eucarístico que les hace vivir, las Comunidades pueden dejarse llevar de nuevo por la Pasión de Cristo, que "se hace pobre entre los pobres", hasta el don de su vida en la cruz para abrir a la multitud de pueblos la comunión en la luz de su Resurrección.

Jean-François BERJONNEAU
Fraternidad sacerdotal Jesús Caritas

Anunciar a Jesucristo hoy

16 de mayo de 2012

I - UN NUEVO ESCENARIO CULTURAL

Vivimos un momento de cambios y transformaciones importantes en todos los ámbitos de la existencia humana; “una acelerada transformación” de la sociedad ha generado un nuevo escenario cultural caracterizado por la pérdida de la consistencia ontológica del alma^{xii}, una crisis de verdad, una perversión de la libertad, desvinculada del ser y de la verdad del hombre, un oscurecimiento de la conciencia moral, en definitiva, una **crisis espiritual** del ser humano. Como afirma el Papa Benedicto XVI “*El humanismo que excluye a Dios es un humanismo inhumano... sin Dios el hombre no sabe dónde ir ni tampoco logra saber quién es*”^{xii}.

La Iglesia consciente del alcance de esta situación se ha propuesto como **prioridad pastoral** la Nueva Evangelización, consciente de la urgencia de “rehacer el entramado cristiano de la sociedad humana” (Juan Pablo II). La propuesta de la nueva evangelización no es cuestión de métodos ni de estrategias humanas; es una respuesta a la situación actual; esta respuesta es la persona de Cristo que ofrece a todos la salvación: “*fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree en Él*” (Rom 1,16)

Desde hace años el concepto de Nueva Evangelización resuena en la vida de la Iglesia. No es una idea novedosa, ni un tema de reflexión suplementaria.

Como expresa la carta de presentación de los “*Lineamenta para el Sínodo de los obispos*”, la Nueva Evangelización es una acción global, que junto con la encíclica “*Verbum Domini*” y la creación del Consejo Pontificio para la Nueva Evangelización, quiere hacer frente a los desafíos de la sociedad actual.

La urgencia de una nueva evangelización expresa la necesidad de renovar el espíritu misionero de la Iglesia, la necesidad de vivir en la Iglesia un nuevo Pentecostés: “*Hace falta reavivar en nosotros el impulso de los orígenes, dejándonos impregnar por el ardor de la predicación apostólica después de Pentecostés*”^{xii}.

En esta propuesta de la Nueva Evangelización, todos estamos implicados en un doble sentido: como sujetos y como receptores del anuncio del evangelio. El anuncio del Evangelio es importante para los destinatarios y para nosotros mismos: está en juego nuestra salvación. Los “*Lineamenta*”, en referencia a *Evangelii Nuntianti* 74, preguntan: “¿podremos nosotros salvarnos si por negligencia, por miedo, por vergüenza o por ideas falsas, omitimos anunciarlo?”^{xii} El anuncio del Evangelio es una prioridad pastoral, pero sobre todo es la razón de ser de la Iglesia y la vocación de todo bautizado.

El nihilismo que impregna la cultura actual hace más urgente y necesaria una propuesta de esperanza. El anuncio de Jesucristo hoy, exige reformular la cuestión sobre la propia identidad. Volver a preguntarnos ¿Qué es lo específico cristiano? ¿Cómo estamos viviendo nuestra identidad cristiana? “¿Cómo es la calidad de nuestra fe?” La Iglesia reconoce la insuficiencia, la falta de fecundidad en nuestro modo de vivir la fe, la secularización interna del propio cristianismo y la ineficacia de ciertos modos de anunciar el Evangelio. La situación de algunas comunidades cristianas refleja la desesperanza de los discípulos en el camino hacia Emaus. Ciertos modos de vivir la fe y de evangelizar carecen de vida y en consecuencia no aportan vida: las respuestas habituales, los caminos estandarizados están agotados y son incapaces de ofrecer una respuesta a la situación actual.

Para definir la identidad cristiana, necesitamos realizar un proceso de discernimiento que nos ayude a interpretar los cambios, descubrir la urgencia de realizar de nuevo una propuesta de fe (G.S. 4). Se

trata de una confrontación recíproca entre la Iglesia y la sociedad: la Iglesia escucha y confronta a la sociedad y la sociedad es confrontada por la Iglesia.

En el documento se describe la situación actual en seis escenarios que expresan las transformaciones sociales y las respuestas posibles desde la perspectiva de la Nueva Evangelización:

1 - La cultura de la secularización que ha degenerado en un secularismo que prescinde de Dios, reduce la dimensión religiosa al ámbito privado.

2 - La inmigración. La globalización han convertido a nuestras sociedades en sociedades líquidas^{xii}.

3 - Los medios de comunicación social en los que se exalta lo emotivo, la cultura de lo efímero, una especie de egocentrismo virtual.

4 - La crisis económica que revela el fracaso de cualquier proyecto de desarrollo que prescindía de Dios, y la fragilidad de la condición humana. *“La exigencia de la economía de ser autónoma, de no estar sujeta a injerencias de carácter moral ha llevado al hombre a abusar de los instrumentos económicos incluso de manera destructiva”^{xii}.*

5 - La investigación científica. Los logros y descubrimientos científicos pueden convertirse para el hombre de hoy en ídolos del presente “religiones de la prosperidad y la gratificación inmediata”. Un escenario donde la ciencia sin ética impide el verdadero desarrollo humano.

6 - La política. Situaciones nuevas necesitan ser iluminadas desde el Evangelio: *“el compromiso con la paz, el desarrollo y la liberación de los pueblos, la mejora en los mecanismos de gobierno mundial y nacional; la construcción de formas posibles de escucha, convivencia, diálogo y colaboración entre las diversas culturas y religiones; la defensa de los derechos del hombre... la promoción de los más débiles, la protección de la creación y el compromiso con el futuro de nuestro planeta”^{xii}*

Los escenarios en los que estamos llamados a anunciar a Jesucristo han cambiado notablemente, pero la misión de la Iglesia permanece. Frente a la secularización que pretende eclipsar la cuestión de Dios, somos invitados a buscar nuevas expresiones de ser Iglesia, de vivirnos como creyentes. El objetivo de la Nueva Evangelización es proponer al hombre actual la cuestión de Dios para que pueda responder a la cuestión sobre su propia identidad, a la cuestión del hombre. Asume como tarea propia sensibilizar a la sociedad sobre la situación de los pobres y realizar acciones concretas a favor del bien común determinado por la justicia y la caridad, y concierne a los cinco continentes.

Es urgente, pues:

- Dar respuestas evangélicas a estas nuevas situaciones.
- Dialogar con la cultura contemporánea, teniendo un sentido crítico con relación a las derivaciones u a las orientaciones de la sociedad.
- Revisar humildemente nuestro modo de vivir la fe.

II - SENTIDO DE LA MISIÓN

La nueva evangelización es la respuesta teológica de la Iglesia a los desafíos actuales. La Iglesia anuncia un reflejo del misterio trinitario: toda misión procede del amor del Padre que difunde su bondad, enviándonos a su Hijo que anuncia y difunde la salvación, continuada por el Espíritu^{xiii}.

El fin de la misión es dar a conocer al Dios revelado por Cristo mediante el Espíritu... para que pueda participar en la misma vida de Dios^{xiii}. Jesucristo es el más grande evangelizador, infunde en nosotros el Espíritu para que anunciemos su reino. Sin el Espíritu no hay evangelización. Las técnicas y estrategias no sustituyen la acción del espíritu, en quien lo proclama y en quien lo escucha^{xiii}. La nueva evangelización

no consiste en una serie de acciones externas sino en dejar actuar al Espíritu que nos interpela sobre nuestra identidad como cristianos, sobre nuestro modo de vivir la comunión eclesial, sobre nuestra dificultad de configurarnos como una verdadera fraternidad^{xii}.

Todos estamos llamados a ser evangelizadores en comunión con la Iglesia. Pero Evangelizar no es una forma de hablar sino una manera de vivir en comunión fraterna para construir la civilización del amor.

III - UNA NUEVA CONCIENCIA MISIONERA: DE PABLO VI A BENEDICTO XVI

La misión de la Iglesia iniciada en Pentecostés ha ido evolucionando en sus expresiones a lo largo de la historia, pero el mandato de Cristo continúa siendo siempre actual: conducir a la humanidad hacia el Reino de Dios.

Un breve recorrido por los documentos más significativos del Magisterio desde Pablo VI a Benedicto XVI nos ayudará a situar la propuesta de la Nueva Evangelización y a comprenderla como una renovación del espíritu misionero alentado por el Concilio Vaticano II. En todos los documentos del Concilio, podemos reconocer como hilo conductor la misión. Se nos recuerda que la Iglesia existe para evangelizar, para continuar la misión de Cristo en el mundo: la Iglesia anuncia la Palabra (*Dei Verbum*), celebra el misterio Pascual (*Sacrosantum Concilium*), es solidaria con la humanidad, (*Gaudium et Spes*) para comunicar a todos la salvación. La constitución *Lumen Gentium* desarrolla la naturaleza misionera de la Iglesia; el Decreto *Ad gentes* profundiza en la misión dirigida a todos los pueblos. Estos documentos continúan siendo la referencia fundamental para la reflexión teológica y pastoral

En el Sínodo de 1974 aparece una nueva forma de ver la misión: la evangelización concierne a toda la Iglesia. *Evangelii nuntiandi* (1975) presenta la importancia de la evangelización del mundo contemporáneo. “*Evangelizar constituye en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. La Iglesia existe para evangelizar*”. (E.N.14). La misión de la Iglesia es prolongación de la misión de Cristo (E.N. 1). Tiene como punto central el misterio de Cristo como respuesta al misterio del hombre (G.S. 22)^{xii}, que ofrece la salvación a todos los hombres en los que también actúa la gracia de modo invisible. (R.M. 10).

JUAN PABLO II

Siguiendo a “*Evangelii Nuntiandi*”, la propuesta del Evangelio al hombre de hoy fue uno de los grandes aciertos de Juan Pablo II, ¿Dónde radica esta novedad? La evangelización es nueva porque es el Espíritu quien impulsa a los evangelizadores, es nueva en su presentación más en armonía con los tiempos actuales; es nueva en los países que han recibido el anuncio del evangelio; es la clave para resolver el problema de la secularización, la falta de vocaciones... se trata de volver a encontrar el entusiasmo por evangelizar: “*el amor de Cristo nos apremia*” (2 Cor 5,14).

Juan Pablo II habla de la necesidad de una pastoral evangelizadora al Consejo Pontificio para la cultura (1986), en “*Christifideles laici*”, (1989) y en “*Ecclesia in Europa*”. Por último, en la encíclica “*Redemptoris Missio*”, (1990) describe las nuevas situaciones de la misión, los agentes y responsables, la cooperación concreta y la espiritualidad misionera.

La expresión “Nueva Evangelización” muy empleada por **Juan Pablo II**, fue utilizada por primera vez en su visita a Puerto Príncipe, (Haití) en 1983, en el contexto del V Centenario de la primera evangelización de América. El Papa no utiliza el verbo “reevangelizar”, para no ser interpretado como una crítica a la evangelización primera; habla de salir al encuentro del hombre actual con el mismo ardor y la misma creatividad misionera. No se trata de restaurar modelos anteriores sino de abrir nuevos espacios a la fe, buscar la manera más adecuada de anunciar el Evangelio, nuevos métodos y procedimientos.

La Nueva Evangelización no es una problemática exclusivamente occidental, la secularización afecta a todos los continentes aunque de diversas maneras. La Nueva Evangelización no está determinada por criterios geográficos, sino por realidades culturales indiferentes a la cuestión de Dios.

La encíclica *Novo Milenio Ineunte* (2001) es una llamada a una esperanza misionera. Por eso la Iglesia debe contemplar el rostro de Cristo, introducirse en la dinámica del mandamiento nuevo y hacer de toda acción pastoral expresión del amor de Cristo: “*Si verdaderamente hemos contemplado el rostro de Cristo, nuestra programación pastoral se inspirará en el mandamiento nuevo que él nos dio: que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros*” (N.M.I. 42).

La Nueva Evangelización supone recomenzar desde Cristo “*al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste. Es un programa que no cambia al variar los tiempos y culturas, aunque tiene en cuenta el tiempo y la cultura para un verdadero diálogo y una comunicación eficaz*” (N.M.I. 29).

BENEDICTO XVI

En el discurso pronunciado en Aparecida el año 2007 con ocasión de la V Conferencia del CELAM, Benedicto XVI asumió la llamada de Juan Pablo II: la Nueva Evangelización conduce a proclamar el mensaje de la salvación, defender la dignidad de cada ser humano, profundizar en los valores de nuestra fe, tener un estilo de vida de acuerdo con la fe cristiana, ayudar a los que se encuentran en situación de pobreza.

Con motivo de la celebración del Año Paulino, Benedicto XVI propuso como prioridad pastoral: mostrar el rostro de Cristo en los “nuevos areópagos” de hoy. La actividad misionera de la Iglesia debe orientarse hacia los centros neurálgicos de la sociedad del tercer milenio.

Benedicto XVI está convencido de la aportación imprescindible de la fe cristiana en el nuevo contexto cultural, la dimensión de fe es un elemento configurador de la sociedad. Revitalizar las raíces cristianas ayudará a “recuperar el alma”, el sentido de la dignidad del hombre y su desarrollo integral.^{xii}

A lo largo de su pontificado está desarrollando convicciones de la fe cristiana: el amor y la misericordia de Dios, la obra redentora de Jesucristo, la esperanza de la vida eterna, la primacía de la caridad, la necesidad de santificar la vida de la humanidad. Su propio ministerio es en sí misma una verdadera acción evangelizadora.

El Año de la fe, con ocasión del 50 Aniversario del Concilio Vaticano II. se entiende en este mismo sentido: situar la fe en el centro de la acción pastoral.

En el año 2010, Benedicto XVI ha creado el Consejo Pontificio para promover la evangelización a partir del convencimiento de que “*La nueva evangelización es la palabra clave de orientación para la pastoral presente y futura*” (Lin. 24); la nueva evangelización inaugura “*una nueva etapa en el dinamismo misionero*” (Lin. 5) para conducir a los hombres hacia Cristo: Camino, Verdad y Vida.

Necesitamos alimentarnos de la Palabra de Dios y dejarnos evangelizar^{xiii} Para poder hablar hoy de Dios es imprescindible escucharle. Como oyente de la Palabra, la Iglesia anuncia al mundo un logos de esperanza, de alegría y de paz. (Cfr. V.D. 127)^{xiii}.

Otros documentos del Episcopado Latinoamericano (Medellín, 1968, Puebla 1979, Santo Domingo, 1992, Aparecida, 2007) fijan estos objetivos misioneros: encarnar el Evangelio en las diversas realidades, redefinir la identidad del cristiano como discípulo y misionero, renovar las instituciones eclesiales. “*Que nadie se quede con los brazos cruzados. Ser misionero es ser anunciador de Jesucristo con creatividad y audacia en todos los lugares donde el Evangelio no ha sido suficientemente anunciado o acogido, en especial, en los ambientes difíciles y olvidados y más allá de nuestras fronteras*” (D.A. p. 26 nº 4)

Uno de los retos de la evangelización hoy, formar estos discípulos-misioneros “*que respondan a la vocación recibida y comuniquen por doquier, por desborde de gratitud y alegría, el don del encuentro con Cristo... Este es el mejor servicio que la Iglesia tiene que ofrecer a las personas y naciones*” (D.A. p. 35 n°14)

IV - UN NUEVO PARADIGMA MISIONERO

Desde el Concilio Vaticano II se ha ido forjando un nuevo modo de comprensión de la misión de la Iglesia: se ha pasado de una visión eclesio-céntrica de la misión a una comprensión misionera de la Iglesia. La Nueva Evangelización comprende a la vez “la misión” y “las misiones”. Los documentos del Magisterio muestran una continuidad en la conciencia misionera de la Iglesia, como lo recuerda Benedicto XVI en su carta apostólica *Porta Fidei*. Este Año de la Fe comenzará el 11 de octubre de 2012, fecha del aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II, y terminará el 24 de noviembre de 2013.

“*La Iglesia desea introducir en el mundo de hoy y en el actual debate su temática más original y específica: el anuncio del Reino de Dios, iniciado en Jesucristo*” (Lin. n°10).

Desde *Gaudium et Spes* a *Evangelii Nuntiandi* y *Redemptoris Missio*, se han abordado diferentes temas: la Iglesia en el mundo, la opción preferencial por los pobres, la evangelización de la cultura de la libertad, diálogo entre la fe y la postmodernidad. En las Instrucciones de 1984 y 1986, se precisa que la opción preferencial por los pobres no es ni sectarismo ni particularismo sino la manifestación de la universalidad del ser y de la misión de la Iglesia.

Para Juan Pablo II el conflicto con la cultura moderna y secularizada (cultura de libertad) es un problema moral, una concepción antropológica diferente del ser humano que conduce a la moral cristiana *Veritatis Splendor* (1993).

Desde el Concilio Vaticano II, los documentos del Magisterio expresan la preocupación de la Iglesia por la evangelización de los pobres y la de la cultura de la libertad; su deseo de acompañar a la humanidad en este período de cambios rápidos, profundos y universales. Cristo es el verdadero signo de los tiempos, la clave fundamental para conducir el hombre a Dios, la clave para renovar la vocación de discípulos y misioneros. “*Creer en Jesucristo es, por tanto, el camino para poder llegar de modo definitivo a la salvación*”.^{xii}

V - EVANGELIZAR, ANUNCIAR A JESUCRISTO

No se trata simplemente del anuncio de una Buena Noticia. La palabra “Evangelio” aparece ya en Antiguo Testamento, en el libro de la Consolación de Israel del profeta Isaías (40-66); “Evangelio” es la consolación de Israel, no una consolación afectiva, ni ficticia, sino más bien la acción divina que cambia la situación de aquel que está en dificultad: la consolación es la salvación.

“*Que grato es ver correr por los montes los pies del que trae buenas nuevas, que proclama la paz y el bienestar, que lanza el pregón de la victoria, que dice a Sión: tu Dios es rey*” (Is 52,7). Para el profeta Isaías el que evangeliza es el Mesías, enviado para consolar: “*El Espíritu del Señor está sobre mí, me ha enviado a llevar la Buena Noticia a los pobres*” (Lc. 4,18). El anuncio que Israel recibe es el de la visita de Dios, el fin del tiempo, de las lágrimas y del dolor.

El evangelio de san Marcos comienza por “proclamar la Buena Noticia de Dios” (Mc. 1, 14), no se refiere a un libro, sino a un anuncio: Dios reina. Proclamar el Evangelio es creer que Dios reina ahora, en este momento. Evangelizar es anunciar la salvación, el reino de Dios, el reino de la justicia y la paz en el que los poderosos son derribados de sus tronos (Mc 13,10). El Mesías es el único que puede traernos el

Reino de Dios (Mc 1,14). Este anuncio implica que el evangelio sea proclamado a todas las naciones. Dejarse evangelizar, es dejar a Dios reinar en uno mismo, dejar venir su Reino (Mc 16,15).

Evangelizar es transformar los valores de una cultura según el proyecto de Dios, liberar a la humanidad de todo lo que le oprime y comunicar la salvación. Juan Pablo II en la encíclica “*Redemptor Hominis*” afirma que evangelizar es creer que Dios nos humaniza y permitirle reinar en nosotros, es ayudar al hombre a ser hombre y encontrar lo que es verdaderamente humano. Cuando hablamos de evangelización pensamos enseguida en acciones concretas que tenemos que hacer y olvidamos un requisito previo: dejar a Dios reinar en nuestras vidas, dejarnos “evangelizar”.

El Reino de Dios no es espectacular, pues su poder se encuentra en lo pequeño. Jesús habla del Reino como de una semilla capaz de dar mucho fruto (Mt 13,19). La palabra de Jesús hace fructificar nuestras capacidades. Todas las imágenes que Jesús utiliza para hablar del Reino (levadura, semilla, sal y luz) son en cierto sentido imágenes de “muerte”: la semilla debe morir; la levadura disolverse; la sal diluirse. Esto significa que la evangelización no es posible sin una entrega generosa, sin morir a uno mismo, incluso si la fecundidad del Reino no depende de nosotros, sino de Dios.

La meta de toda evangelización es ayudar al hombre de hoy a descubrir el misterio de Dios en su vida y crear las condiciones en las que la fe pueda ser pensada, celebrada, vivida y rezada (Cfr. Lin.11). Es en Jesucristo, en su persona y en su vida, en sus palabras y acciones, como se realiza la revelación de Dios (*Dei Verbum* n° 4)

Jesucristo no puede ser anunciado sin una renovación: “*el esfuerzo de renovación que la Iglesia está llamada a hacer para estar a la altura de los desafíos*” (Lin. 9), tiene lugar cuando contemplamos el rostro de Cristo, cuando tratamos de hacerlo ver a los demás (N.M.I. 16), cuando nuestra vida cristiana es reflejo del amor apasionado por Cristo (V.C. 109; C.L.64), cuando reconocemos la primacía de Cristo como “Salvador y Evangelizador” (T.M. 39).

Este proceso de renovación es necesario debido a la distancia entre la experiencia de fe y nuestra vida. La verdadera crisis de la Iglesia es una crisis de fe. Los “*Lineamenta*” hablan también de cansancio (L. 6 y 15), de una secularización ambiental, de la indiferencia que invade la vida cotidiana y termina desgastando el entusiasmo para transmitir la fe. Este cansancio no es necesariamente una crisis de identidad sino la sensación de impotencia ante un mundo que se desentiende de Dios.

No podemos pensar en la renovación como una mera actualización o puesta al día, sino como un proceso de conversión personal^{xii}. “*La invitación a la conversión no es tanto un esfuerzo moral como una capacidad de apertura a la gracia*”: Dios nos llama a una vivencia intensa de la fe, sin anquilosarnos en rutinas sin vida.

La Iglesia participa en este proceso de conversión pastoral a la misión. Es necesario un nuevo modo de ser Iglesia, un nuevo rostro configurado por la acción del Hijo y del Espíritu, para poder ser un instrumento al servicio de la evangelización (L.G. 4; R.M. 92). La Iglesia no anuncia ideas sino que está llamada a ser presencia en el mundo, a compartir, a establecer el diálogo, a dar testimonio de una vida nueva que muestra la novedad de vida traída por Cristo, a favorecer la unidad y la fraternidad.

El anuncio del Evangelio es una experiencia de comunión^{xii}. La Iglesia, está llamada a crear comunidades eclesiales maduras que reconocen que el Amor les precede, les redime entregándose a los hombres^{xii}. La Iglesia tiene por misión ofrecerse por los demás para introducirlos en la dinámica de la filiación y de la fraternidad.^{xii}

Esta experiencia de sobreabundancia de amor, provocará la recomposición del entramado social, cultural, intelectual, moral, institucional. Solo la humanidad de Cristo, el segundo Adán, nos revela en qué consiste el verdadero humanismo. No existe otra forma de anunciar el Evangelio que no sea la de transmitir su propia experiencia de fe.

VI - LA MISIÓN DEL CRISTIANO

Cristo es la luz y necesita de sus discípulos, de amigos para que esta luz continúe brillando. La Encarnación es una llamada a que otros hombres colaboren en su misión. La misión del cristiano consiste en primer lugar en escuchar los gritos de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, en acoger y compartir sus sufrimientos. El Espíritu que ora en nosotros con gemidos inefables nos envía al mundo para escuchar los gemidos de la creación que espera su liberación final.

“Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón... La comunidad cristiana está integrada por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el Reino del Padre y han recibido la buena nueva de salvación para comunicarla a todos. La iglesia por ello, se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia” (G.S. 1). Cincuenta años después, esta afirmación sigue siendo válida y necesaria; la relación de la Iglesia con el mundo no se basa en optimismos históricos sino en la solidaridad de Cristo con el género humano.

Del mismo modo que Jesús se trasladó de Nazaret a Cafarnaúm, nosotros no podemos permanecer en “Nazaret” preocupados por “asuntos internos”, hay que bajar a Cafarnaúm para entrar en diálogo con la sociedad actual^{xii}. La encarnación de Cristo exige la inculturación de la fe en todos los ámbitos humanos. El Evangelio necesita de mediaciones culturales para poder expresarse, aunque la fe en Cristo no sea el resultado de ninguna cultura, ni se identifique con una cultura determinada^{xii}.

El mensaje cristiano supone la apertura a la universalidad, el amor de Dios está destinado a todo el género humano: *“el designio de Dios es congregar a todos sus hijos frente a la dispersión”* (L.G. 13). El Dios de Israel no el Dios de un lugar, sino un Dios de personas, un Dios universal, que *“nos transforma en un Nosotros, que supera nuestras divisiones y nos convierte en una sola cosa, hasta que al final Dios sea todo en todos”*^{xii}. El amor que viene de Dios nos une a Él y hace de nosotros una humanidad reconciliada.

La razón de este diálogo es de orden teológico. *“La iglesia debe entrar en dialogo de salvación con todos”* porque Dios continua ofreciendo la salvación a la humanidad.

La misión consiste en trabar relaciones con el mundo, con creyentes y no creyentes, con cristianos de otras confesiones. *“El diálogo... no se opone a la misión (ad gentes), por el contrario tiene vínculos especiales con ella y es una de sus expresiones”* (R.M. 55). El Evangelio no es una imposición sino una propuesta a un encuentro con Cristo.

La misión consiste también en manifestar lo que somos por el bautismo: en la medida que nos acercamos a Cristo y nos dejamos alcanzar por el fuego de la caridad, aumenta el espíritu misionero. Pero en el contexto de la Nueva Evangelización, manifestamos lo que somos con un nuevo estilo, con actitudes y métodos nuevos, con nuevas expresiones. Las nuevas expresiones son una nueva presencia del cristianismo en la sociedad, un rostro nuevo para el cristianismo^{xii}.

El nuevo estilo no se refiere a estrategias pastorales sino a la manera de proponer el Evangelio, formatos más significativos que faciliten la apertura del hombre a realidades no mensurables, expresiones que susciten la cuestión de Dios, sin conformismos, con argumentos sólidos y razonados (Lin. 16). *“Al hombre de hoy no basta con hablarle de Dios o de Cristo, hay que hablarle primero de él mismo. Es necesario ponerse a la escucha.”*^{xii} Es pues preciso practicar una pastoral de la escucha.

Este nuevo estilo global comprende pensamiento y acción, lo personal y lo comunitario, lo privado y lo público, la educación y la caridad. La delicadeza y el respeto forman parte de este nuevo estilo. Evangelizar es un acto de amor, de compasión y de misericordia para con el hermano. La escucha atenta, la humildad en su presentación, el amor para presentar la verdad, la confianza en el Señor, forman parte de este proceso de anuncio. No podemos proponer el Evangelio sin tener en cuenta la situación religiosa del

interlocutor, su realidad y sus circunstancias. “*Los testigos de la nueva evangelización para ser creíbles deben saber hablar en los lenguajes de su tiempo, anunciando así desde dentro las razones de la esperanza que los anima. Esta tarea no puede ser imaginada de modo espontáneo; exige atención, dedicación y cuidado*” (Lin 22).^{xii}

Manifiestar lo que somos con un nuevo estilo y en nuevos espacios de encuentro, en el “atrio de los gentiles” (Lin.5), con los que nos encontramos en otras encrucijadas, los que aún están en búsqueda, esos espacios culturales en los que el hombre podrá descubrir su vocación original. (Lin. 21)

Por último, la misión consiste en conducir a la creación a la liberación definitiva. Cuidar de todo lo creado para que todos los pueblos y toda la creación sean una ofrenda agradable a Dios. (Rom 15,16) La misión de la Iglesia es mostrar al mundo un sentido, una razón de ser...^{xiii}

¿Pequeño rebaño o gran pueblo?

En Barcelona ha sido elegida como icono de la Nueva Evangelización la Iglesia de la Sagrada Familia (obra del arquitecto Antonio Gaudí). Esta iglesia es un espacio sagrado con grandes agujas que apuntan al cielo, se parece a una especie de bosque de inmensas columnas que nos invita a mirar a lo alto, invitación a captar el misterio. La Iglesia y la ciudad entran en dialogo, en una búsqueda permanente. Benedicto XVI afirma que la ciudad y la iglesia, son dos categorías totalizadoras que no se excluyen “*Ser cristiano es en sí mismo algo vivo, moderno que atraviesa mi modernidad, formándola, plasmándola*”^{xiii}.

“¿Pequeño rebaño o gran pueblo?” J. Danielou^{xiii} planteaba esta cuestión en su libro “Iglesia y secularización”. En la Nueva Evangelización no se trata de un cristianismo de elites ni tampoco de un cristianismo de masas; no se trata de renunciar a lo que Benedicto XVI llama la “Iglesia popular”, pero se trata de producir a través de la radicalidad del Evangelio frutos significativos en la sociedad.

Este es el desafío lanzado por Benedicto XVI cuando habla de las comunidades cristianas como de “minorías creativas”, afirmando que el destino de la sociedad depende siempre de minorías creativas. Los cristianos estamos llamados a ser una minoría creativa significativa, sin “estrechez de miras” y sin “una voluntariedad envalentonada”; sin vivir encerrados en nuestra realidad y sin pretender transformar toda la realidad solo con nuestro esfuerzo.

Para que el cristianismo sea significativo es preciso encontrar lo esencial de la fe: la fe en Dios Trinidad. Somos privilegiados por poder participar de la gracia de anunciar a Cristo, dando testimonio de nuestra vida cristiana “respuesta debida a Dios” y “servicio a los hermanos” (R.M. 11)

Padre Fernando del CASTILLO,cm

CÓMO PUEDE EVANGELIZAR UNA HIJA DE LA CARIDAD.

16 de mayo de 2012

I - LA CARIDAD, CORAZÓN DEL EVANGELIO

La propuesta de la Nueva Evangelización como prioridad pastoral de la Iglesia, suscita en nosotros una llamada que nos interpela: ¿Cómo puede evangelizar una Hija de la Caridad? ¿Cómo pueden colaborar las Hijas de la Caridad, desde su propia identidad, en esta propuesta de la Nueva Evangelización? ¿Cómo promover una vivencia de la caridad, enraizada en el evangelio, que sea evangelizadora? ¿Cómo evangelizar en los nuevos escenarios de pobreza? Intentaré abordar estas cuestiones desde una **perspectiva pastoral** con el fin de profundizar en una nueva “lógica” de la caridad, en el dinamismo misionero de la caridad o como decía Juan Pablo II, en “una nueva imaginación de la caridad”.

La Nueva Evangelización implica en cierto sentido un **cambio de mentalidad** en nuestra comprensión y vivencia de la caridad. El mandato de Jesús a sus discípulos “*id y evangelizad a todas las gentes*” continua siendo actual pero es necesario revisar algunos modos de comprender y de ejercer la caridad^{xii}; la caridad no puede limitarse a la beneficencia asistencial, ni a acciones puntuales.

Para redescubrir la dimensión misionera de la caridad, corazón del Evangelio, es necesario reflexionar sobre las acciones que realizamos, reaccionar ante ciertas rutinas caritativas, superar el individualismo pastoral, corregir un cierto perfeccionismo pastoral, abrirse a las nuevas realidades, salir de las fronteras de lo conocido. *No hay evangelización sin caridad, sin haber descubierto el misterio de Cristo en los pobres.*^{xii}

¿Qué es lo esencial de la caridad cristiana? ¿Qué añaden la fe y amor cristianos a la actividad caritativa “secular”?^{xii} Lo esencial de la caridad no consiste en realizar una serie de acciones sino en acoger “**un don que se realiza en el darse**”^{xii}.

Sin embargo no es suficiente saberse amado y amar, es necesario descubrir la verdad: “*la verdad es la luz que da sentido y valor a la caridad*”; *sin la verdad, la caridad se convierte en sentimentalismo, en un envoltorio vacío, en emociones sin contenido*^{xii}. Sin caridad en la verdad, la experiencia cristiana de la caridad corre el riesgo de reducirse a un “cristianismo” ético. La verdad nos ayuda a acoger la realidad, a identificar las necesidades, a buscar el desarrollo integral del hombre. La verdad reclama de la caridad una reflexión sobre lo que hacemos, sobre las prioridades y criterios de nuestro modo de actuar.

La evangelización no consiste en la comunicación de un mensaje, de unas ideas, de unos valores sino en **hacer resonar un anuncio**: “*¡El hombre es amado por Dios! Este es el simplicísimo y sorprendente anuncio del que la Iglesia es deudora respecto del hombre. La palabra y la vida de cada cristiano pueden y deben hacer resonar este anuncio: ¡Dios te ama, Cristo ha venido por ti, para ti Cristo es «el Camino, la Verdad y la Vida!»*” (Chr. Fid. Laici, 34).

La caridad anuncia la verdad del amor de Cristo en la sociedad, y en la medida en que participamos en la lógica del don, la caridad nos hace mirar a Dios hasta confesar la fe en El. De esta manera la caridad se convierte en un **camino para encontrar a Dios** en el hombre^{xii}. No resulta fácil poder encontrar a Dios mediante los esquemas clásicos, esto requiere una iniciación, una formación. La caridad es un medio excepcional que permite llevar a todos los ámbitos la presencia de Jesús, y hace posible mostrar a Dios, hacerlo palpable, experimentar su presencia aun sin conocerlo.

La caridad es el medio privilegiado, para quienes no le conocen, de gustar la experiencia de Dios. La caridad hace visible una salvación digna del hombre y muestra la carga de humanidad que contiene la salvación cristiana. Los testimonios de solidaridad y servicio son **vías privilegiadas de evangelización**. El amor es el camino de acceso a Dios para muchas personas sin fe.

El **espíritu de la Compañía** consiste en entregarse a Dios en caridad, humildad y sencillez, en una comunidad, para el servicio de los pobres. La caridad habla de Dios:

“Quiera la bondad de Dios, mis queridísimas hijas, repartiros en abundancia su espíritu, que es solamente un espíritu de amor, de mansedumbre, de suavidad, de caridad” (Coste IX 270).

Para san Vicente de Paúl, **evangelizar es amar**; continuar la misión de Cristo, evangelizador de los pobres: lo que implica reconocer los dos aspectos inseparables del servicio de los pobres: **espiritual y corporal**. *“Tienen la preocupación primordial de darles a conocer a Dios, de anunciarles el Evangelio...”* (C. 10 a). Es necesario encarnar la caridad en gestos concretos, esforzarnos por hacer más justas y humanas las estructuras, a través de un compromiso concreto que abra un camino para poder descubrir el amor de Dios.

Desde la perspectiva vicenciana, la caridad evangeliza cuando nos enraizamos en Cristo con una actitud de adoración, de servicio y de compasión; cuando confiamos en la Providencia. En la escuela de Cristo aprendemos a confiar en Dios, a renunciar a nosotros mismos para realizar su proyecto, participando de lo que orienta su vida: la obediencia y la entrega.

Evangelizar es amar, es llevar esa luz al mundo. La Hija de la Caridad evangeliza cuando su humildad le permite superar la tentación de creerse el salvador del mundo, de no caer en la tentación del desánimo o incluso de aceptar los fracasos.

El *Documento Inter-Asambleas* invita a mirar el mundo con la sensibilidad de los Fundadores, a responder con creatividad a las nuevas llamadas de los pobres, a profundizar en el sentido profético de la caridad, a buscar el desarrollo integral de la persona, a vivir el servicio como una misión confiada a la comunidad

Descubrir que la caridad es el corazón del Evangelio implica hacer visible la caridad en la vida ordinaria. El amor habla de Dios y lo hace no con palabras sino mediante las obras.

El amor permite acoger al otro: *“Anda, haz tú lo mismo. ¿Estamos dispuestos a tomar conciencia de las injusticias que afectan a los pobres? ¿Nos atrevemos a posponer nuestros propios quehaceres para dejar espacio a la compasión sintiendo el dolor del otro como propio? ¿Cuál es nuestra respuesta ante los nuevos escenarios de pobreza?”*

Una sociedad sin generosidad, no busca más que su propio bienestar. Sin amor no hay humanidad. El ejercicio de la caridad es el mejor apoyo para la evangelización. El **esplendor de la caridad** es el mejor argumento para nuestra fe. La caridad con el prójimo es signo de que el amor de Dios está presente en el mundo.

II - EVANGELIO DE LA CARIDAD: TESTIMONIO Y REALIZACIÓN

El testimonio personal y comunitario de la caridad, forma parte de la evangelización; es la primera forma de evangelización (RMi 42). El testimonio es un anuncio no verbalizado que aporta credibilidad a la palabra, es un signo que interpela, no desde los conceptos sino desde la manera de vivir; son las obras las que hacen creíbles las palabras y es el anuncio el que esclarece y explica el sentido del testimonio^{xii}. Esta es la misión del cristiano en la Nueva Evangelización: hacer visible la caridad de Cristo, dando testimonio y creando “espacios de salvación”^{xiii}

El testimonio del evangelio de la caridad es posible gracias al amor de Cristo que regenera el corazón del hombre capacitándole para amar: *“la gloria de mi Padre está en que deis mucho fruto y seáis mis discípulos”* (Jn. 15, 8). El testimonio de la caridad contiene una gran fuerza evangelizadora porque es signo del amor de Dios y, porque abre la mente y el corazón de los hombres al anuncio de la palabra de verdad. Con frecuencia, algunas personas se abren a la Verdad gracias al testimonio de la caridad. *“El hombre de hoy aprecia más a los testigos que a los maestros”* (E.N. 5).

El testigo de la caridad sabe reconocer cuándo debe hablar de Dios y cuándo hay que dejar que hable solo el amor. En cualquier caso el testimonio no se limita a la ejemplaridad, sino que contiene una verdad más profunda, porque expresa la verdad de Dios y la vocación del hombre. El testimonio no es un fin en sí mismo, sino que es un medio para llegar a reconocer una Presencia, la de Cristo. *“En Cristo, la caridad en la verdad se convierte en el Rostro de su Persona, en una vocación a amar a nuestros hermanos en la verdad de su proyecto. En efecto, El mismo es la Verdad”* (CinV 1).

El evangelio de la caridad se hace visible a través del testimonio, y en las obras, creando, “espacios de salvación”; la caridad evangeliza mediante “el acto de dar” y de “lo dado”.

La salvación celebrada en la liturgia, explicada en la catequesis, se encarna y se hace realidad en la caridad. Lo que salva es la acción de Dios que actúa en las experiencias vitales de las personas: la bondad, la verdad, la belleza. Frente a las “estructuras de pecado” que impiden vivir la caridad en la verdad, estamos llamados a crear “estructuras de salvación”, espacios y lugares donde el pobre experimente la acción de Dios y sentirse amados por El. Estas “estructuras de salvación” son lugares donde se busca el bien común, donde las personas recuperan su dignidad, donde se promueve la justicia, donde se experimente la fuerza de Dios.

“El plus de mal... es superado por el plus inmenso de bien. Frente al peso del mal, el Señor pone otro peso más grande, el del amor infinito que entra en este mundo”^{xii}.

La comunión con Cristo nos reconstruye como hombres nuevos, Cristo nos capacita para vivir según el corazón de Dios y conducir a toda la humanidad hacia El. Se trata de asumir lo que somos y ser lo que recibimos, cuerpo de Cristo, dejando que el dinamismo de Cristo nos invada.

Crear espacios de salvación consiste en ser posada, lugar de acogida, donde se experimente el amor a través de las obras más que mediante las palabras. Es necesario poner en movimiento el dinamismo creador que hay en nosotros, abrimos a la acción de Dios, arriesgarnos sin miedo de acoger lo que se presente y dejarnos transformar conducidos por la pasión y la compasión.

III - CAMINOS PARA ANUNCIAR EL EVANGELIO DE LA CARIDAD

La Nueva Evangelización abre nuevos caminos, nuevos horizontes en los que anunciar el Evangelio de la Caridad, no tanto nuevos por ser inéditos, sino por el cambio de disposición y de propuesta pastoral. Es necesario abandonar la preocupación por la eficacia y por los resultados. Es necesario decir mediante las obras el amor de un Dios que libera, mostrar el carácter evangelizador de la caridad, desarrollando una nueva pastoral de la caridad. La Nueva Evangelización necesita desarrollar una pastoral de la caridad.

Como el sembrador de la parábola, encontraremos en el camino diversos tipos de tierra: una “tierra pedregal” donde la caridad no ha echado raíces, vivida de un modo superficial; una tierra en la que los “matorrales” ahogan la semilla de la caridad; una “tierra buena” donde la caridad eche raíces. Es fundamental saber detectar los nuevos caminos que faciliten el anuncio del Evangelio de la Caridad, pero previamente necesitamos verificar si las raíces de la caridad están bien enraizadas en nuestras vidas.

¿Cómo acogemos nosotros mismos el Evangelio de la caridad?

Podemos ser:

- Una “Tierra camino”: oímos sin acoger realmente al otro porque nos falta tiempo...
- Una “tierra pedregal”: vivimos la caridad sin profundizarla, sin reflexionar en lo que nos implica. Llenos de buena voluntad, somos tan pronto audaces, como dominados por las emociones o la impaciencia por ver los resultados.
- Una “tierra matorral”: queremos vivir el evangelio de la caridad pero estamos dominados por problemas más urgentes.
- Una “tierra fértil”: somos fieles a vivir la caridad aceptando dejarnos cuestionar por los pobres.

Sugiero dos urgencias pastorales en las estamos llamados a anunciar el Evangelio de la Caridad:

-
- a) promover la caridad como una manera de servir a los pobres desde el propio carisma
 - b) proponer el evangelio de la caridad a las familias y a los jóvenes.

En cualquier caso, la actitud indispensable para anunciar el Evangelio de la Caridad es la acogida vivida humildemente. “*Revestíos todos de humildad en el trato mutuo, pues Dios resiste a los soberbios y otorga su gracia a los humildes*” (1 Pe 5,5).

LA ACOGIDA VIVIDA DESDE LA HUMILDAD

La actitud fundamental en la Nueva Evangelización es la acogida del otro vivida desde la humildad. Para san Vicente, la humildad tiene una dimensión apostólica: el testigo de la caridad se siente enviado para realizar la voluntad de Dios y vive su entrega y su servicio con una actitud de desprendimiento y de confianza en Dios. La acogida, el diálogo, el respeto, la escucha, la valoración de la persona, el reconocimiento de su dignidad... son expresiones diversas de la humildad en una perspectiva pastoral

La humildad implica además dejarse evangelizar por el que acogemos. “*La humildad implica una actitud de siervo... Debemos escuchar a Dios, que nos habla cuando vemos la buena voluntad de los pobres para compartir lo poco que tienen; cuando vemos su gratitud a Dios por los simples dones que él les da; cuando vemos su esperar contra toda esperanza que Dios proveerá; cuando vemos su reverencia, cuidado y respeto hacia nosotros tanto como hacia Dios. Los pobres nos predicarán elocuentemente si se lo permitimos*”^{xii}

La **acogida** es una actitud fundamental en la Nueva Evangelización. Cuando acogemos al otro, nuestra actitud expresa el rostro de Cristo, el Evangelio de la caridad se hace creíble. No se trata de una estrategia sino un acto de amor.

Esta actitud de acogida debe estar presente en nuestras reflexiones y en la elaboración de nuestras programaciones pastorales. En cierto sentido, acoger es un modo de engendrar y transmitir vida. En el contexto de la Nueva Evangelización, algunos autores hablan de una “pastoral de engendramiento”. Para que la caridad evangelice es necesario tener en cuenta a las personas, su situación, sus expectativas. Esta pastoral de acogida implica el diálogo y la escucha del otro. Sin olvidar que el espíritu actúa tanto en el que evangeliza como en el evangelizado. Se trata por tanto, de anunciar el Evangelio a través de la “estima recíproca” y desde “el afecto mutuo” (Rom 12, 4-10).

Acoger, acompañar es una actitud pastoral que facilita realizar una lectura creyente de la propia vida a partir del Evangelio. La pastoral no es cuestión de palabras, sino la expresión de la preocupación por el otro desde una actitud de servicio, compasión y ternura. Cuando acogemos al otro le ayudamos a mirar, a caminar, le acompañamos en su proceso de fe. En “*Evangelii Nuntiandi*” nº 46 se habla de la “transmisión de persona a persona,” es decir, se ayuda a la persona a crecer, a descubrir lo mejor de ella misma.

A) SERVIR A LOS POBRES EN EL CONTEXTO DE UNA CULTURA DE LA SOLIDARIDAD

El amor preferencial por los pobres constituye una exigencia del Evangelio de la caridad y el criterio fundamental de todo discernimiento pastoral. La propuesta de la Nueva Evangelización en el contexto de la situación actual, nos exige ampliar y actualizar el concepto de pobreza. Sin abandonar las antiguas pobrezas, hemos de descubrir las nuevas formas de pobreza y darles una respuesta desde el Evangelio de la Caridad. A pesar del desarrollo económico de las últimas décadas, persisten y aumentan las desigualdades sociales. El bienestar vivido de modo materialista y el excesivo consumismo han favorecido la expansión de las llamadas “pobrezas post-materialistas” que afectan en general a los más débiles.

La Iglesia en la Nueva Evangelización asume el estilo de humildad y olvido de sí del Señor, reconoce su imagen en los pobres y en los que sufren^{xii}. Sólo desde la cruz de Cristo, es decir, desde el amor crucificado es como se puede encontrar una respuesta esperanzada a las pobrezas y a los sufrimientos

del hombre de hoy. El amor preferencial por los pobres es una tarea de toda la comunidad cristiana. El Evangelio de la caridad es la *“verificación de la fidelidad de la Iglesia a Cristo, para ser verdaderamente la Iglesia de los pobres”*^{xii}. La misión de la Hija de la Caridad consiste en dar testimonio de modo práctico de la caridad, buscando las nuevas urgencias, reconvirtiendo obras y metodologías para responder a las necesidades actuales.

La caridad fundamentada en Cristo, es el camino para profundizar el Evangelio de la Caridad, y adentramos en la dinámica del Reino. Necesitamos un “corazón samaritano” para establecer una verdadera relación con cada persona. Cuando salimos de las fronteras de nuestra actividad caritativa habitual, estamos generando nuevas posibilidades de dar a conocer la salvación que nos trae Jesucristo, no solo a los pobres, sino también a los alejados, a los no creyentes, a los no practicantes.

Estamos llamados a responder al sufrimiento de los pobres. Este es nuestro reto. Frente a las nuevas pobrezas no podemos responder con la vieja beneficencia que ejercitaba una caridad individual. En un mundo post-industrial y fuertemente institucional la respuesta adquiere una dimensión política: debemos servir a los pobres y hacer con ellos un camino de liberación. El amor al prójimo no puede quedarse en mero sentimiento. El problema de la pobreza es un problema institucional y político, tiene una dimensión social. La caridad política exige que nos preguntemos por las causas de la pobreza, que denunciemos las causas que la provocan y que luchemos de forma organizada por transformar el mundo, sus estructuras y sus instituciones, para que estén al servicio del hombre y de la vida.

La justicia es el primer camino del amor. La primera causa de la injusticia es la ausencia de fraternidad entre las personas y los pueblos: *“la sociedad cada vez más globalizada nos hace más cercanos, pero no más hermanos”* (C. in V. 19). El amor promueve la justicia porque se interesa por la persona que sufre, construye la fraternidad, no tiene límite, pero sí un fin: la fraternidad, la civilización del amor.

B) PROPONER A LOS JÓVENES Y A LAS FAMILIAS EL EVANGELIO DE LA CARIDAD

En *“Proponer hoy la fe a los jóvenes, una fuerza para vivir”*^{xiii} se descubría la necesidad de un cambio de perspectiva ante los jóvenes. la necesidad de desarrollar una pastoral más flexible, asumiendo la situación actual, la necesidad de explorar nuevos caminos; narrar la experiencia de fe, utilizando un lenguaje en conexión con las experiencias vitales del joven. Necesitamos una pastoral de pertenencias flexibles, diversificada y de calidad donde los jóvenes puedan ser iniciados en la vida de oración, formarse y participar y colaborar en el compromiso caritativo.

Para sembrar semillas de caridad entre los jóvenes, ayudémosles a descubrir al Dios de Jesús de Nazaret y su presencia activa en nuestras vidas. Jesús sigue siendo una figura atrayente: es el Amor que nos acoge y nos acepta incondicionalmente. Seduce por sus opciones, su vida, su acogida a los pobres, su libertad y su generosa entrega.

Debemos proponer a los jóvenes el carisma vicenciano. El Evangelio de la caridad es el centro dinámico de una pedagogía integral de la fe porque tiene en cuenta la fraternidad, la solidaridad, y ofrece caminos concretos de servicio. El Evangelio de la caridad puede ayudar a los jóvenes a descubrir lo verdadero, lo bueno y lo bello (cfr. Fil 4, 8), a ser y a amar verdaderamente, a vivir la vocación cristiana en seguimiento de Cristo como perfección de la caridad. La fe enseña a descubrir una lógica distinta en el modo de vivir y actuar, a descubrir al otro como hermano.

El reto consiste en ayudar a los jóvenes entrar en relación con los pobres. Las palabras, la formación, las reuniones, las lecturas, no son suficientes, es necesario incitarles a comprometerse concretamente con sus hermanos. Es necesario promover actividades caritativas, que les permitan poner en práctica su fe, ayudarles a participar en actividades sociales a favor de la justicia... Es importante ayudarles a percibir el sentido del compromiso y de la fidelidad. Del mismo modo que el desarrollo de una conciencia de ciudadanía que da valor al compromiso sociopolítico.

No podemos pensar en los jóvenes sin pensar en sus familias. En la Nueva Evangelización, *“Una atención especial debe darse a la pastoral de la familia”* (NMI 47). Dios nos envía a las familias que viven la tentación de replegarse sobre sí mismas debido a las exigencias de trabajo, horarios, así como la incertidumbre frente al futuro. Numerosas Hijas de la Caridad están en relación con las familias. La familia es el ámbito donde se desarrolla la evangelización diaria de padres e hijos. Ahí, se transmite el Evangelio de generación en generación. ¿Cómo anunciarles el Evangelio de la caridad? ¿Cómo, partiendo de su realidad familiar, permitirles comprometerse con los más pobres? Numerosas familias viven, ellas mismas, en dificultad: falta de trabajo, problemas relacionados con la emigración, vivienda demasiado pequeña, adicciones... La soledad de los enfermos, de los minusválidos, de las personas mayores no cesa de crecer... Las familias unidas a Cristo se convierten en lugares de caridad que contagian por su irradiación.

CONCLUSIÓN

¿Qué podemos aportar a la Nueva Evangelización? La novedad permanente de la caridad, promueve *“un humanismo transcendental”* (C. in V 18), debemos reparar ciertos errores de sentido con los que sufre la caridad en determinados contextos. Es necesario revisar nuestra acción caritativa, expresar la opción por los pobres bajo formas nuevas y concretas.

Esta caridad comprende el desarrollo integral de la persona, sus necesidades materiales y espirituales. No podemos separar el anuncio del Evangelio de la promoción humana, pues, se trata tanto de servir a los pobres como de aportarles el Evangelio. Cristo es indispensable para el desarrollo integral de la persona, necesitamos profundizar en las convicciones evangélicas para hacer nuestro el comportamiento de Jesús. La misión de la Hija de la Caridad consiste en dar testimonio concreto del amor de Dios por medio del servicio.

La caridad evangeliza recuperando la centralidad y el protagonismo de la persona. No trabajamos con problemas sino con personas: *“el hombre es el autor, el centro, el fin de toda actividad económica-social”* (C in V 25). Nuestra vida debe ser un servicio para los pobres, reconociendo su dignidad y situándolos en el centro de nuestra vida, contando también con la ayuda de otras personas. El desarrollo no se evalúa solo desde el punto de vista económico y tecnológico, incluye también la dimensión espiritual de la persona.^{xiii}

La caridad evangeliza en primera persona, es un elemento de nuestra vocación. Se trata de hacer *“el bien, ahora y personalmente”* (DCE 31b). Lo que hacemos surge de lo que somos, lo que hacemos es expresión de nuestra identidad. Es la caridad la que debe motivarnos: una acción que no surja de la caridad no sirve de nada: *“Si no tengo amor, no soy nada”* (1 Cor 13,2). Podemos ser generosos, hacer milagros, si no tenemos amor nuestra vida pastoral no será fecunda. La ausencia de amor anula toda acción, incluso extraordinaria, solo el amor permite existir. No podemos conformarnos con las maneras habituales de expresar la caridad, debemos buscar sin cesar la “juventud de la caridad” según una expresión de Pablo VI.

¿Cómo podemos rejuvenecer la caridad?

La caridad “rejuvenece” cuando damos el testimonio de una comunidad verdaderamente fraterna, cuando vivimos nuestro servicio en comunión con la Iglesia. No es suficiente la acción y la competencia profesional, es necesario darse, preocuparse por el otro con sentimientos fraternos. La caridad rejuvenece cuando estamos unidos a Cristo y desarrollamos nuestra conciencia social, en la formación para la justicia y la caridad^{xii}. La caridad rejuvenece cuando nos dejamos evangelizar por los pobres. Podemos estar bien organizados, disponer de medios técnicos modernos, pero si falta la caridad nuestras obras e instituciones carecerán de alma, de vigor, del entusiasmo de Cristo. Las técnicas, las ideologías, el impulso voluntarista... necesitan siempre una conversión a la caridad.

La caridad, esencia de la vida de la Iglesia y de la Hija de la Caridad, es la verdadera *“ecología humana”*^{xii}. Que la caridad renueve nuestro espíritu de servicio en la escuela del Evangelio y de los Fundadores.

La Compañía llamada a dejarse transformar por el Espíritu

17 de mayo de 2012

1. Introducción

Hace 389 años, en 1623, Luisa de Marillac pasó la fiesta de la Ascensión en *“un gran abatimiento de espíritu^{xii}”*, el corazón lleno de dudas sobre la orientación que tenía que dar a su vida e incluso sobre la inmortalidad del alma. Sabemos por el relato que ella misma escribió, que experimentó *“una aflicción increíble^{xii}”* los días que siguieron y no logró tener paz hasta la fiesta de Pentecostés, el 4 de junio de 1623. La Ascensión es pues una fecha muy señalada para cada una de nosotras; a ejemplo de nuestra co-fundadora, comenzamos la preparación de la fiesta de Pentecostés.

Para santa Luisa, la experiencia de Pentecostés fue decisiva. Durante el episodio de la “luz de Pentecostés” en San Nicolás de los Campos, comprendió lo que el Señor quería de ella. Luego, dócil al soplo del Espíritu de Pentecostés, pudo guiar y acompañar a las Hermanas en su camino vocacional.

Por su parte, san Vicente las animaba a reconocer la presencia del Espíritu Santo, que según sus expresiones, llena el universo, inspira nuestro actuar diario^{xii}, es fuerza y consuelo. Para él es esencial hacer comprender a las Hermanas, cómo la acción del Espíritu Santo irrumpe en todo acontecimiento. *“Sabremos que lo hemos recibido -dice una Hermana en la conferencia del 31 de mayo de 1648- cuando sintamos en nosotras más amor y generosidad en la adquisición de las virtudes.”^{xii}*

Hoy como ayer, la Compañía se siente interpelada a dejarse transformar por el Espíritu, a vivir un Pentecostés permanente, abriéndose al futuro con esperanza. Esta transformación requiere apertura y docilidad a la acción del Espíritu Santo. *“Se esfuerzan por ser dóciles a las inspiraciones del Espíritu, convencidas de que llegarán a ser instrumentos de sus obras sólo en la medida en que le sean fieles. Santa Luisa de Marillac deseaba que la Compañía fuese dependiente del Espíritu Santo para que pudiera realizar el designio del Padre y dar testimonio del Hijo resucitado.”^{xii}*

Me parece que para entrar en esta reflexión tan esencial para la vida de la Compañía, podríamos recorrer juntas un camino con tres etapas:

- La Compañía nace de Pentecostés
- La Compañía está llamada a vivir un Pentecostés permanente
- La Compañía mira el futuro con esperanza, a la luz de Pentecostés

I. La Compañía nace de Pentecostés

Utilicemos más los Escritos de los Fundadores...^{xii} Al comienzo de esta reflexión, me gustaría invitarlas a releer otro episodio de los comienzos de la Compañía que marcó profundamente y de forma duradera a las Hermanas y muy especialmente a Santa Luisa. Se trata del hundimiento del suelo de la Casa Madre, la víspera de Pentecostés de 1642, hace ahora 370 años.

El relato de este acontecimiento se encuentra en la conferencia de san Vicente del 13 de febrero de 1646 sobre el Amor a la vocación y asistencia a los pobres, cuatro años después de los hechos. Les animo a

leer de nuevo esta conferencia en la que san Vicente, muy conmovido y muy inspirado, anima a sus auditoras a una especie de reflexión apostólica en ciernes.

San Vicente comenta un accidente muy reciente; en efecto algunos días antes, una Hermana, que llevaba la sopa a los pobres, había sobrevivido milagrosamente al hundimiento de una casa, hecho que provocó la muerte de unas cuarenta personas. San Vicente ve en ello un signo de la bondad de Dios, que es el autor de la Compañía y que nos ha escogido para su obra. El insiste en el designio particular de Dios sobre la Compañía y sobre cada una de las Hermanas y cita otro ejemplo, la tragedia evitada por la ruptura de una viga en un piso de la Casa Madre, algunos años antes...santa Luisa estaba en la pieza unos segundos antes del incidente y el Señor Vicente debía, igualmente, haberse encontrado allí con un grupo de damas^{xii}.

San Vicente extrae algunas consecuencias para las Hermanas que le escuchan: *“He aquí pues, mis queridas hijas, unas cuantas razones muy poderosas para incitaros a estimar vuestra vocación y a aceptarla con agrado, puesto que así lo quiere Dios y así es socorrido el prójimo; y todo ello sin miedo alguno, puesto que Dios mismo cuida de vosotras”*^{xii}.

Por su parte, Santa Luisa relaciona el acontecimiento del hundimiento del suelo de la Casa Madre con la luz de Pentecostés que había recibido en 1623; descubre en los dos hechos un signo muy especial de la Providencia^{xii}. Deduce algunas lecciones para su comportamiento y el de la Compañía: *“Me ha parecido - dirá santa Luisa - que para ser fieles a Dios, debíamos vivir en gran unión unas con otras, y que así como el Espíritu Santo es la unión del Padre y del Hijo, así también la vida que voluntariamente hemos emprendido debe transcurrir en esa unión de los corazones... esta virtud y la del abandono total en la divina Providencia, ya que me parece ser una de las cosas más señaladas que Dios nos pide para que nuestra Compañía pueda subsistir.”*^{xii}

Las primeras Hermanas fueron conscientes del tesoro que habían recibido y se sintieron responsables de conservarlo con fidelidad. La gracia del carisma las mantuvo despiertas, atentas y sensibles al clamor de los pobres, audaces para servirles yendo y viniendo por los pueblos y aldeas, con una alegre disponibilidad.

El don de Pentecostés permaneció vivo en ellas y me gustaría evocar rápidamente el luminoso testimonio de algunas de entre ellas que se dejaron transformar por el Espíritu, en la sencillez de su vida diaria, consumiendo su vida por la caridad, por Dios, por los pobres^{xii}, en los servicios más variados y en todos los lugares. Recordemos a Sor Andréé, cuyo único remordimiento era el haber sentido demasiada satisfacción al servir a los pobres, ya que volaba para servirles^{xii}.

Desde los orígenes, las Hermanas supieron hacer frente a los riesgos, a las situaciones complicadas. Empleando una palabra de moda, podríamos evocar su resiliencia. La distancia y la dificultad de las comunicaciones hacía que muchos de los viajes se convirtieran en aventuras, como la que tuvieron santa Luisa y las Hermanas para ir a Nantes.

A veces, su heroísmo consistió en dejar su servicio como en Mans, donde las Hermanas que habían organizado el hospital en condiciones muy difíciles, fueron muy criticadas y perseguidas^{xii}. Otras veces, debieron hacer frente a la incompreensión, a la calumnia y al rechazo, como en Chars donde un sacerdote negó públicamente la comunión a Sor Marie Poulet; en medio de este doloroso conflicto, las Hermanas resistieron sin ceder a la presión jansenista, lo que provocó su retirada de Chars^{xii}.

Hay aún otras muchas Hermanas que se han dejado transformar por el Espíritu, han permanecido firmes ante la adversidad y han sabido leer los acontecimientos desde la fe. En ellas, ha resplandecido la luz de Pentecostés. Hoy, estas *mujeres fuertes* son las Hermanas de Siria y las de Nigeria frente a la violencia de los extremistas, las de Haití, Chile, Japón, Filipinas ante los desastres naturales y les dejo a ustedes que continúen... Colombia, Mozambique, China,...

II. La Compañía está llamada a vivir un Pentecostés permanente

La Asamblea general, animada por el soplo del Espíritu Santo se ha dejado enardecer por el fuego de un nuevo Pentecostés para la Compañía^{xii}. La llamada a dejarnos transformar por el Espíritu es un camino de conversión renovada que requiere apertura de corazón y docilidad a sus inspiraciones. El documento Inter-Asambleas nos ofrece pistas para vivir nuestra vocación y misión bajo el soplo de Pentecostés. Ustedes lo han utilizado bien y ampliamente en sus proyectos provinciales (se han aprobado 70 desde la Asamblea general) y de nuevo voy a inspirarme en él para desarrollar esta parte.

Un Pentecostés permanente implica vivir arraigadas en Jesucristo, “manantial y modelo de toda caridad”^{xiii}.

El enraizamiento en Jesucristo

Necesitamos estar arraigadas en Jesucristo para vivir un Pentecostés permanente. El Papa Benedicto XVI de nuevo citó la carta de san Pablo a los Colosenses como tema de las Jornadas Mundiales de la Juventud en Madrid el año pasado: *“Vivid, pues, según Cristo Jesús, el Señor, tal como le habéis recibido; Arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe...”^{xii}*

Compara esta imagen sugestiva del árbol que puede crecer y mantenerse recto debido a la profundidad y a la vitalidad de sus raíces, con un pasaje del profeta Jeremías: *“Bendito quien confía en el Señor y pone en el Señor su confianza. Será un árbol plantado junto al agua, que alarga a la corriente sus raíces; no teme la llegada del estío, su follaje siempre está verde”^{xii}.*

De ahí viene nuestra gran responsabilidad de abrimos a la gracia, de trabajar diariamente en nuestra formación del corazón, de profundizar en nuestra vida espiritual, de alimentarla con la Palabra de Dios y los sacramentos y de traducirla en caridad. *“Si la fe no adquiere nueva vitalidad, con una convicción profunda y una fuerza real gracias al encuentro con Jesucristo, todas las demás reformas serán ineficaces”^{xii}*, subrayó el Santo Padre Benedicto XVI en su discurso anual a la Curia Romana a finales del 2011.

Una vida enraizada en Jesucristo conserva la capacidad de admirarse, sabe saborear con alegría la belleza de cada día. Por el contrario, hay personas que, desgraciadamente, pasan su vida como esos turistas que fotografían febrilmente todo lo que tienen ante sus ojos, acumulan imágenes, pero olvidan contemplar las maravillas que el Señor realiza. Igualmente, la irrupción casi permanente de estímulos exteriores (mensajes electrónicos, teléfono, radio, televisión, etc) en nuestras jornadas puede producir una fuerte dispersión y hacer difíciles la reflexión, la interioridad, el discernimiento. Revisemos nuestro estilo de vida para favorecer la calidad de nuestro ser de Hija de la Caridad (su acción en los proyectos comunitarios).

La fuerza operante de la Palabra de Dios

El Documento Inter-Asambleas subraya la importancia de dar un lugar central a la Palabra de Dios y encontrar su fuerza operante en nuestra vida^{xii}.

La Palabra es fuerza operante si provoca en nosotras un impulso de renovación, si nos alienta a comenzar de nuevo, a vivir con entusiasmo el combate de la fe y dar frutos de caridad porque *“La fe sin la caridad no da fruto, y la caridad sin fe sería un sentimiento constantemente a merced de la duda.”^{xii}*

La Palabra es fuerza operante si dejamos que nos ilumine. Esta luz agudiza nuestra mirada para leer la vida diaria en el espíritu del Evangelio, para reconocer al Señor en las personas y en los acontecimientos y dejarnos transformar por los pobres^{xii}; el mensaje dirigido al finalizar el Sínodo sobre la Palabra de Dios nos invitaba a un viaje espiritual con la Palabra de Dios con estos cuatro elementos: La voz de la Palabra: la Revelación; el rostro de la Palabra: Jesucristo; la casa de la Palabra: la Iglesia; los caminos de la Palabra: la misión. Esta Palabra es también un espejo que nos revela nuestras incoherencias y nuestras mediocridades. Cada una de nosotras seguramente, puede evocar momentos de gracia, como una Lectio Divina vivida en Comunidad, una meditación bíblica durante un retiro anual o mensual.

Los Desafíos para la vida de fe

Necesitamos fortalecer nuestras convicciones de fe, cuidar nuestra formación continua para anunciar el Evangelio en un mundo en el que la pérdida del sentido religioso constituye el mayor desafío para la Iglesia, como lo subraya el Santo Padre Benedicto XVI: “*en vastas zonas de la tierra la fe corre peligro de apagarse como una llama que ya no encuentra alimento*”^{xii}.

En algunos medios, descubrimos fenómenos contradictorios: una sed creciente de espiritualidad que puede conducir a cultos esotéricos y llevar a extremos, y por otro lado, un secularismo y un laicismo que, sutilmente, contaminan las conciencias y penetran en nuestras sociedades.

Las orientaciones para la formación inicial que les enviamos después del Seminario de 2011, subrayan de qué modo la época actual está invadida por ideologías diversas, de las que, algunas son contrarias a la fe, lo que exige de la autoridad “*un juicio esclarecido por parte de las Responsables de formación en cuanto a la elección de los conferenciantes y de las enseñanzas propuestas*”^{xii}. Permítanme insistir en este punto; a veces en el Consejo general nos quedamos perplejas ante algunos planes de formación.

Los tiempos actuales no son fáciles y frente a tantas formas de presiones internas y externas que llevan a una vida cómoda y superficial, a un cierto relativismo moral, ustedes están llamadas a orientar, a estimular, a animar la vida de fe. ¿Ofrecen a las Hermanas motivaciones de fe que les ayuden a vivir en fidelidad la vocación y la misión? ¿Saben reaccionar con su Consejo ante algunas maneras de actuar alejadas de la obediencia? ¿Disciernen con el Consejo, las Hermanas Sirvientes y las Hermanas lo que es coherente con nuestras Constituciones y lo que no lo es? ¿Animan a vivir el desprendimiento evangélico y a romper con todo lo que ata a las personas, a los lugares y a los servicios?

Un Pentecostés permanente implica vivir juntas en una gran unión, a fin de que nuestra vida comunitaria sea profecía de amor y camino de esperanza.^{xii}

El testimonio profético de la comunión fraterna

Vivir juntas en una gran unión es una llamada a hacer de nuestras comunidades lugares en los que se comparta la experiencia de Dios, comunidades abiertas y acogedoras con miras a la misión^{xii}. La unión, reforzada en la Eucaristía, incita a trabajar por la armonía fraterna, a dar y recibir con humildad, a acoger a cada Hermana como al mismo Señor.

Vivir juntas en una gran unión es un testimonio atractivo que suscita preguntas y puede despertar el interés por la fe. “*La Iglesia tiene urgente necesidad de semejantes comunidades fraternas. Su misma existencia representa una contribución a la nueva evangelización, puesto que muestran de manera fehaciente y concreta los frutos del ‘mandamiento nuevo’*”^{xii}.

La Comunidad es un don, más que una construcción humana es un espacio teologal en el que el Señor se hace presente^{xii}, es un lugar de crecimiento vocacional. En sus Provincias ¿cómo animan a las Hermanas a crear, en comunidad, este clima de fe que mantiene y estimula la vocación de cada una? ¿Cómo sostienen a sus Hermanas Sirvientes que tienen la responsabilidad diaria? Este encuentro y sus discusiones de grupo son una excelente ocasión para compartir sus experiencias sobre este tema. Hemos oído hablar de la importancia del testimonio de la Comunidad, de la formación de la Hermana Sirviente.

Una espiritualidad de comunión

El Documento Inter-Asambleas, haciéndose eco de la invitación de la Iglesia, nos invita a profundizar la espiritualidad de comunión^{xii} que nos conduce a la compasión, a permanecer atentas al sufrimiento de los demás, a llevar la carga de nuestros hermanos^{xii}, a rechazar “*las tentaciones egoístas que continuamente nos acechan*”^{xii}. Todo esto nos interpela para mejorar la calidad de la vida fraterna. “*La comunión nace precisamente de la comunicación de los bienes del Espíritu, una comunicación de la fe y en*

la fe, donde el vínculo de fraternidad se hace tanto más fuerte cuanto más central y vital es lo que se pone en común”^{xii}. Esta última frase nos interroga sobre la calidad de nuestros intercambios.

Los desafíos de la vida comunitaria

En un ambiente que excluye y margina, es importante aprender a integrar la diversidad. La interculturalidad, las diferencias de edad y mentalidad son características actuales a las que debemos prestar atención. “*La formación deberá educar al diálogo comunitario en la cordialidad y en la caridad de Cristo, enseñando a acoger las diversidades como riqueza y a integrar los diversos modos de ver y sentir*”^{xii}. Las actitudes de acogida, amabilidad, perdón y misericordia forjan la comunión. Las palabras y los gestos positivos generan la esperanza.

Debemos preguntarnos cómo recuperar espacios y tiempos comunitarios que aporten la armonía, el equilibrio, que favorezcan la unidad de vida, porque esta puede estar quebrantada por las tensiones y la superficialidad. Con valentía y verdad, hay que cuidar el clima fraterno de la calidad de las relaciones y de los intercambios, dedicar tiempo a la reflexión apostólica y a otros encuentros comunitarios, en un clima de escucha mutua y de diálogo^{xii}.

El estilo de vida refleja la calidad y la profundidad de nuestro don total a Dios. El documento Inter-Asambleas muestra la necesidad de adoptar un estilo de vida que respete el medio ambiente ^{xii} porque “...los peligros causados por el descuido, e incluso por el abuso que se hace de la tierra y de los bienes naturales que Dios nos ha dado. Por este motivo, es indispensable que la humanidad renueve y refuerce «esa alianza entre ser humano y medio ambiente que ha de ser reflejo del amor creador de Dios, del cual procedemos y hacia el cual caminamos»”^{xii}.

La Guía para la Hermana Sirviente pone de relieve la necesidad de reflexionar sobre lo necesario y lo superfluo y de revisar la manera de vivir la pobreza.^{xii} El uso de las nuevas tecnologías, especialmente cuando invaden los espacios y los tiempos comunitarios, requiere un discernimiento atento.

Un Pentecostés permanente implica servir «yendo y viniendo» con creatividad y audacia, y manifestar así el amor de Dios a los pobres^{xii}.

Respuestas que hay que renovar frente a los desafíos de las nuevas pobreza

El Documento Inter-Asambleas nos pide “*renovar nuestra respuesta a los desafíos de las nuevas pobreza acentuadas por la crisis mundial y atrevernos a tomar posiciones proféticas ante la injusticia*”^{xii}. La fidelidad a la herencia de nuestros Fundadores nos urge a ser profetas de la caridad en el mundo actual. Ayer oíamos la importancia de este rostro social, caritativo de la Iglesia.

En su mensaje a la Asamblea general de 2009, el Papa Benedicto XVI nos invitaba “*a proseguir con audacia y creatividad el servicio corporal y espiritual de las personas más desfavorecidas de sus sociedades*”^{xii}. Estamos invitadas a vivir en comunión fraterna con todos los ciudadanos de un mundo intercultural los cambios profundos, los avances científicos y tecnológicos fabulosos, de un mundo en el que igualmente la injusticia, la opresión, la trata de personas y la cultura de la muerte extienden sus tentáculos con una asombrosa normalidad. Los pobres con múltiples rostros están por todas partes. “*Miles de personas han tratado y tratan aún de atravesar mares y desiertos en busca de un oasis de paz y prosperidad, de una mejor formación y una mayor libertad... La precaria situación de estos pobres debería despertar la compasión y la solidaridad generosa de todos...*”^{xii}.

¿Tomamos claramente posición por los pobres, por la defensa de la vida desde el comienzo hasta el final, por la promoción de la justicia y de la paz? ¿Cuáles son nuestras prioridades? Si con demasiada frecuencia las soluciones se nos escapan y quedan fuera de nuestro alcance, nos queda siempre la cercanía de corazón, la compasión, el contacto personal con “los rostros sufrientes que nos duelen”^{xii}. Es en el carisma vicenciano donde se fundamentan estas opciones que hay que tomar, nuestra manera de servir y de colaborar. Interroguémonos sobre lo que hacemos y cómo lo hacemos para reavivar la llama del carisma y

responder con un ardor renovado a las urgencias de los más desfavorecidos de la sociedad. *¿Elaboramos en nuestras Provincias proyectos con prioridades misioneras y revisamos periódicamente las obras y los servicios?*^{xii}

Disponibilidad y actitud de sierva

Servir yendo y viniendo supone estar disponibles, en actitud de siervas, ofrecer nuestro tiempo con alegría, generosidad, gratuidad.^{xii} La disponibilidad y la gratuidad son la expresión de un amor sencillo y humilde. Estas actitudes son esenciales para asumir las responsabilidades y los servicios confiados por la comunidad más allá de los deseos personales. Vivir en actitud de sierva requiere desprendimiento de una misma, gran libertad de espíritu y una comprensión profunda de la misión de la Compañía.

Cualquier servicio de la Hija de la Caridad es la expresión de su don total a Dios, lo realiza en nombre de la Compañía, enviada por ella. *¿Cómo ayudan a las Hermanas a estar disponibles, a sentirse enviadas en misión? ¿Cómo despiertan el entusiasmo vicenciano de las Hermanas que les hace “convertirlo todo en amor”^{xiii}?*

Colaboración y trabajo en red

El Documento Inter-Asambleas subraya la importancia de *buscar nuevas formas de colaboración con los laicos y favorecer su formación en el espíritu vicenciano*^{xii}.

Me gustaría subrayar la importancia de establecer la colaboración con los laicos sobre buenas bases. En un mundo de ofertas plurales, es esencial garantizar la identidad cristiana y el espíritu vicenciano de las obras de las Hijas de la Caridad; el proyecto misionero de la obra debe englobar a toda la persona en su dimensión humana y trascendente. El testimonio de caridad debe ser visible; la atención a las personas más desfavorecidas es siempre una prioridad.

Para un buen servicio en colaboración, es importante definir bien cuál es el rol de la Provincia (la Visitadora y su Consejo, las Hermanas que están en el lugar), precisar en quién se delegan ciertas responsabilidades, cuales son los sistemas de dar cuenta, de control. Un gran desafío consiste en preparar a las Hermanas (formarlas por laicos) para saber trabajar en equipo, acoger las opiniones de los demás y aprender de ellos. Igualmente es preciso velar por ofrecer a todos los colaboradores una sólida formación cristiana (cuando es posible) y en los valores vicencianos (siempre). Las obras de la Compañía deben poder realizar el fin apostólico para el que han nacido, somos responsables de ello. *¿Permanecemos atentas para que las obras sean coherentes con el carisma? ¿Comprobamos que nuestras maneras de servir y nuestros criterios de funcionamiento siguen siendo expresión visible del carisma?*

El Documento Inter-Asambleas nos invita también a *reforzar el trabajo en red en la Compañía, la Familia vicenciana y la Iglesia*^{xii}. Es importante estudiar cómo mejorar y desarrollar un trabajo en red para compartir y alentar proyectos y realizaciones. Es un trabajo sistemático de colaboración y complementariedad para favorecer proyectos en común con una mirada de conjunto. Esto exige esfuerzos de coordinación, intercambio de experiencias, informaciones, etc. Exige también ampliar la mirada más allá de las acciones locales y provinciales, abrirse para actuar con criterios más universales. Destaco con alegría, que crece entre nosotras una verdadera colaboración a nivel internacional, para responder a necesidades urgentes, así como un generoso intercambio de personas y de recursos... las misiones en Kenia, Tanzania, en las Islas Fidji, las misiones anuales vicencianas en Chile, Paraguay, Argentina, los servicios en Ucrania, Siberia...

Un Pentecostés permanente implica “profundizar nuestra pertenencia a la Compañía y hacernos responsables de la Compañía del futuro”. (cf. C. 59)^{xii}.

Profundizar el sentido de pertenencia a la Compañía

Esta cuarta llamada del Documento Inter-Asambleas nos sumerge en el corazón de nuestra vocación y de nuestra misión y nos recuerda nuestra responsabilidad de vivir y guardar el carisma, tesoro de la Compañía. Las futuras vocaciones recibirán la herencia que les dejemos.

El sentido de pertenencia refleja la vitalidad de la vocación y se traduce por la coherencia de vida con las Constituciones y Estatutos. Claras expresiones de pertenencia son también: la disponibilidad, la movilidad, la aceptación gozosa de las orientaciones de la Compañía, la participación corresponsable en la misión común, el interés por todo lo que afecta a la Compañía, etc.

La formación, cuya finalidad consiste en fortalecer las motivaciones y el dinamismo de la vocación^{xii}, ayuda a profundizar la comunión con todo el cuerpo de la Compañía así como el sentido de pertenencia. Estoy segura de que ustedes tienen esta preocupación y que trabajan por consolidar en las Hermanas, desde la formación inicial, la asimilación de los valores de la Compañía base de la pertenencia.

Revitalizar la vocación misionera

El Documento Inter-Asambleas nos invita con insistencia a “*revitalizar la vocación misionera de la Compañía desde la formación inicial y a lo largo de nuestra vida*”^{xii}.

¿Hacemos todo lo posible por mantener viva la llama del espíritu misionero que nuestros Fundadores encendieron en la Compañía? No dudaron en enviar a las Hermanas, por los caminos del mundo, incluso en medio de grandes dificultades. Sus palabras resuenan con fuerza en nuestros corazones y nos interpelan: “*Así es como habéis de portaros para ser buenas Hijas de la Caridad, para ir adonde Dios quiera; si es a África, a África; ... sois hijas de la Caridad y hay que ir.*”^{xii}

La nueva evangelización a la que la Iglesia nos apremia es un desafío que necesita nuevos evangelizadores. Debemos ampliar nuestra mirada más allá de nuestra Provincia para favorecer y estimular el envío de Hermanas a nuevas implantaciones o reforzar a otras en dificultad,

Como saben, el concepto de la misión ad gentes se ha ampliado y se sitúa más allá de una comprensión solamente geográfica y territorial. Estamos llamadas, en algunos casos, a dejar nuestras obras habituales para ir junto a gentes lejanas y cercanas; el mundo entero y el corazón de cada persona son tierra de misión. ¿Qué esfuerzos realizamos en nuestras Provincias para dar un nuevo impulso misionero^{xii}? ¿Qué cambios podríamos prever, cuáles son nuestros miedos, por qué?

Dinamizar la pastoral juvenil y vocacional

Es en el marco de la fe como se vive la pastoral vocacional. El Señor es el que llama a quien quiere, cuando quiere y como quiere. Por nuestra parte, debemos actuar con entusiasmo y perseverancia, acompañar y animar a las Hermanas escogidas especialmente para este sector de la pastoral.

Es importante preparar a las comunidades para acoger a los jóvenes, para ayudarles a crecer en su fe y discernir su vocación. Quisiera animarlas a redoblar esfuerzos en cada Provincia y en cada comunidad local para responder a estos desafíos. ¿Las Hermanas están atentas a las orientaciones diocesanas? ¿Cómo colaboran en la pastoral diocesana y con las parroquias? ¿Invitan a los jóvenes a conocer la belleza del carisma, ofreciéndoles la oportunidad de visitar a los pobres, de comprometerse en el servicio de los más desfavorecidos^{xii} y releer tales experiencias a la luz de la Palabra de Dios?

III. La Compañía a la luz de Pentecostés, mira el futuro con esperanza

“*Si quieren vivir del Espíritu Santo conserven la caridad, amen la verdad, deseen la unidad*”^{xii}. En su última Asamblea general, la Compañía acogió la llamada a vivir un Pentecostés permanente y trazó un camino claro: dejarse transformar por el Espíritu Santo.

Bajo el impulso de Pentecostés

La luz de Pentecostés ilumina el hoy de la Compañía e irradia sobre un futuro que nos es desconocido.

Como nos recordaba el Padre Cantalamesa en esta misma sala hace tres años, Pentecostés evoca unidad y comunión; la confusión y el caos de Babel desaparecen para dejar lugar al lenguaje universal del amor que toda persona sin distinción de razas, etnias o culturas comprende. El Espíritu Santo crea la novedad, inspira y anima la misión, hace capaz de proclamar las maravillas de Dios y ser testigo de su amor.

Pentecostés significa transformación, unión de corazones, irresistible novedad... entonces nuestros miedos desaparecen, nuestro respeto humano se supera siendo sustituidos por la audacia profética.

La acción transformadora del Espíritu Santo prepara nuestros corazones a acoger los signos de Dios presentes en las nuevas realidades que viven la humanidad, la Iglesia y la Compañía; esta acción nos empuja a hacer frente a los desafíos de nuestra época con una serenidad gozosa, una mirada de fe, nos invita a vivir una experiencia pascual, a morir para nacer a una vida nueva. *“Esperamos un nuevo Pentecostés que nos libre de la fatiga, la desilusión, la acomodación al ambiente; una venida del Espíritu que renueve nuestra alegría y nuestra esperanza. Por eso, se volverá imperioso asegurar cálidos espacios de oración comunitaria que alimenten el fuego de un ardor incontenible y hagan posible un atractivo testimonio de unidad “para que el mundo crea” (Jn 17, 21)^{xii}.*

Con la capacidad de renovación y de cambio

La Compañía ha sabido adaptar constantemente sus estructuras a las necesidades de la misión. San Vicente se dio cuenta de este dinamismo de la Compañía ante la evolución de los tiempos: *“He aquí, hijas mías, cuál fue el comienzo de vuestra Compañía; como entonces no era lo que es actualmente, hemos de creer que tampoco es ahora lo que será luego, cuando Dios la haya situado en el puesto en que la quiera”^{xiii}.*

La realidad actual de la Compañía requiere un análisis lúcido y sereno para ver cómo vivimos el carisma, cuáles son los gérmenes de vida que necesitamos reafirmar, cuáles son los puntos débiles que nos hacen tropezar. Estos días han tenido ocasión de estudiar los datos globales de la Compañía, calculados al finalizar el año 2011. Sepamos interpretarlos a la luz de lo que el Espíritu quiere para la Compañía.

Como en otras etapas de la historia de la Compañía, son necesarios ciertos cambios en la organización a nivel general y provincial. Varios han tenido lugar, algunos verán pronto la luz, otros están en germen. Soy testigo de que todos ellos están inspirados por una fidelidad creativa del carisma y el deseo de un mayor acuerdo con la realidad que vivimos.

Me gustaría invitarlas a echar un vistazo a la historia de la Compañía y al librito de la Génesis que traza brevemente la expansión geográfica y los diversos cambios. Veamos algunos ejemplos sobre la evolución del número de Provincias y de Consejeras generales.

En 1997: 72 Provincias; 4 Vice-Provincias; 7 Regiones. En 2012: 70 Provincias y 1 región. El número de Consejeras ha evolucionado desde los comienzos de la Compañía; tres hasta 1956^{xiii} (Asistentas, Ecónomas, y Despenseras); 6 de 1956 a 1968; 8 de 1968 a 1997; 10 desde 1997...

Estos cambios llevan consigo la renuncia a ciertas seguridades, a lo que no tiene futuro, obligan a soltar las amarras que nos sujetan al muelle. Los cambios conllevan, a veces, sufrimientos pero son factores de crecimiento cuando están bien preparados, elaborados con la participación de todas las Hermanas. Los cambios tienen aspectos positivos si los vivimos en fe, con alegría, apertura, confianza y humildad; si los vivimos como una gracia, como el paso del Señor. Se abren nuevos horizontes, nuevas posibilidades, nuevos desafíos, nuevas llamadas. *¿Seremos capaces de aceptar los cambios para comenzar nuevos caminos.*

Tenemos una gran responsabilidad histórica. Nuestra fuerza no se encuentra en el número de Hermanas, ni en el número y la calidad de nuestras obras, ni en el reconocimiento social, se encuentra en *“La Caridad de Jesucristo crucificado, que anima e inflama el corazón de la Hija de la Caridad, la apremia a acudir al servicio de todas las miserias”*^{xii}. Nuestra responsabilidad se sitúa, en primer lugar, a este nivel: mantener en buen estado esta llama en nosotras mismas y en nuestras Hermanas, asegurarnos de que el *servicio alimenta nuestra contemplación y da sentido a nuestra vida comunitaria, que nuestra relación con Dios y nuestra vida fraterna en comunidad reaniman sin cesar nuestro compromiso apostólico*.^{xii} Entonces las Hermanas al estar convencidas de la actualidad del carisma vicenciano, viven una experiencia profunda de gratitud hacia Dios por el don de su vocación, se sienten orgullosas de su pertenencia a la Compañía, están plenamente comprometidas y entusiasmadas en sus servicios, cualesquiera que sean; su vida llega a ser una propuesta vocacional.

Es el momento de ampliar la mirada hacia nuevos horizontes, de discernir hacia dónde nos conduce el Espíritu en la etapa y las circunstancias que vivimos. Es el momento de unir nuestras fuerzas y multiplicar nuestras energías para realizar el fin de la Compañía.

Con creatividad y audacia

“Es éste un tiempo en que el Espíritu irrumpe, abriendo nuevas posibilidades (...) También el futuro de la vida consagrada se ha confiado al dinamismo del Espíritu, autor y dispensador de los carismas eclesiales”^{xii}.

El futuro es la novedad de Dios, la imaginación del espíritu. La creatividad permite hacer frente a los grandes desafíos con métodos diferentes. La Compañía, a lo largo de su historia, ha dado muestras de una impresionante creatividad. La imaginación de la caridad ha hecho que la Compañía esté presente en tantos países, allí donde hombres y mujeres continúan necesitando el pan material y el pan de la fe. Busquemos juntas cómo ir aun más lejos, a Sudán, a Uganda, a Benín, a Gabón...

Puede que nosotras estemos igualmente llamadas, para alcanzar esa meta, a compartir nuestros recursos con la Compañía o a deshacernos materialmente de ciertas riquezas (objetos valiosos, muebles caros, ornamentos litúrgicos -ya sea ofreciéndoselos a los que pueden utilizarlos o valorar, ya sea vendiéndolos-).

Con confianza en la Providencia

Nuestros fundadores nos han enseñado a descubrir la mano de la Providencia que nos protege y nos conduce, que dirige los acontecimientos, porque *“una hija de la Caridad que no tenga esta confianza no sé para qué puede servir”*^{xii}, decía san Vicente.

Santa Luisa vivió profundamente enraizada en la Providencia, de tal manera que veía la confianza en la Providencia y la comunión fraterna, como los dos pilares que mantenían los comienzos de la Compañía^{xii}. *“¡Bendito sea Dios! -decía san Vicente con firme convicción- Hemos de esperar que la Compañía seguirá haciendo mucho bien, con tal que siga confiando en la Providencia y no se separe de su dirección”*^{xii}.

Sigamos pues las orientaciones del Espíritu, el Documento Inter-Asambleas nos invita a ello y nos muestra el camino: **una búsqueda de interioridad, una necesidad de autenticidad y un nuevo sentido de la solidaridad**. Las jóvenes, o menos jóvenes, que se presentan a la Compañía aspiran a ello y quieren que lo vivamos.

Fortalecidas por el amor maternal de María, por su docilidad al Espíritu, tomamos de nuevo nuestro camino hacia nuevos horizontes, con la plena confianza de que allí donde se encuentra el Espíritu Santo, todo es posible, todo se recrea, todo renace.

Sor Evelyne Franc
Hija de la Caridad

Ser Visitadora, un servicio de relación

21 de mayo de 2012

San Francisco de Asís tenía la costumbre de saludar a los que encontraba deseándoles Paz y Bien (pax et Bonum). Al comienzo de este intercambio sobre algunas convicciones o cuestiones de la misión de la Visitadora, les dirijo a cada una el mismo deseo: que el Señor les conceda **Paz y Bien**, muy especialmente en el acompañamiento de las personas.

Me permito decir de nuevo como preámbulo lo que ya evoqué el año pasado en el encuentro para las nuevas Visitadoras.

Soy muy consciente de dos dificultades mayores:

- La primera, mi poca experiencia, ya que tan sólo hace 4 años que me encargo del gobierno de la Congregación y todavía soy un poco novicia, teniendo siempre que descubrir y aprender para vivir en fidelidad la misión que el Capítulo general me ha confiado.

- La segunda, por mi ser franciscano. Soy muy consciente de pertenecer a otra familia distinta que la suya, de no haber retenido bien su vocabulario y sus fuentes aún me son desconocidas (Constituciones, estatutos, guía de la Visitadora), incluso si las he podido consultar. Dificultad agravada por la diferencia de escala entre nuestras Congregaciones.

Es pues, como “Hermana” de San Francisco como les ofrezco algunas reflexiones sobre la dimensión relacional de la misión de Visitadora. Lo presentaré más en forma de testimonio o de intercambio fraterno que de grandes exposiciones teológicas o psicosociológicas sobre la relación interpersonal o los modelos de gobierno.

Finalmente, una última precaución. No esperen de mi parte, soluciones milagrosas a todos los problema de relación que no faltan en la animación de una Provincia o de las comunidades. Todas soñamos tenerlas, pero no existen manuales en la materia, no existen más que caminos, cada uno singular, que hay que descubrir e inventar cada vez.

A modo de introducción, permítanme señalar cuánto me impresionó el año pasado al leer *la Guía de la Visitadora*, la utilización frecuente de los términos **enlace, comunicación y relaciones**.

La tradición bíblica quiere que un nombre sea una vocación. San Francisco quería que sus Hermanos fueran llamados menores, que a los responsables de comunidad se les llamara guardianes y a los superiores ministros. El nombre escogido contiene en si mismo, una orientación, un cuaderno de responsabilidades. Para ustedes es lo mismo. Ustedes son Visitadoras, es decir que en el centro de su misión, hay una **visita**, un **encuentro**, una **visitación**. La visita de María a su prima Isabel, una y otra siervas de la voluntad de Dios, es una de las más hermosas expresiones bíblicas de lo que significa hacer comunidad, estar juntas, estar reunidas en torno a una promesa, confirmando así lo que se produce en medio de nosotros, la venida del Reino.

Así, ustedes son Visitadoras con todo lo que esto conlleva de acercamiento hacia el otro, de apertura y acogida, de escucha mutua, de comunión en la acogida de una promesa común en el reconocimiento de una misión común.

Las expectativas por parte de las Hermanas y de las comunidades son inmensas y nos sentimos muy pobres y limitadas. Ellas esperan de nosotras competencias o cualidades múltiples, a veces técnicas, organizativas, pero sobre todo espirituales y relacionales.

Recuerdo de un consejo pre-capitular, en el que catalogamos las cualidades deseadas en la futura Superiora general y en sus Consejeras. Este tipo de ejercicio puede resultar desesperante. Nadie reúne todas las cualidades, y ¡menos mal...! Tenemos tendencia a exigir de nuestras responsables que sean acompañantes llenas de compasión y entrega, guías espirituales estimulantes, hábiles mujeres de negocios capaces de intercambiar con los colaboradores laicos. En una Congregación internacional, añadimos la capacidad de inculturación y el don de lenguas.

Por otra parte, las inclinaciones o expectativas con respecto a los responsables son a veces contradictorias. Intervienen en ello las diferentes culturas (país, edad) pero también las estructuras de personalidad. Su grupo es especialmente representativo de esta diversidad cultural y es evidente que el tipo de relación que está en juego entre las Hermanas y la Visitadora varía en función de las zonas geográficas. Por mi parte, a bastante menor escala, mido de qué modo el título de "Madre" es considerado diferente en Francia, Italia o en el Oeste de África.

Algunos grupos de Hermanas desean tener una fuerte referencia, sólo con la responsable, con riesgo de una sumisión infantil. Esperan un gobierno firme, orientaciones o preceptos claros.

El Concilio Vaticano II ha recordado el gran respeto por la dignidad y la libertad de las personas, mediante una amplia consulta y participación en el gobierno, y estimulando a una obediencia responsable capaz de discernimiento. Para algunas, esto fue liberador, para otras, es inusual y angustioso. Algunas culturas, resultan difíciles para las Hermanas jóvenes, por ejemplo, actitudes de expresión personal frente a una Hermana mayor o ante una persona en posición de autoridad.

En extremo, algunas impulsan la colegialidad a un límite tal que la persona elegida no puede decidir nada si el grupo no llega a un consenso. Y la Hermana encargada del gobierno debe en ese caso manifestar cualidades indiscutibles de negociadora...

¿Cómo no estar, a veces, inundada por el temor ante estas expectativas múltiples y a veces contradictorias, por la percepción aguda de su propia indigencia y de su indignidad?

Este sentimiento de incapacidad procede también de lo que esperamos de nosotras mismas:

- Esperar llegar a gustar a todo el mundo... y agotarnos por hacer continuamente algún reajuste, tal arreglo para satisfacer a unas y a otras, para evitar conflictos, descontentos o críticas.
- Esperar ser competentes y encontrar la buena solución a todos los problemas, controlar cualquier situación de conflicto.

La Biblia está repleta de personajes que, teniendo un sentido profundo de su incapacidad, no querían que recayera sobre ellos la responsabilidad del mandamiento, por no citar más que a Moisés, Jeremías o Pablo: *"¿Quién soy yo para ir a Faraón y sacar de Egipto a los israelitas?"*. Entonces el Señor le da su palabra: *"Yo estaré contigo"*. Ex 3, 1-13.

Jeremías es otro personaje bíblico que sintió su debilidad ante la llamada del Señor: *"El Señor me dirigió la palabra: "Antes de formarte en el vientre, te elegí; antes de que salieras del seno materno, te consagré: te constituí profeta de las naciones". Yo repuse: " ¡Ay, Señor, Dios mío! Mira que no sé hablar, que solo soy un niño." El Señor me contestó: "No digas que eres un niño, pues irás adonde yo te envíe y dirás lo que yo te ordene. No les tengas miedo, que yo estoy contigo para librarte", oráculo del Señor."* El Señor realmente dice: "en vuestra confusión, en el temor que sentís ante vuestra incapacidad, sabed que yo estoy con vosotros".

Pablo también era muy consciente de su incapacidad: *"Por la grandeza de las revelaciones, y para que no me engría, se me ha dado una espina en la carne: un emisario de Satanás que me abofetea, para que no me engría. Por ello, tres veces le he pedido al Señor que lo apartase de mí y me ha respondido: "Te basta mi gracia: la fuerza se realiza en la debilidad" para que resida en mi la fuerza de Cristo. Por eso vivo contento en medio de las debilidades, los insultos, las privaciones, las persecuciones y las dificultades sufridas por Cristo. Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte."* 2 Co 12,7-10

Es, pues, a la luz de la gracia que el Señor da a aquellos que El envía, como les propongo releer la misión de la Visitadora como una aventura eminentemente relacional y como camino pascual.

I - LA DIMENSIÓN RELACIONAL DE LA MISIÓN DE LA VISITADORA

Sus Constituciones definen así su misión: *“La Visitadora recibe de la Compañía la misión de fomentar la vitalidad espiritual y apostólica de la Provincia, en fidelidad al carisma.”* El servicio de animación y de gobierno de la Provincia tiene por fin el servicio de Cristo en los pobres.

1- UN SERVICIO DEL CARISMA

El servicio de Cristo en los pobres: esta misión se comprende como compromiso compartido, en un espíritu de participación y de corresponsabilidad y por ello inscrita en **una espiritualidad de comunión**.

Me parece comprender su función como **un servicio del carisma**, y una escucha de las necesidades y sufrimientos de los pobres, de las llamadas de la Iglesia, un discernimiento en las diferentes actividades apostólicas, bien frecuente en la tensión entre las llamadas que se presentan y la realidad demográfica, cultural, social de una Provincia. Se trata de mantener viva la memoria de la “gracia fundadora” como fuente permanente de su identidad.

Ayudar al instituto y a sus miembros a vivir cada vez más la "gracia fundadora" con más vigor y fervor. En el desarrollo de esta función, el camino puede pasar por situaciones y vicisitudes muy diversas; hay períodos muy tranquilos, de calma en los que se ve claramente el camino; hay períodos de entusiasmo, personal y colectivo, vibrante; pero hay también otros momentos, en los que el camino puede resultar largo, fatigante, agotador, e incluso incierto; más aun, hay momentos en los que parece que el camino atraviesa un desierto, implacable, inmenso, interminable, mientras que las cifras se tiñen de todas partes, y que se siente agotarse las fuerzas y los recursos. *“La función consiste en acompañar, curar, alentar y dar siempre esperanza. Una esperanza sólidamente establecida en la promesa y la fidelidad de Dios, esta esperanza que no falla (Rom 5, 5). La función del gobierno es la de ayudar a hacer la experiencia de la fidelidad de Dios, comprometida en la “gracia fundadora” o carisma. Una esperanza que se encarna en la historia. Gobernar, es entonces sugerir, proponer, e incluso provocar, abrir nuevos caminos y dar forma a proyectos en los que, por turno, se encarna la gracia de los orígenes.”^{xii}*

Dios continúa creando. Sensibilidad y discernimiento son necesarios para percibir e interpretar los signos de los tiempos. Se trata, en las circunstancias diversas y cambiantes de la historia humana, de hacer fructificar con sabiduría y confianza el talento confiado. Sobre este primer punto, me resulta difícil ir más lejos, no teniendo absolutamente la competencia (en el doble sentido del término en francés, sin conocimiento de su carisma propio y sin legitimidad).

2- UN SERVICIO DE LA COMUNIÓN

Nuestro cargo o ministerio nos convoca a estar en **la encrucijada de múltiples encuentros**: en el seno de la Compañía (diversas instancias y consejos, encuentros de comunidades, encuentros personales con las Hermanas), con los colaboradores eclesiales, religiosos, civiles, asociativos. Uno de los rasgos esenciales de nuestra misión es el de ser relacional e “implicadora” de comunión. Cada vez con más frecuencia se trata de tejer relaciones más que de acumular informaciones.

Incluso si los institutos deben, en sus obras apostólicas, poseer un importante grado de profesionalismo, una perspicacia en los asuntos, sobre todo hay que evitar quitar el sentido fraterno, el sentido de “hogar” que caracteriza las relaciones entre nosotros. El cargo de gobierno nos invita a ser mediadoras: a traducir en cada miembro la presencia de toda la comunidad y viceversa, a conducir a una experiencia cada vez más profunda del “nosotros”, del espíritu de cuerpo.

El gobierno está ordenado al cuerpo, un cuerpo formado por personas vivas, que participan, cada una a su manera, en el carisma, en la gracia fundadora como don particular de Dios a todas y a cada una. En

relación con el Consejo general, con los responsables de las obras (asalariados, asociaciones, tutelados), con las comunidades de su Provincia y las Hermanas Sirvientas, la Visitadora está invitada a vivir y a nutrir la comunión entre todos los actores, en el respeto de los principios de gobierno: unidad en la diversidad, participación y subsidiariedad. Esta comunión se expresa también en la aplicación de la corresponsabilidad. Requiere una atención y una conversión para respetar a cada uno en su responsabilidad, para resistir a la tentación de hacerlo todo o de pensar que no es útil favorecer la participación (“se pierde el tiempo”). Invita a cuidar la comunicación y la circulación de las informaciones entre estas diferentes instancias.

“La autoridad es responsable de las decisiones que haya que tomar, después de haber buscado la voluntad de Dios, a través del diálogo y el discernimiento. Debe estar cercana a las Hermanas para comprenderlas, conocer su vida, poder escuchar con ellas las necesidades de los pobres y buscar los medios para responder a ellas con la audacia y la prudencia de los Fundadores.”^{xii}

Estos procesos de discernimiento acompañados en las comunidades se apoyan en:

- La búsqueda conjunta de la voluntad de Dios, y la escucha de las mediaciones ofrecidas.
- El diálogo y la escucha, la apertura a nuevas perspectivas.
- *“La disponibilidad a reconocer en cada hermano o hermana la capacidad de conocer la verdad, aunque sea parcialmente, y por lo mismo aceptar su parecer como mediación para descubrir juntos la voluntad de Dios, llegando incluso a valorar las ideas de otros como mejores que las propias.”^{xiii}*
- La firme resolución de mantener la unidad en todas las circunstancias, cualquiera que sea la decisión final.
- El reconocimiento de la interdependencia, entre comunidades, entre Provincias, y la búsqueda del bien común.

Nosotras también vivimos la mezcla de edades, de medios sociales, de culturas, nacionalidades o etnias. La diversidad de países, de culturas, de edades es un don que se nos da pero que hay que ponerlo siempre en práctica. *“De diferentes países y que no formasen entre ellas más que un solo corazón”*. El encuentro de culturas no se vive más que en la internacionalidad, pero también con fuerza en la intergeneración. Es esencial reconocer y tener en cuenta los desafíos, las crisis pero también las gracias particulares propias de cada edad.

“La autoridad está llamada a servir con espíritu de comunión también a estas comunidades integradas por componentes tan variados, ayudándolas a ofrecer, en un mundo marcado por múltiples divisiones, el testimonio de que es posible vivir juntos y amarse aun siendo distintos. Según esto, deberá tener bien claros algunos principios teórico-prácticos:

- *Recordar que, según el espíritu del evangelio, la diversidad de ideas no debe convertirse nunca en conflicto de personas;*
- *Recordar que la pluralidad de perspectivas favorece la profundización de los asuntos;*
- *Favorecer la comunicación, de forma que el libre intercambio de ideas aclare las posiciones y haga emerger la contribución positiva de cada uno;*
- *Ayudar a liberarse del egocentrismo y del etnocentrismo, que tienden a achacar a los demás las causas de los males, para llegar a la mutua comprensión;*
- *Hacerse conscientes de que lo ideal no es tener una comunidad sin conflictos, sino una comunidad que acepta afrontar las propias tensiones, con el objeto de resolverlas, buscando soluciones que no ignoren ninguno de los valores que sirven de referencia.”^{xiii}*

3 - UN SERVICIO DE LA VOCACIÓN DE CADA UNA DE LAS HERMANAS

Un servicio para permitir a cada Hermana vivir con felicidad su consagración religiosa, cualquiera que sea su edad o sus dificultades, para permitirle participar en la vida del cuerpo entero.

En efecto, *“todos hemos bebido de un solo Espíritu.”* (cf. 1 Co 12,13). Todos los miembros de una congregación están pues llamados, tanto como puedan, en su lugar y según su función propia, siguiendo la gracia recibida y su historia humana, espiritual, vocacional, a ser "Piedras Vivas" y a ser acompañadas para desplegar la gracia recibida en su participación al proyecto común.

Las Hermanas necesitan responsables que muestren un interés personal hacia ellas y con las que pueden entrar en una relación realizada con madurez y respeto mutuo.

Estar atenta a ellas, consolarlas, animarlas, vivir también el servicio de la corrección fraterna, acompañarlas con interés. Podría, incluso, hablar de interés pastoral, en el sentido de la solicitud del pastor por sus ovejas. *“El gobierno religioso debe ser «personal» y «espiritual», es decir, realizado en y según el Espíritu y siguiendo la trayectoria que él va trazando en cada persona”*^{xii}

“La Visitadora presta atención a sus Hermanas y les manifiesta un afecto sincero. Mantiene con ellas una actitud de escucha y de respeto. Se interesa por su vida y su servicio a los pobres. En diversas ocasiones, las anima a vivir su vocación con alegría y fervor.”

Está claro que la dimensión relacional de la función es esencial. “La Visitadora vive con actitud de apertura y de acogida, a la escucha del Señor, de las Hermanas, de los pobres y de cada persona”

Escuchar

Esta atención se traduce por una escucha. Es sin duda una de las necesidades más fuerte que podemos tener: ser escuchada. Escuchar, mostrarse disponible para que el otro pueda expresarse, que hable de su sufrimiento o de su aspiración, escuchar lo que el Espíritu dice en ella.

Escuchar, es ofrecer una atención singular a un ser único. *“Sabe escuchar”*, decimos de una Hermana que posee esta dichosa capacidad de ser *“toda para usted”*, de abstraerse de su trabajo o de sus preocupaciones institucionales para consagraros su atención benevolente y exclusiva.

Es un arte difícil, a veces muy difícil, sobre todo cuando estamos desbordadas por todas partes por solicitudes y urgencias. Escuchar es difícil porque alguna vez, no queremos oír lo que oímos.

Pero la visita a las comunidades o los encuentros personales deben poder ofrecer a nuestras Hermanas este espacio y esta hospitalidad, sobre todo para aquellas que están más solas o que necesitan atención, especialmente aquellas a las que les cuesta comunicarse, debido principalmente a la edad o a la enfermedad.

“Una escucha atenta permite coordinar mejor las energías y dones que el Espíritu ha dado a la comunidad, así como tener presente, a la hora de las decisiones, los límites y dificultades de algún miembro. El tiempo dedicado a la escucha no es nunca tiempo perdido; antes bien, la escucha puede prevenir crisis y momentos difíciles tanto en el plano individual como en el comunitario.”^{xii}

“El ejercicio de la autoridad requiere necesariamente el respeto a las personas, la aceptación mutua, la discreción y en algunos casos el secreto”

Acompañar, dar esperanza y ánimo en las dificultades, apoyar y alentar. *“Llevad los unos las cargas de los otros y así cumpliréis la ley de Cristo.”* (Gal 6, 2)

En distintos momentos de la vida, podemos conocer períodos de aridez, de soledad afectiva, de desidia, de tibieza apostólica.

El trayecto de vida de nuestras Hermanas, como la nuestra, puede atravesar muchas dificultades, muchas noches, cuando la presencia del Señor parece alejarse, cuando el servicio de Cristo en los pobres llega a ser más decapante o fastidioso.

Es importante prodigar atención y afecto fraterno para sostenernos en nuestros combates y ayudarnos a llevar paciente y humildemente nuestras fragilidades. La atención cariñosa hacia el otro es el centro de una espiritualidad de la visitación y de la hospitalidad.

Con frecuencia estamos confrontadas a la fragilidad de las Hermanas. Conocemos también la nuestra. Pero a veces, las acumulaciones de fragilidad en las comunidades pueden aplastarnos (fragilidades físicas relacionadas con la edad, fragilidades afectivas, psicológicas)

Por nuestro propio temperamento, podemos ser más compasivas con una u otra fragilidad y a veces, hay que reconocerlo, más intolerantes o irritadas por otra. Siempre estaremos llamadas a salir de nosotras mismas para escuchar a la otra en su propia dificultad y para sostenerla. En particular durante los momentos o acontecimientos particularmente débiles: crisis de la edad media, cambio de comunidad, cierre de casas, cese de una actividad profesional.

Sin duda han tenido la posibilidad de meditar este año la carta de Cuaresma del Papa Benedicto XVI. Leyéndola, he pensado con frecuencia en el tema de esta jornada y en lo que les podía compartir. *“Fijémonos los unos en los otros para estimularnos a la caridad y las buenas obras”* (Heb 10, 24).

Podría ser este un pliego de condiciones para nuestro ministerio. Benedicto XVI nos invita *“a prestar atención al hermano (a la hermana) a fijar la mirada en el otro, ante todo en Jesús, y a estar atentos los unos a los otros, a no mostrarse extraños, indiferentes a la suerte de los hermanos. Hoy también, Dios nos sigue pidiendo que seamos «guardianes» de nuestros hermanos (cf. Gn 4,9), que entablemos relaciones caracterizadas por el cuidado recíproco, por la atención al bien del otro y a todo su bien. El gran mandamiento del amor al prójimo exige y urge a tomar conciencia de que tenemos una responsabilidad respecto a quien, como yo, es criatura e hijo de Dios: el hecho de ser hermanos en humanidad y, en muchos casos, también en la fe, debe llevarnos a ver en el otro a un verdadero alter ego, a quien el Señor ama infinitamente. Si cultivamos esta mirada de fraternidad, la solidaridad, la justicia, así como la misericordia y la compasión, brotarán naturalmente de nuestro corazón”*

4 - ¿MISION IMPOSIBLE ?

El cuadro así dibujado es ideal. Sabemos bien que la realidad es más compleja. Nuestras comunidades están atravesadas por el pecado, la violencia o la indiferencia. Están compuestas por seres humanos, frágiles y limitados.

El ejercicio de la autoridad nos confronta a una realidad a veces dolorosa, la de la Compañía, la de las comunidades, la nuestra. En muchas situaciones será posible suscitar un diálogo, un intercambio de perspectivas y de ideas, de puntos de convergencia y divergencia, de dificultades e incomprensiones para proponer “remedios”, sabiendo bien que no hay soluciones milagro, ni recetas hechas.

Esto supone también para nosotras mismas:

- Un creciente conocimiento de nosotras mismas nacido de una experiencia y de un cuestionamiento de una misma, reflexionado, por ejemplo, con motivo del tema de los valores y las motivaciones, la aceptación de los dones y de las limitaciones.

- La capacidad (o la búsqueda) de conservar una tensión creativa entre sus dones y sus límites; entre sus valores, sueños, esperanzas, deseos y sus incumplimientos e ineptitudes; entre su yo ideal (lo que deseo ser) y su yo real (lo que soy actualmente). Esto no se hace en la tranquilidad. La mayor parte del tiempo, encontrarse cara a cara con la tensión, la diferencia entre el ideal y la realidad, crea un sentido de

agitación y ansiedad. La actitud que asumimos ante la agitación y la ansiedad es crucial para las relaciones sanas consigo misma, los otros y Dios.

- La capacidad de vivir ansiedad y tensión sin sentirse marcada. La tensión puede ser un recurso para estimular y mantener el crecimiento. Parece ser que en chino, el carácter para la palabra crisis “weiji” está compuesto de dos elementos indisociables: la parte superior (wei) significa “peligro”, la inferior (ji) significa “oportunidad”. La sabiduría china enseña que cada crisis es al mismo tiempo una ocasión de oportunidad o de peligro. El factor decisivo reside en la actitud asumida frente a la crisis: así de una crisis pueden nacer el ánimo o la decisión de la acción.

- Lo que supone un enraizamiento profundo y consciente en este cargo: soy “enviada” para ejercer el ministerio de la autoridad, no me lo he dado a mí misma.

- La exigencia fundamental es la contemplación de Cristo y el deseo de seguirle en el camino de Pascua.

II - LA RESPONSABILIDAD COMO CAMINO DE PASCUA

El ejercicio de gobierno nos sumerge en una experiencia pascual. *“Como toda autoridad en la Iglesia, la autoridad en la Compañía se ejerce como un servicio, a imitación de Cristo Servidor, que amó a los suyos hasta dar su vida por ellos.”^{xii}*

Durante la semana santa, al preparar esta intervención, me dejé guiar para esta segunda parte por algunos “encuentros pascuales”, los del jueves santo, el viernes santo, el sábado santo. Dejemos a estas figuras bíblicas que sean para nosotras unos “barqueros” que acompañan nuestro camino de responsabilidad.

JUEVES SANTO

“Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo (...) Comenzó a lavarles los pies a los discípulos secándoselos con la toalla que se había ceñido. Llegó a Simón Pedro y este le dice: « Señor, ¿lavarme los pies tú a mí? » Jesús le replicó: «Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde»” (Jn 13, 1.4.6-7)

Pedro tiene el sentido de la jerarquía: hay gente “arriba” y otras más “abajo”. Él lo sabe bien, un maestro no lava los pies de sus discípulos. Y sin embargo, Jesús está ahí, el Verbo, la Luz del mundo, es el que está arrodillado, como un esclavo. Esta actitud expresa que según el proyecto de Dios, el hombre es servidor de sus hermanos. Este gesto del lavatorio de los pies viene a romper para siempre nuestras ideas de jerarquía y de dignidad. Esta es la suprema dignidad: estar suficientemente desprendido de la preocupación de uno mismo, de su ego, para poder arriesgarse a ponerse de rodillas.

“Más tarde lo comprenderás”. Más tarde, Pedro comprenderá que Cristo ha inaugurado una nueva forma de ejercicio de la autoridad. La autoridad del buen pastor que da su vida por sus ovejas, una autoridad que transforma la pirámide en Cuerpo, en el que cada persona es diferente e importante, en el que todos los miembros están en comunión.

Tal vez Pedro comprenderá también que el lavatorio de los pies es también la única respuesta de Jesús a la traición y a la negación. El gesto del lavatorio de los pies está inmediatamente precedido y seguido por la evocación de la traición de Judas.

La fraternidad del jueves santo es una fraternidad sierva, de rodillas. Es también la fraternidad del amor y de la fidelidad hasta el fin, “los amó hasta el extremo”.

El Evangelio de Juan nos da aquí la novena bienaventuranza *“dichosos seréis si lo hacéis.”*

Tener paciencia en sus relaciones con los demás, no tambalear por la fractura de la vida fraterna, amar, servir siempre y a pesar de todo, de ahí pueden nacer una alegría y una paz verdaderas; paz y alegría que proceden de la toma de conciencia de nuestra pobreza radical, de nuestra realidad ante Dios (*“Tal es un hombre delante de Dios, tal es sin más”* acostumbraba a decir Francisco a sus hermanos) pero sobre todo la adhesión a Cristo pobre: *“Vino a su casa, y los suyos no lo recibieron.”* El culmen de la presencia del amor de Cristo, no son los milagros, ni las profecías. Todo culmina en el momento en el que, abandonado de todos, rechazado, renegado, condenado a muerte por aquellos a los que trajo la vida, el Hijo de Dios continua amando a pesar de todo. Es un camino de pobreza, de despojo.

- ¿Qué tenemos que dejar, de qué pedestal tenemos que bajar para ser servidores cercanos de nuestros hermanos?

- En situaciones difíciles en fraternidad, en el encuentro del otro, de cualquiera, ¿nos atrevemos a creer que es posible un camino de crecimiento, de salvación?

- ¿Qué resentimiento debemos dejar como piel muerta para encontrar el amor sin amor propio?

- ¿De qué poder debemos ayunar para no tener sobre ninguna Hermana ningún poder de dominio?

VIERNES SANTO

El ejercicio de la autoridad es una tarea a veces bien difícil. Hay incomprendiones. Nos herimos mutuamente por respuestas demasiado precipitadas, decisiones torpes e inoportunas por falta de experiencia, de esperanzas demasiado grandes o demasiado limitadas, por una indiferencia aparente al sufrimiento. Nos hacemos sufrir al no tomar en consideración algunos dones, teniendo conversaciones desagradables sobre un tercero, manejando la autoridad de manera, a veces autocrática.

Nos herimos recíprocamente, más por ignorancia a veces o falta de competencia, que por negligencia o por malicia, lo que no disminuye en nada la pena ocasionada.

Estamos también apremiadas por las decisiones de los destinos de las Hermanas, cierres de casas que hacen sufrir.

Las decisiones que debemos tomar no son siempre con la aprobación de todos. Y alguna vez nos acarrearán enemistades.

A veces estamos también confrontadas a situaciones de personas particularmente difíciles.^{xii} Su comunidad no las soporta más y nos encontramos divididas entre una Hermana y un grupo, en el centro de un conflicto de valores.

La fraternidad es una fraternidad herida, a veces desfigurada, cuando conoce en su historia la prueba de la burla, de la injusticia, de la traición, de la cobardía, de la incompreensión. Una fraternidad pobre y frágil, marcada por el pecado, pero es también una fraternidad que se abre a la misericordia y a la compasión.

En una carta dirigida a un ministro provincial, Francisco invitaba al perdón y a la compasión: *“He aquí en qué reconozco que amas al Señor, y que me amas a mí, su servidor y el tuyo: si no importa qué Hermano en el mundo, después de haber pecado tanto como es posible pecar, puede encontrar tu mirada, pedir tu perdón y marchar perdonado. Si él no pide perdón, pídeselo tú si quiere ser perdonado. E incluso, si después de esto peca aún mil veces contra ti, ámale más aun de lo que me amas, y esto para acercarle al Señor. ¡Ten piedad siempre de estos desdichados!”*

Entrar en la pedagogía de Dios que ofrece misericordia aún denunciando el mal y la injusticia, dar testimonio de la misericordia aún recordando las exigencias de nuestra forma de vida llegando, a veces, hasta las formas canónicas de sanciones.

Invitar a la comunidad a entrar en esta dinámica de misericordia reconociendo que existen situaciones que requieren el cambio de una Hermana.

Aceptar estar cerca de una Hermana en situaciones con frecuencia sin soluciones satisfactorias y en las que experimentamos nuestra impotencia, “ser requisada” o “no librarse de lo que es su propia carne”, incluso si no se sabe qué hacer, es un paso, una pascua que cuesta una pérdida, la de la ilusión del poder, una pascua que purifica y que hace más humilde, más pobre. Esta travesía va acompañada también del desánimo y el desencanto: frente a las resistencias de algunas personas o comunidades, frente a algunas cuestiones que parecen imposibles de resolver.

SÁBADO SANTO

Hombres y mujeres en el silencio, José de Arimatea, Nicodemo, María... *“Después de esto, José de Arimatea, (...) pidió a Pilato que le dejara llevarse el cuerpo de Jesús (...) Llegó también Nicodemo, el que había ido a verlo de noche, y trajo unas cien libras de una mixtura de mirra y áloe (...) y como el sepulcro estaba cerca, pusieron allí a Jesús”.* (Jn 19, 38-42)

Sobreviene entonces el silencio, el mutismo del sábado, día de Sabbat, el séptimo día, el día de descanso semanal. El sábado es un día litúrgico extraño, entre el drama de la muerte y la alegría de la resurrección. El tiempo del sábado santo, por vacío que sea, no es sin embargo el momento del tiempo perdido, vano, es el tiempo de la esperanza, el tiempo de la espera del despertar. Cristo desciende a todos nuestros infiernos humanos y les aporta su presencia misericordiosa.

La fraternidad del sábado santo es la que deja a Cristo actuar en lo invisible de la fe. Reconoce su debilidad pero valora en la acogida de la gracia, en la esperanza. Acecha y espera con confianza los signos de vida. Sabe que la paz y la salvación proceden, no de nuestras únicas fuerzas o de nuestras capacidades para gestionar los problemas o las situaciones difíciles, sino de Cristo vencedor del mal y de la muerte.

Esta espera no es inactiva. Después de su muerte, Cristo recibe signos de compasión humana: Nicodemo aporta una mezcla de mirra y áloe, las mujeres preparan los aromas y los perfumes. El cuerpo de Cristo entra en la sombra de la tumba con los perfumes y los aromas, frutos de la compasión de sus allegados. En el momento en que desciende a lo más profundo de las tinieblas, está envuelto en un gesto de dulzura, respeto y esperanza.

Este gran sábado es por excelencia el tiempo del silencio, de la atención paciente a lo que viene: el silencio de la espera y no el mutismo de la desesperación. La fuerza admirable de esta paciencia se prueba como voluntad de no ceder al mal y de no creer en su triunfo definitivo. En la esperanza, podemos envolver al otro en una solicitud orante y ungirle de respeto y confianza.

El libro del Apocalipsis nos ofrece otra bienaventuranza: *“Bienaventurado el que vela”* (Ap 16,15): el Señor nos invita a la paciencia tenaz de los que velan. Esta bienaventuranza prepara al encuentro con Dios a través del rostro del hermano: se trata de velar por el amor, incluso y sobre todo cuando lo creemos muerto, velar para ver el amanecer. ¿Cómo mantenerse en la paciencia de lo que viene? ¿Qué tiempos de silencio, de soledad, de oración debemos dedicar para dejar que el Espíritu del Señor nos mantenga vigilantes, acechando los pasos del que viene?

El gobierno no es posible, concebible, soportable, sin la gracia de Dios: una gracia de estado que no se da, tal vez bajo la forma que en otro tiempo aprendimos, un sobresalto de resistencia que nos surge cuando nos parece no poder soportar más o hacer algo más: como el coraje de actuar frente al miedo o a la oposición, como las sorprendentes palabras salidas de mi boca en una situación compleja, como la fuerza de resistir ante la muerte del Misterio pascual con la esperanza de la Resurrección.

SIGNOS DE RESURRECCIÓN

Sabemos que no hay fórmula mágica, ni manuales para ser una buena Superiora mayor. No existe más que la amable presencia del Dios vivo, que puede reconocerse en el enredo de nuestra vida y en las sombras de nuestro mundo desorientado.

Los signos de resurrección son numerosos, y tenemos el deber de leerlos, de interpretarlos, de compartirlos y de dar gracias por ellos.

En la vida que nuestras Hermanas nos comparten sencillamente, somos los testigos privilegiados del valiente crecimiento, de la fidelidad a la oración, de la generosidad sencilla, de la voluntad de mantenerse dialogante en períodos de conflicto, de la hermosura y la profundidad que revelan las conversaciones, del testimonio de largas vidas de servicio de Cristo en los pobres, de la fidelidad, de los momentos de intuición, de los riesgos aceptados y acogidos, de tantos pequeños gestos de bondad, del combate por comprender lo que significa la vida de fe en el seno de una efervescencia cultural y religiosa, del sufrimiento llevado con bondad y en paz, de la valentía en medio de una noche profunda. Cada Hermana, cada historia, cada gracia de las que somos testigos, son bendiciones.

Entonces, podemos cooperar con Dios a través de nuestras acciones diarias, de nuestras decisiones difíciles haciendo avanzar a nuestras comunidades hacia el futuro prometido pero todavía desconocido. Que a cada una, se le conceda acoger estas bendiciones grandes y pequeñas, dar gloria a Dios por ellas y llegar a ser:

- Mujeres que conocen lo que significa ser echada al fuego ardiente del designio de Dios, para en él ser formadas y modeladas por los movimientos y los acontecimientos imprevistos.
- Mujeres cuya familiaridad con las visitas inesperadas de Dios aumenta la capacidad de analizar la situación presente e imaginar maneras alternativas de hacer comunidad y de responder a la misión.
- Mujeres cuya lectura espiritual de la vida de la Provincia o de las comunidades estimule la comunidad en su convicción de que Dios está presente en los lugares más sorprendentes y en los movimientos más sutiles.

Sor Elisabeth ROBERT
Superiora general del Instituto de Hermanas de san Francisco de Asís

Corresponsables del patrimonio de los pobres

23 de mayo 2012

Esta exposición, ilustrada por diapositivas, se ha cortado con miras a su publicación. El plan expuesto a las participantes contiene referencias a las Constituciones y a la Guía de la Ecónoma. Algunos temas fueron tratados en forma de cuestiones destinadas a ser profundizadas *con los miembros del Consejo provincial*, otros se han dirigido personalmente a las Visitadoras.

Introducción

Hablar de *la administración de bienes* ante un auditorio procedente de los 5 continentes, que viven realidades tan diversas, me ha obligado a buscar un ángulo de aproximación que permita a cada una sentirse interesada.

He elegido *tres componentes comunes de nuestra identidad*, sin distinción de nuestros lugares de misión ni de nuestros orígenes geográficos y culturales.

Somos Hijas de la Caridad por la gracia de Dios, *“llamadas y reunidas... entregadas a Dios para el Servicio de los Pobres”*. Es por este título por lo que estamos invitadas a reflexionar sobre nuestra corresponsabilidad en la administración de bienes.

Somos Hijas de la Iglesia, de una Iglesia enfrentada a múltiples críticas, tanto del interior como del exterior, pero que, en esta prueba de purificación, queda *un faro* que orienta y cuya enseñanza ilumina a los hombres de buena voluntad. A lo largo de su historia, la barca de Pedro ha atravesado numerosas tempestades, *“... el poder del infierno no la derrotará”* prometió Jesús a Pedro. (Mt 16,18) Con Luisa de Marillac, reconocemos que *“tenemos doblemente la dicha de ser hijas de la Iglesia”* (L.M. 21.06.1647)

Somos ciudadanas del mundo, llamadas por vocación a servir a Cristo en sus miembros dolientes. *“Dios ama este mundo y nos invita a amarlos profundamente, a mirarlo como lo mira El (...) nos urge a mirar con la sensibilidad de nuestros Fundadores que ven en el más vulnerable, al preferido.”* (DIA p.7)

Numerosas crisis sacuden nuestro mundo y afectan en primer lugar a los más pobres.

El hundimiento del sistema económico en 2008, tuvo repercusiones dolorosas en todo el mundo. Por no haber corregido a tiempo los desequilibrios que se sentía aumentar, "los grandes de este mundo" son todavía y siempre confrontados con inmensos desafíos: reglamentaciones de los mercados financieros, deudas colosales de los Estados, pobreza creciente de sus pueblos, movimientos sociales engendrados por las injusticias, el paro y la exclusión, etc.

Las disfunciones del modelo de crecimiento económico dominante, que busca provecho a toda costa. ¡Aumentó durante estos 20 últimos años, las desigualdades dentro de las sociedades y entre los países, cuando globalmente había un aumento de las riquezas en nuestro mundo!

El gobierno mundial no respeta el *bien común*; y demasiados **regímenes políticos corruptos** hacen la desdicha de sus pueblos.

El comercio de droga y de armas que alimentan las guerras, las poderosas redes de tráfico humano, etc.

La crisis ecológica, manifestada por las múltiples catástrofes llamadas “naturales”, mientras que buena parte de las mismas es el resultado de la desordenada actividad humana y de comportamientos irresponsables: tala a gran escala, explotación excesiva de los recursos de la tierra, contaminación industrial, explotación de desechos tóxicos, etc.

I - HIJAS de la CARIDAD EN ESTE MUNDO HOY... UNA VOCACIÓN DE UNA ARDIENTE ACTUALIDAD...

“Tenemos sed de responder con una caridad creativa a las llamadas de los pobres... Queremos renovar nuestra respuesta a los desafíos de las nuevas pobrezas acentuadas por la crisis mundial y atreverse a tomar posiciones proféticas ante la injusticia” DIA p. 7

Un refrán francés, que probablemente conocen en su lengua, dice que *“el dinero es un buen servidor y un mal dueño”*. Para nosotras, Hijas de la Caridad, es un *medio* -ciertamente indispensable- pero solamente un medio al servicio de la misión. El dinero está en **el centro de todas estas miserias** provocadas por una gestión de las actividades humanas que no son según el plan de Dios.

Benedicto XVI afirma que sin el amor y la verdad, el impulso planetario de la globalización puede ser mortal para la familia humana. Nos invita a una reflexión profunda sobre el sentido de la economía y los valores éticos que hay que encontrar. Especialmente por su encíclica *Caritas in Veritate*.

Próximas a los Pobres de este mundo, están bien situadas para tomar iniciativas, sabiendo que por la Compañía y diversas ONG encontrarán *la ayuda económica necesaria* para mejorar sus condiciones de vida. Es evidente que ya lo hacen, pero siempre podemos comprometernos más.

En la carta de nuestro Superior general dirigida a los miembros de la Familia vicenciana, para la Cuaresma 2012 encontramos tales dinamismos:

-Favorecer actividades que promueven cambios sistémicos en la sociedad, desarrollan el autogobierno local, la formación de grupos auto-ayuda y programas de micro-créditos locales.

-Ofrecer asistencia jurídica para la defensa de los pobres y la promoción de la justicia;

-Crear programas que se opondan a la trata de personas y aseguren la promoción de la vida, el acceso universal a la ayuda social, el cuidado del entorno, la dignidad de las mujeres y de los niños, los derechos de los emigrantes y la participación ciudadana.

Nuestras Constituciones, al tratar nuestro *voto específico* (C 24) dicen más sobre la manera de servir a Cristo en la persona de los Pobres, y los Estatutos 8 y 9 dan orientaciones muy concretas tomadas en el DIA p. 7- 13 para trabajar con otros, en la construcción de un mundo mejor... ¡Sí, el amor hace maravillas, la unión hace la fuerza!

II - LA ADMINISTRACION DE BIENES EN LA COMPAÑÍA

1) Administrar los bienes según un espíritu.

Nuestra identidad de Hijas de la Caridad debe impregnar todo nuestro ser y nuestro actuar y expresarse también en la manera de gestionar los bienes. *“La Compañía que tiene como fin el servicio a Cristo en los pobres, usa de los bienes materiales con miras a esta misión”* (C. 88).

Evoco las fuentes en las que pueden beber: La Sagrada Escritura, la doctrina social de la Iglesia, los textos de las Conferencias episcopales, los escritos de los Fundadores, las Constituciones y Estatutos, las Guías, las cartas de los Superiores, etc.

Estos fundamentos bíblicos y doctrinales deben aclarar *nuestro estilo de vida y la manera de administrar los bienes.*

2) La gestión de los recursos financieros, un lugar de misión

a) nuestra propia evangelización-conversión

En el contacto con los pobres, nuestros señores, nosotros nos dejamos evangelizar. Administrando los bienes, tenemos también que *dejarnos evangelizar* -estar vigilantes- para que el dinero “*buen servidor de la misión no se convierta en un mal dueño*”. Todas las Hermanas que administran dinero son conscientes de que no son propietarias, de ahí el *espíritu de desprendimiento* y todas las demás características de una buena gestión. (3.2.2.)

La gestión de los recursos puestos en nuestras manos no puede dissociarse de nuestros *votos*; esta tiene lazos no solamente con *la pobreza*, lo que parece evidente, sino también con *la obediencia*, puesto que hay que respetar las leyes de la Iglesia, el derecho propio de la Compañía y la legislación del Estado; y también con *la castidad*, que libera el corazón, “*para una entrega incondicional y una total disponibilidad al servicio de los pobres*”. (C.29) De estas llamadas se desprenden *consecuencias prácticas*, como la puesta en común de los dones recibidos para los Pobres y su uso en las Comunidades locales, (C 30e), la ayuda mutua entre Comunidades, (E72), la manera de resistir a la corrupción, etc...

b) En lo se refiere al aspecto profético

Como consagradas, estamos llamadas a dejar traslucir claramente que *nuestro compromiso junto a los Pobres es la parte visible de nuestro don a Dios*. “*El amor por el hombre y, en primer lugar, por el pobre, en el que la Iglesia ve a Cristo, se concreta en la promoción de la justicia. (...) no se trata solamente de dar lo superfluo, sino de ayudar a las personas que están excluidos o marginados a que entren en el círculo del desarrollo económico y humano (...)*” Juan Pablo II (Centesimus annus 58)

La doctrina social de la Iglesia tiene una función de anuncio y de denuncia: anuncio de una mirada particular sobre el hombre; denuncia frente al pecado, a la injusticia y a la violencia que atraviesa nuestra sociedad.

Frente a las “*estructuras de pecado que destruyen el vivir juntos y la solidaridad,*” podemos “*ser signo*” por la calidad de nuestra vida comunitaria, por el testimonio de desprendimiento y de dependencia en el uso de los bienes, por el intercambio, por las múltiples acciones realizadas en el servicio de los pobres que tratan de “*promocionar a todas las personas en todas las dimensiones de su ser*”...etc , (cf. C. 24 e).

III - ADMINISTRAR: UN SERVICIO EN RELACIÓN, VIVIDO EN CORRESPONSABILIDAD (C 30 c, C 90, E 72)

1) Nivel general

Las colaboradoras del Economato general están al servicio de toda la Compañía. En los diversos despachos, Hermanas y laicos tratan, en coordinación con la Ecónoma general, los flujos económicos, la contabilidad y el correo añadiéndose legados y donaciones así como los expedientes de seguridad social de las Hermanas que están fuera de Francia (CAVIMAC y EMI).

Las relaciones entre los diversos servicios del Economato general y las Provincias son diarios, lo más frecuente con las Ecónomas provinciales.

Tanto la Compañía como cada Provincia: las cuentas de la administración general contienen Productos y Cargas.

a) Productos

La C.90 recuerda que *los bienes son comunes* y que la *Curia generalicia coordina la ayuda interprovincial*. (G.E.P. p.22) Mientras que el Economato general registra el flujo financiero, las decisiones de la asignación las toma la Superiora general con su Consejo.

La Curia generalicia dispone de dos recursos para financiar los gastos ordinarios de la “Cuasi-Provincia”: la tasa generalicia, de \$5 a \$30 por Hermana, según el y la contribución voluntaria que las Visitadoras con su Consejo atribuyen al funcionamiento de la Curia. Estas cantidades permiten cubrir los gastos de funcionamiento de esta Casa Madre y de las aproximadamente 140 Hermanas que están al servicio de la Compañía y de los peregrinos. La Ayuda Interprovincial es el recurso indispensable que permite a la Superiora general con su Consejo responder a las peticiones de ayuda procedentes de un cierto número de Provincias.

b) Cargas

El reparto de los ingresos de la ayuda interprovincial muestra que un cierto número de Provincias reciben ayuda para el mantenimiento y la formación de las Hermanas, el servicio de los pobres, construcciones (Obras y comunidades)... Las sumas enviadas varían según las peticiones y se completan también por los “fondos dedicados” (por ejemplo los fondos para catástrofes, DREAM, etc.) y los proyectos IPS. Debemos señalar también los numerosos donativos de particulares y de asociaciones que pasan por el Servicio misiones a favor de los pobres.

2) Nivel provincial

Incluso si las situaciones de las Provincias son diversas, dos “principios” pueden guiar nuestro modo de relacionarnos: la Corresponsabilidad y la colaboración.

a) Relaciones Visitadora - Ecónoma provincial

Cada una ha sido designada para este u otro servicio. El Evangelio y las Constituciones nos trazan el camino... y las “Guías” son instrumentos que hay que conocer para referirse a ellas con facilidad. Una buena comprensión de las funciones de cada una permite evitar conflictos.

Función y misión de la Ecónoma

La Ecónoma tiene confiada la gestión de los asuntos económicos de la Provincia según el derecho canónico (CDC: can. 634-640) y de acuerdo con el carisma de los fundadores y nuestro derecho propio.

Esta gestión permite cubrir todas las necesidades de los miembros de la Provincia, servir el proyecto apostólico en fidelidad al carisma, vivir la ayuda mutua. La finalidad misionera es pues esencial, para una buena gestión.

A nivel de **relaciones**, la guía de la Visitadora precisa en la página 17:

- que éstas “se basan en el respeto, la confianza, el diálogo y se viven con espíritu de fe y de comunión”
- lo que “exige la comprensión clara de las responsabilidades de cada una, la subsidiariedad y el dar cuenta”.

b) Formación de las Hermanas

Es importante proporcionar a las Hermanas una formación en el campo económico y en el manejo del dinero. Los programas de formación de las Provincias contienen orientaciones para la formación inicial y continua de las Hermanas, con relación a la pobreza, en fidelidad al espíritu de los Fundadores y de las Constituciones. ¿Qué lugar ocupa *la gestión de los bienes*, con las competencias que hay que adquirir en el aspecto contable y administrativo para todas las Hermanas que tienen que trabajar con el dinero? Algunos aspectos, pueden ser tratados por el Director provincial, mientras que la Ecónoma provincial tiene un papel importante que llevar a cabo en la formación de las Hermanas Sirvienta y de las Ecónomas locales, para prepararlas a ejercer su responsabilidad económica: cuentas, presupuestos, compras, etc.

La Hermana Sirviente es responsable con sus Hermanas *“de los bienes temporales de la Comunidad local según las Constituciones y Estatutos; se atiende a las directivas provinciales”* (C. 82e). Una buena gestión que debe vivirse en *corresponsabilidad*, puesto que los bienes son comunes.

- Las cualidades exigidas para una buena gestión son: honestidad, transparencia, fiabilidad, responsabilidad, dar cuenta. Nosotras gestionamos nuestros bienes en corresponsabilidad (C 90), subsidiariedad (C 91b), solidaridad (S.72). Una Hermana nunca debe actuar *“como propietaria”* ya sea a nivel de la comunidad o de una obra.

- Los principios de administración de bienes legados por san Vicente y santa Luisa (cf. C. 88, 89, 90). Desde los orígenes de la Compañía, existen reglamentos, registros, presupuestos para las obras. Luisa de Marillac formó a sus hijas, no sólo en el aspecto espiritual, sino también en el *rigor en la gestión*, a *“dar cuentas”*.

- Las expresiones concretas de nuestro voto de pobreza y de servicio de los pobres, nos obligan a *escoger un estilo de vida sobrio y sencillo: “las Hermanas hacen con frecuencia una revisión personal y comunitaria en la que discernen: sus necesidades reales, el uso que hacen de los bienes y de los recursos de la tierra, su estilo de vida y sus deberes de justicia y caridad. Es un medio para conservar el espíritu y la práctica de la pobreza”* (E. 16 a)

Por último, en la gestión hay una regla de oro: *“prever”*. La gestión no se improvisa, se aprende y se mejora con la experiencia. Es pues necesario discernir qué Hermanas tienen aptitudes para formarse en el ámbito *de la contabilidad y de la gestión*. *“Prever”* es preparar hoy a las Hermanas a las que se podrá confiar responsabilidades de gestión (obras y Comunidades), para la continuidad de la misión y de los servicios comunitarios.

c) Gestión del patrimonio

“Los bienes de la Compañía se administran con responsabilidad, competencia, prudencia, justicia y confianza en la Providencia. Hacen posible el servicio de los pobres y el sostenimiento de las Hermanas.” (C.89) Es importante *“quedarse en lo real”* (situación del país, de la Provincia) y tener en cuenta las realidades no contables, pero esenciales, tales como los recursos humanos, es decir, la edad de las Hermanas de la Provincia (número importante de Hermanas jóvenes o de Hermanas mayores) etc.

Conclusion

Hijas de la Caridad, vivimos nuestra vocación *en la Iglesia*, fieles a sus enseñanzas, y por el testimonio de una vida alimentada por el Evangelio, según nuestra identidad propia. (C 24, E 8) Tenemos que administrar nuestro patrimonio espiritual, hacerlo nuestro y expresarlo también en la manera de administrar los bienes materiales, con un espíritu de humildad, de sencillez y de caridad. Nuestra pobreza material efectiva se expresará en un estilo de vida sobrio y sencillo, por el servicio y la proximidad con los Pobres que son nuestros señores, y por el compartir nuestros bienes.

Que Nuestra Señora de la Misión nos acompañe en el difícil camino del discernimiento evangélico, para que hoy llegue el Reino de Dios. Que podamos ser con nuestras Hermanas, junto a los Pobres *“signos de profecía y de esperanza ahora y por todas partes”*. (DIA p. 27)

Sor Pia HUMBEL
Ecónoma general

Presentación del Encuentro de Directores provinciales

23 de mayo del 2012

Como lo sugiere el “*Directorio del Director provincial de las Hijas de la Caridad*” (p. 14) se organiza cada diez años un Encuentro para los Directores provinciales de las Hijas de la Caridad. Por esa razón, el Superior general ha decidido reunir en París del 1 al 14 de Julio a todos los Directores; con el apoyo de Sor Evelyne, su Consejo, y las Hermanas de la Casa Madre, puesto que el encuentro va a tener lugar ahí. El Padre Gregory ha preparado una carta para los Directores con el fin de explicarles el sentido de este encuentro. Vean algunos párrafos:

“Yo creo que saben lo importante que es para mí, como estoy seguro lo es para usted, nuestro ministerio con las Hijas de la Caridad. San Vicente tenía una gran estima por este servicio que le era muy querido. Es muy visible que el trabajo que realizó por los pobres de Francia y del mundo no lo hubiera podido llevar a cabo sin el apoyo de santa Luisa de Marillac y de las primeras Hijas de la Caridad. Esto, hoy es aún cierto. Nos unimos a nuestras Hermanas en la expresión viva de nuestro carisma. Su tarea de Director provincial es especialmente importante con relación a esto.

Durante este encuentro, deseo que dediquemos tiempo a saber conocernos y para compartir nuestro ideal colectivo. Algunos de ustedes son nuevos en esta función de Director provincial; otros habrán realizado fielmente este servicio durante muchos años. Una parte de lo que se dirá será una nueva información para algunos de nosotros; la mayor parte será muy conocida para otros. Todas las informaciones y discusiones se filtrarán a través del prisma de nuestras culturas y diferentes situaciones. Tal es la naturaleza de la Iglesia universal y de nuestras comunidades internacionales y es una bendición por la que estoy especialmente agradecido. Aprovechen aquí la oportunidad de enseñar y de aprender mutuamente los unos de los otros. Yo tengo intención de hacer lo mismo. Este será el trabajo del Espíritu entre nosotros”.

Una de las orientaciones dadas por el P. Gregory ha sido la de favorecer el diálogo y el intercambio entre los participantes sobre problemas prácticos, compartiendo mutuamente sus conocimientos. Deseaba que la mayor parte de las soluciones y orientaciones provengan del grupo y no de conferencias del exterior. He aquí una breve presentación del desarrollo del programa que tendrá por tema: “El Director provincial: Animando, Acompañando y Formando a las Hijas de la Caridad”. Ciertamente, el Director provincial no es el único que ha de desarrollar estas tres funciones, es preciso añadir a las mismas la colaboración: el Director Provincial colabora con la Visitadora y las Hermanas de la Provincia en los importantes servicios de la animación, el acompañamiento y la formación.

El encuentro se iniciará con una mañana de retiro para orar y meditar sobre nuestra llamada como Lazaristas para “predicar el evangelio a los pobres” y sobre la manera cómo se lleva a cabo este ministerio en nuestro trabajo con las Hijas de la Caridad. Por la tarde Sor Evelyne, hablará de la Compañía y dos Hermanas del Consejo general transmitirán un eco del encuentro de Visitadoras.

Al día siguiente las intervenciones serán sobre nuestros santos Fundadores, Vicente y Luisa; poniendo un interés especial en el estilo propio de las Hijas de la Caridad y en su espiritualidad. Debemos contar incesantemente estos relatos de familia para recordar nuestras raíces y buscar la posibilidad de un crecimiento continuo. Nuevas luces aparecen cuando los relatos nos los hacen diferentes voces.

Al siguiente día reflexionaremos sobre la Iglesia, sus documentos, especialmente los que son importantes para los Directores. Por la tarde, Sor Sylvie Robert, Religiosa de María Auxiliadora, hablará sobre la llamada a la vocación de servicio a la Iglesia, así como los factores que pueden contrariar esta llamada.

El cuarto día, trataremos de la identidad de las Hijas de la Caridad, tal como está expresado en las Constituciones y en los votos. La unicidad de las Hijas de la Caridad debe ser bien entendido por los Directores.

El quinto día, los Directores provinciales estudiarán el Directorio y disertarán sobre los eventuales cambios que deben hacerse en la próxima edición, en función de nuestras experiencias y de la evolución actual. El P. Javier que intervino en la redacción de este documento animará la reflexión y el debate.

El sexto día, reflexionaremos sobre la importancia de la “animación” y la atención que hemos de prestar a la acción del Espíritu Santo para llevar a cabo esta tarea como Directores. Por la tarde, trataremos de la organización de la vida espiritual: como los Ejercicios y los días de Retiro.

El lunes de la segunda semana, hablaremos del “acompañamiento”, su sentido e importancia en el marco de las visitas pastorales. Cohermanos de diferentes regiones compartirán sus experiencias.

El martes trataremos sobre la “formación”; primero la formación inicial, luego de la “formación continua” y su contribución al desarrollo personal de las Hermanas y del servicio a los pobres.

El miércoles, el P. Vernaschi guiará nuestra reflexión sobre las cuestiones canónicas del Derecho de la Iglesia. Por la tarde oiremos los retos concretos relacionados con el ministerio con las Hermanas Mayores.

El jueves examinaremos, en principio, la relación entre el Director, el Consejo provincial y la Asamblea Provincial. A partir de distintos intercambios de experiencias; después trataremos del acompañamiento a las hermanas con dificultades.

El viernes, el P. Gregory, animará un Fórum a partir de preguntas relacionadas con el Director provincial, los gozos de este ministerio al servicio de las Hermanas.

Al día siguiente, después de la síntesis y de la evaluación, terminaremos el encuentro con la celebración de la Eucaristía.

Conclusión

A lo largo de estas dos semanas de encuentro, el P. Gregory y yo estaremos disponibles para hablar con nuestros Cohermanos sobre las cuestiones que les parezcan importantes para su servicio de Directores provinciales. Sor Evelyne y el Consejo general están invitadas a participar en las sesiones del encuentro y aportarán su contribución en algunas de las actividades de diálogo, a partir de su experiencia y de su perspectiva como Hijas de la Caridad.

Clausura del Encuentro

27 de mayo de 2012

Llegamos al final de nuestro Encuentro en este gran día de Pentecostés que evoca viento y luz, audacia y profecía, unión de corazones y comunión, creatividad y esperanza, apertura, disponibilidad, misión...

La presencia del Espíritu Santo en medio de la Iglesia naciente y su fuerza transformadora provocó entonces, y hoy continúa provocando, asombro y admiración. *“Se llenaron todos del Espíritu Santo y los que vinieron a ver lo que había pasado, maravillados y sorprendidos, les oían hablar en su propia lengua^{xiii}”*. (Cf. Hch 2,4)

Ciertamente, la acción del Espíritu y sus manifestaciones son sorprendentes. La venida del Espíritu Santo da nacimiento a la comunidad; los miedos de los discípulos desaparecen, a su tristeza suceden alegría y entusiasmo para anunciar la buena nueva de la salvación; caen las barreras socioculturales y dan lugar a un lenguaje común y universal.

Allí donde está el Espíritu hay vida, novedad, vigor. Con la fuerza del Espíritu todo es posible; ¿no lo hemos experimentado estas últimas semanas? Ignoro si llegaron ustedes a este Encuentro con un *“gran abatimiento de espíritu^{xii}”* como el que sintió santa Luisa al comienzo de la novena preparatoria a Pentecostés, pero sé que terminamos estas semanas de oración, reflexión e intercambio con alegría y confianza en la Providencia.

¡Demos gracias al Señor!

Permítanme, igualmente, expresar mi agradecimiento al Padre Patrick, a los miembros de la Comisión de animación (Sor Rosa María, Sor Françoise, Sor Micheline, Sor Miguelina, Sor Angèle y Sor Christo Kumari), a Sor Zofia, a las Hermanas de la Cabina de control y de Secretaría y por supuesto al valiente equipo de traductoras, sin olvidar a las Hermanas de la Casa Madre y su cordial acogida.

Hoy, en este Pentecostés de 2012, estamos reunidas en el Cenáculo de la Compañía, como los discípulos, junto a María y damos gracias por el don del Espíritu. Al final de este encuentro Inter Asambleas, estoy segura de que sienten la urgencia de reavivar el carisma de la caridad, de volver a encender la antorcha del espíritu misionero de la Compañía, de acrecentar nuestra disponibilidad a la sorprendente acción del Espíritu Santo.

Es el Espíritu Santo quien nos ha guiado durante este Encuentro y nos muestra el camino que ahora hemos de seguir. **A su luz**, podremos leer los signos de los tiempos, reflexionar en la realidad que vivimos para descubrir lo que agrada a Dios, lo que constituye y favorece la comunión y lo que estimula la misión. **Con su fuerza**, podremos comprometernos con entusiasmo en nuevos caminos y hacer frente, con generosa disponibilidad, a los cambios que se presenten en este tiempo de reorganización para la revitalización del carisma. **Con la paz y la alegría que de Él proceden**, compartiremos con nuestras Hermanas, con los

pobres, con nuestros colaboradores la esperanza que nos invade, la certeza de que el Espíritu puede cambiar los corazones, que no podemos resignarnos a las situaciones de corrupción, violencia, miseria, desprecio de la vida y de la dignidad de las personas, que no podemos resignarnos ni al agnosticismo tranquilo, ni a todas las expresiones de intolerancia religiosa de las sociedades en las que vivimos.

Escuchemos a san Vicente el 18 de octubre de 1655, unos meses después del reconocimiento oficial de la Compañía el 8 de agosto de ese mismo año, decía así:

“No sabemos si viviréis lo bastante para ver que Dios da nuevas ocupaciones a la Compañía; pero sabemos muy bien que, si vivís en conformidad con el fin que Nuestro Señor pide de vosotras... si lo hacéis bien, como espero que lo vais a hacer, Dios bendecirá cada vez más vuestros trabajos y os conservará; pero es preciso ser fieles para hacerlos dignas de ello.”^{xii}

Sus palabras resuenan hoy como una nueva llamada a sentirnos responsables de la vitalidad de la Compañía y de su fidelidad:

Dios bendecirá cada vez más vuestros trabajos y os conservará; pero es preciso ser fieles para hacerlos dignas de ello.

En este tiempo de reorganización y revitalización ustedes pueden ayudar mucho a las Hermanas de sus Provincias. La reorganización va más allá de la planificación y la gestión de nuevos proyectos apostólicos; requiere la energía y el soplo del Espíritu.

De hecho, para todas nosotras en la Compañía, se trata de arraigarnos profundamente en Jesucristo, de cuidar la calidad de nuestra vida fraterna, de comprometernos de nuevo a vivir un estilo sencillo, coherente con nuestro ser de siervas de los pobres.

Es el tiempo de avivar la confianza en la Providencia, tiempo de valentía y audacia ante algunos desprendimientos, miedos y cansancios. Es el momento de un dinamismo vocacional renovado. Es una época que pide apertura hacia horizontes apostólicos más universales, que exige un trabajo sólido de formación cristiana y vicenciana, para nosotras mismas y para los colaboradores laicos que participan en la misión de la Compañía.

“Recibiréis la fuerza del Espíritu y seréis mis testigos^{xiii}” (Cf. Hch 1,8)

En efecto, el Espíritu Santo irrumpe en nuestras vidas y nos impulsa a encontrar el fervor primero, a mantener encendida la llama del carisma, a actuar con una percepción más fina de la universalidad de la Compañía sintiéndonos responsables de su vitalidad y de su crecimiento. El Espíritu aviva en nosotras el entusiasmo y la audacia que impulsaron a las primeras Hermanas a ir por los caminos del mundo, a vivir una caridad inventiva y audaz, a permanecer disponibles para servir a los pobres, yendo y viniendo, buscando a los más abandonados, los más desfavorecidos, siguiendo los pasos de nuestros Fundadores.

Pentecostés es la gran fiesta de la Compañía, según el deseo de santa Luisa. Con ella, pedimos estar tan llenas del Espíritu Santo *“que ya no podamos decir ni hacer nada que no sea para su gloria y su santo Amor”^{xiii}*. Cantemos hoy con el salmista, las maravillas del Señor y démosle gracias porque su amor y su misericordia son eternos^{xiii}. ¡Cuántas son tus obras, Señor, y todas las hiciste con sabiduría!^{xiii}

El Señor nos ha concedido vivir una experiencia de Pentecostés durante nuestro Encuentro Inter-Asambleas y nos promete más para el futuro, si nos abandonamos a su Providencia, porque *“los que esperan en el Señor renuevan sus fuerzas...corren y no se fatigan, caminan y no se cansan”^{xiii}*.

Con toda la Iglesia, estamos invitadas a franquear la puerta que nos introducirá en el año de la fe, del Sínodo sobre la Evangelización: una fuerte interpelación para nosotras, Hijas de la Caridad, llamadas a anunciar a Jesucristo mediante la diaconía de la caridad, el testimonio de nuestra vida y, por la palabra, siempre que sea posible^{xii}.

Permanezcamos unidas en la oración, abiertas a lo que el Espíritu Santo quiere realizar en nosotras. La Virgen María, dócil a la acción del Espíritu Santo, nos acompaña cada día y hoy de manera particular, cuando pedimos para toda la Compañía el don de vivir un Pentecostés permanente. Con santa Luisa, dejémonos transformar por el Espíritu para “*realizar el designio del Padre y dar testimonio del Hijo resucitado*”^{xii}.

A cada una de ustedes le deseo un feliz viaje de regreso a sus Provincias y una feliz fiesta de la Visitación. Las Consejeras y yo misma les aseguramos nuestro afecto agradecido, y nuestra oración. Al final de este Encuentro, todas somos enviadas en misión para ser testigos de lo que hemos vivido, de lo que hemos visto y oído^{xii}. ¡Caritas Christi urget nos!

Sor Evelyne FRANC

Hija de la Caridad

**En los días que siguieron a la resurrección del Señor,
los Apóstoles permanecieron reunidos, confortados
por la presencia de María, y después de la Ascensión
perseveraron, juntamente con ella,
en oración a la espera de Pentecostés.**

**La Virgen fue para ellos madre y maestra,
papel que sigue desempeñando
con respecto a los cristianos de todos los tiempos.**

**La tradición popular ha consagrado a María el mes de mayo,
que normalmente cae entre Pascua y Pentecostés.**

**Este mes, nos ayuda a redescubrir
la función materna que ella desempeña en nuestra vida,
a fin de que seamos siempre discípulos dóciles
y testigos valientes del Señor resucitado.**

Benedicto XVI, Angelus, 30.4.2006